

GREVILLI

A NIANU

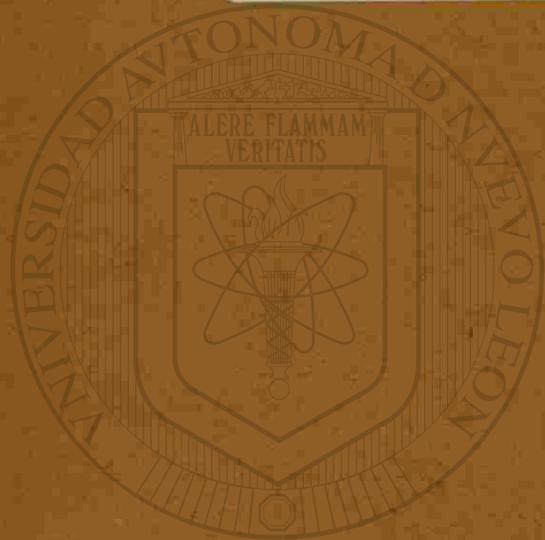
PQ2235

.D6

N5



1020026406



UANL

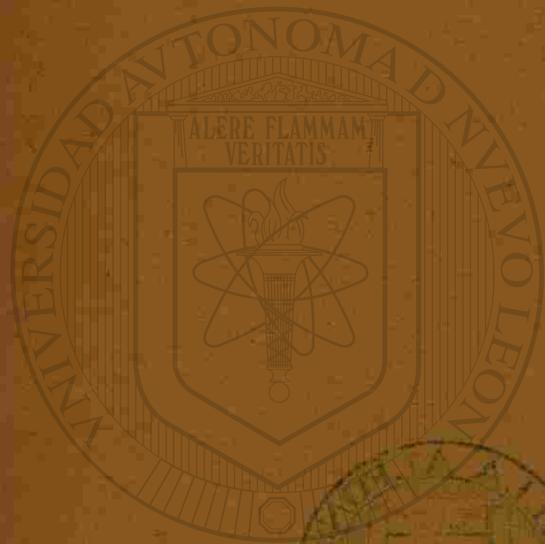
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



®

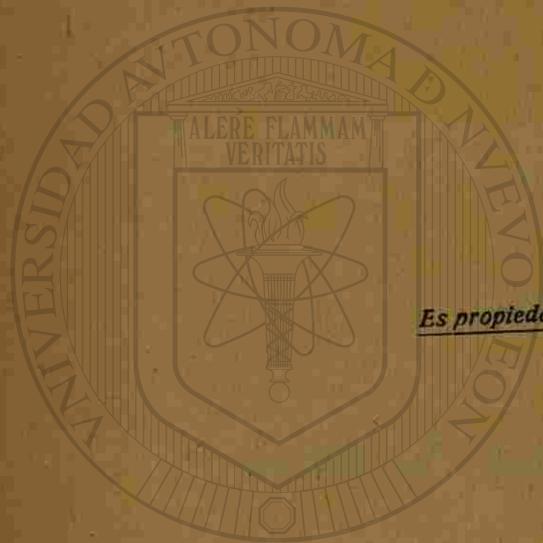


FONDO  
RICARDO CONTRERAS

# U A N L

## LA NIANIA

Núm. Clas. 944/n  
Núm. Autor 30289  
Núm. Adm. 8  
Procedencia ref  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificación \_\_\_\_\_  
Catálogo \_\_\_\_\_

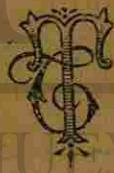


*Es propiedad del Editor*

ENRIQUE GREVILLE

# La Niania

Traducción de "La Vida Literaria"



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECAS  
099200

BARCELONA

TORIBIO TABERNER, Editor

Calle Rosellón, núm. 224

1906

30289

843  
6.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

pa 2235  
.06  
75

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



# LA NIANIA

I

Antonia Karzof acababa de cumplir diez y nueve años; aun resonaban en los oídos de sus padres y amigos los acordes de los violines, pues este acontecimiento se celebró con un baile; el traje blanco, adornado con los tradicionales capullos de rosa, no había tenido tiempo de ajarse, y sin embargo, la señorita Karzof era víctima de la más cruel preocupación. Los rayos de un pálido sol de primavera alumbraban el vasto salón, un poco sombrío, en donde se bailó ocho días antes; el piano, abierto, sostenía una partitura á cuatro manos, demostrando una visita reciente; pero Antonia no pensaba ni en el sol ni en la música; esperaba á alguien, que no llegaba.

Veinte veces fué de la ventana á la puerta de la antecámara, para volver á la ventana; fué á su lindo gabinete, que daba al salón, enderezó una de las ramas de los arbustos, arregló un pliegue de la cortina, no empleando en esto más de cinco minutos, ¡el tiempo pasaba por una lentitud implacable!

843  
6.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

pa 2235  
.06  
75

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



# LA NIANIA

I

Antonia Karzof acababa de cumplir diez y nueve años; aun resonaban en los oídos de sus padres y amigos los acordes de los violines, pues este acontecimiento se celebró con un baile; el traje blanco, adornado con los tradicionales capullos de rosa, no había tenido tiempo de ajarse, y sin embargo, la señorita Karzof era víctima de la más cruel preocupación. Los rayos de un pálido sol de primavera alumbraban el vasto salón, un poco sombrío, en donde se bailó ocho días antes; el piano, abierto, sostenía una partitura á cuatro manos, demostrando una visita reciente; pero Antonia no pensaba ni en el sol ni en la música; esperaba á alguien, que no llegaba.

Veinte veces fué de la ventana á la puerta de la antecámara, para volver á la ventana; fué á su lindo gabinete, que daba al salón, enderezó una de las ramas de los arbustos, arregló un pliegue de la cortina, no empleando en esto más de cinco minutos, ¡el tiempo pasaba por una lentitud implacable!

—¿Ha vuelto mi madre?—preguntó Antonia á una criada anciana que apareció en la puerta del comedor.

—Aun no, mi querido angel—repuso la vieja.

Antonia se dejó caer en un sillón, haciendo un ademán de impaciencia, y se oprimió las sonrosadas y delicadas manos.

—No tardará, tesoro mío—añadió la anciana.—¿Por qué estás hoy tan impaciente?

—No es la vuelta de mamá la causa de mi impaciencia.

La vieja criada lanzó un suspiro, desapareciendo sin hacer ruido, en la misma forma en que vino; nadie la oía nunca andar.

Antonia, con los ojos fijos en el luminoso rastro de un rayo de sol que caminaba con lentitud sobre el suelo, se puso á reflexionar con detención en el pasado. Sus recuerdos se remontaban á dos años atrás. Era en la casa de campo de sus padres donde entonces comenzó á encontrar en la vida un nuevo encanto que le era indefinible. Durante la época de vacaciones, su hermano, estudiante de la universidad de San Petersburgo, había llevado á dos amigos para prepararse juntos para los exámenes.

¿Por qué unos de estos jóvenes le era á Antonia tan indiferente como la hierba del césped sobre la cual conversaban juntos por la tarde? ¿Por qué las atenciones de este joven le eran desagradables? ¿Y por qué el otro, el cual apenas le hablaba, se había convertido en el objeto de sus secretos pensamientos? Tal vez esto lo pudiese explicar la teoría del desarrollo de las afinidades.

Dournof apenas miraba á Antonia, casi no le hablaba, nunca le dirigía cumplidos y en apariencia apenas se ocupaba de ella; era un muchacho de unos veintidós años, robusto, moreno, cuyo exterior carecía en absoluto de poesía, si se entiende por poesía

el romanticismo sentimental que hace escribir tantos libros absurdos y cometer tantas acciones ridículas. Pero el aspecto de Dournof respiraba independencia, honradez y lealtad; reía con franqueza mostrando sus hermosos dientes, que un dentista hubiese hallado demasiado largos, pero que eran blancos y sanos; era joven, listo, no conocía obstáculos, y la libertad tiene su poesía propia.

Dournof no miraba á Antonia, en los frecuentes reuniones que se dan en el campo, en donde se suele bailar de continuo, ó en los inocentes juegos de prendas, pero era seguro encontrarle á su lado. Nadie podía comprender esta asiduidad puesto que no cambiaban ni dos palabras. Sin embargo, cuando Dournof concluía de leer un libro era muy raro que no pasase á manos de Antonia. Pero en esto nada había de extraño.

La señora Karzof, que no había nacido para grandes empresas, siguió el ejemplo general, convertido en moda durante los últimos años, y fundó una escuela libre en la aldea. Como era lógico, Antonia se encargó de las niñas, su hermano Juan quiso encargarse de los muchachos, pero era un soñador que olvidaba la escuela para ir á recorrer el bosque con otro compañero, llamado Marontine, llevando la escopeta al hombro, que le servía para matar muy poca caza..., y Dournof tomó la costumbre de reemplazarle en la escuela; haciéndolo, según decía, para que no dejase de haber quien enseñara.

Antonia y él iban juntos sin darse el brazo, entrando cada cual en la cabaña que les servía de aula, y con frecuencia también regresaban juntos. De esta manera pasó el verano. Siempre se hablaban muy poco, pero algo más que al principio. Las vacaciones de la Universidad tocaban á su fin, las hojas de los tilos comenzaban á caer sobre el césped. Antonia, siempre seria, había adelgazado un poco, sus me-

jillas estaban menos sonrosadas que en la primavera; á veces, con cualquier excusa, se retiraba temprano. Su madre la seguía con inquietud á su gabinete, hallándola sentada en un sillón, con los brazos caídos, sin más enfermedad que un poco de fatiga.

Un día que Antonia salió de la escuela un poco más tarde que de costumbre, halló que Dournof le esperaba. Sentado sobre unos troncos de madera que había bajo un cobertizo contemplaba el joven el camino. Al ruido que hizo la puerta se puso en pie, y Antonia recibió en su semblante una mirada tan profunda, tan expresiva, que bajó los ojos.

Caminando juntos se dirigían hacia la casa cuando Dournof, deteniéndose de repente, dijo á Antonia:

—Tengo que hablarle.

Se detuvieron al lado de un pozo, cuyo brocal estaba construído con troncos de abeto casi sin desbastar, entrelazados entre sí; el agua llegaba casi á flor del suelo, y un cubo de madera ennegrecido por su mucho uso flotaba en medio de las hojas amarillentas que el viento del otoño arrojaba al agua en revueltos torbellinos. El montante que servía para sostener el cubo, se perdía entre las ramas bajas de los árboles; la cerca del jardín, elevada y espesa, daba un fondo de verdura á tan rústica construcción; pues la hierba crecía por todas partes. A semejante hora nadie iba al pozo: á diez metros de las casas, el sitio era tan solitario como en el fondo de un bosque.

Antonia sintió latirle el corazón; temía que Dournof oyese sus latidos: tan terribles le parecían. El joven permaneció un instante ante ella mirándola con fijeza.

—Es usted una señorita rica—empezó diciendo.

—Yo no soy rica—interrumpió Antonia con viveza.

—Tal vez no lo sea usted para la sociedad en que

vive, pero sí en comparación con el nieto de un sacerdote, que no posee ninguna fortuna. Su familia es noble.

Antonia quiso hablar, hizo un ademán y se detuvo.

Mi origen es obscuro, pues acabo de decirle que mi abuelo era sacerdote. Mi padre un pobre *rasca papeles* en una administración de provincias; ha adquirido nobleza hereditaria por ancianidad, y he aquí, por qué yo puedo poner una corona en mi sello...

Al decir las últimas palabras, sonrió con cierta expresión que también hizo sonreír á Antonia.

—Esto no impide que...

Se calló, mirando á Antonia que, lejos de apartar los ojos, levantó hacia él su enrojecido semblante. Dournof tendió su elegante mano, pero grande y pesada; la joven, sin vacilar, puso en ella la suya con tranquila gravedad.

—Creo—continuó Dournof—que ambos seguimos el mismo camino; tengo intención de hacer algo. Aun no sé lo que haré, pero creo ha de ser una obra útil: ¿me quiere usted ayudar? No porque los caminos estén despejados y la jornada sea fácil; sino porque se necesitan años de valor y de prueba: en tanto vivo pobre y obscuro, nadie tiene fe en mí más que nuestro hermano, el cual me dispensa en absoluto su confianza. ¿Quiere usted infundirme valor cuando me falte, y siempre alegría?

La mano que tenía la de Antonia tembló un poco, á pesar del visible esfuerzo que Dournof hacía para aparecer tranquilo. Antonia miró al joven y le contestó:

—Lo quiero.

—Piénselo bien—repuso procurando contener la emoción;—en la actualidad no puedo ofrecerle ni pan ni hogar. No puedo pedirla por esposa hasta que tenga asegurado con qué vivir.

—Usted lo dice todo en seguida; yo poseo algún capital.

—Precisamente basta eso para que yo no pueda pretenderla hasta que posea un capital igual al suyo. ¿Qué dote le darán?

—Treinta mil francos—repuso la joven sin admirarse por la pregunta.

—Pues bien, es necesario que tenga una colocación que cuando menos me produzca la renta de ese capital. Es poca cosa—añadió sonriéndose—y la tendré pronto, en seguida que me licencie. Pero hay que esperar, esta plaza no será más que una aproximación hacia otra cosa. Los años de trabajo y de prueba serán largos.

—Esperaré—dijo Antonia sin turbarse.

Dournof la miró con éxtasis; aquella mirada pareció lanzar sobre la joven una bendición, tan grave y tierna era á la vez.

—Yo la amo—dijo—la amo tanto, que si usted me hubiese rechazado, renunciaría á mi sueño.

—¿Qué será usted?—preguntó Antonia.

—Abogado.

La joven le miró con algún asombro. En aquella época, la organización de los tribunales aun se hallaba en proyecto, los abogados casi no existían más que de nombre. Bajo esta denominación no eran conocidos más que los abogados consultores, especie de hombres de negocios generalmente poco estimados.

Dournof le explicó las reformas que entonces se proyectaban, y el puesto que podría alcanzar en el nuevo orden de cosas, el hombre que tuviese talento, voluntad y el valor necesario para imponerse.

—Piense usted—añadió—que hasta la fecha todo está en brazos de la arbitrariedad, que los hombres de bien son expoliados por los pillos, que los que piden justicia nunca la suelen obtener. Es completamente indispensable que en este caos penetre la luz

y el Czar es el primer interesado en que así suceda; por lo tanto, figúrese usted cuán grande será la importancia del que obtenga para los desgraciados el derecho de que se les haga justicia.

—¿Es usted ambicioso?—preguntó Antonia con sencillez.

Dournof enrojeció, respondiendo en seguida:

—No, si lo fuese, querría trabajar solo y yo no puedo vivir sin usted.

—Esperaré—repuso Antonia.—Desde ahora le pertenezco.

El joven ni aun dijo gracias; aquellas almas fuertes se habían comprendido sin hablar. El estrechó con fuerza la mano que sujetaba, después la dejó caer.

—Es preciso no decirlo á nadie ¿no es así?—preguntó la joven continuando el camino de la casa.

—Usted es quien ha de decidirlo. Si cree que sus padres me han de acoger favorablemente...

Antonia no pudo reprimir una sonrisa; la nulidad de sus padres y la frívola benevolencia de su madre le inspiraban esa especie de afección que se siente por los seres irresponsables y desprovistos de buen sentido, y repuso:

—No le acogerían favorablemente; esperemos.

—Como usted quiera.

Llegaron á la casa sin cambiar una palabra más.

Desde aquel día la señorita Karzof ya no tuvo por qué inquietarse por la salud de su hija. Antonia recobró su grave alegría, reapareciendo los colores en sus mejillas. Únicamente tué poco á poco abandonando los trabajos recreativos, por otros más serios. Quiso aprender á cortar, á coser y á remendar.

—¡Dios mío, qué joven tan original!—le decían sus compañeras.—¿Qué placer puedes encontrar haciéndome remiendos?

Antonia era la primera en burlarse de estos tra-

bajos tan poco elegantes, pero no los abandonó, llegando á ser muy habil en ellos. El invierno reúne con frecuencia á los jóvenes; en aquella época se bailaba en Rusia prodigiosamente. Todo servía de pretexto para entregarse al baile, y hasta sin él, muchas familias tenían señalado un día en donde los jóvenes se reunían para bailar desde las siete de la tarde.

La más brillante de aquellas reuniones era la de la señora Frakine. ¿Cómo se las arreglaba para hacerla tan agradable y proporcionar tantas distracciones á los concurrentes poseyendo una renta tan reducida? Es un problema que nadie pudo nunca resolver. Tal vez la buena señora escatimaba su comida para pagar el alquiler de una buena casa; tal vez vendía ocultamente sus últimas alhajas de familia para atender á los gastos del alumbrado de aquel salón que se llenaba los sábados; lo cierto es que en ninguna parte se bailaba con tanto gusto ni se cenaba con tan buen apetito.

La cena se componía de enormes rodajas de pan moreno y blanco, artísticamente cortadas y puestas en bandejas de porcelana inglesa, de un poco de manteca fresca, traída del campo una vez al mes y conservada con cuidado en la nevera, de algunos arenques en salsa rodeados de perejil y ajos machacados, y de una inmensa ensalada de patatas y remolachas. Un poco de queso daba fin á aquel frugal menú digno de un cenobita.

Pero estaba tan bien servido, la mesa tan bien presentada, y se ofrecía de tan buena voluntad que la hermosa juventud, más hambrienta de placeres que de golosinas, agradecía el obsequio con entusiasmo y después de la cena volvía á bailar con tanto placer como antes.

A eso de las dos de la mañana, la señora Frakine se presentaba en el salón con una escoba enorme,

era lo que llamaba su cetro ceremonial, y lo empleaba para despedir á los bailarines. Todos la rodeaban pidiéndole por favor un cuarto de hora más para bailar una contradanza. Se negaba agitando su formidable escobón, entonces un atrevido se sentaba al piano tocando un vals; la señora Frakine y su escoba, arrastrados por la juventud, daban vuelta al salón, luego se reía, fatigada, con la cofia puesta de través sobre sus blancos cabellos, y dejábase caer sobre un canapé. Era la señal de despedida; todo el mundo se acercaba para despedirse de ella, deseando volver al sábado siguiente.

—¿Por qué la buena señora, sin esposo, sin hijos, gastaba de aquel modo lo mejor de su reducida renta para divertir á personas que nada le importaban? Ella lo explicaba con una frase y nadie podía rebatírsela.

—Esto me divierte—decía—hay personas que les agrada el tabaco, otras que encienden cirios, otras que gastan todo su dinero en médico y botica, á mí me divierte la juventud, su presencia me regocija.

En aquella casa, era donde durante el invierno y con entera libertad habían podido hablarse Antonia y Dournof. La señora Karzof, acompañada por la vieja criada, enviaba á su hija á casa de su vecina, la vieja iba á buscarla á eso de las doce, y en unión de otras esperaba, medio durmiéndose sobre las banquetas, á que la fiesta terminase.

Desde hacía cinco ó seis años la señora Frakine recibía en esta forma media centenar de jóvenes de ambos sexos y muchos matrimonios se proyectaron y realizaron en aquel salón; también se desarrollaron muchas fantasías pasajeras, y más de una cabeza loca se llenó de humo.

Volvió el verano. Juan Karzof llevó nuevamente al campo á su compañero de estudios, y los prometidos reanudaron sus paseos desde la casa á la escuela.

La señora Karzof se fijó muy poco en la buena inteligencia que había entre ellos; ponía tanto interés en enviarles juntos á dar un paseo ó á hacer una excursión, que más de una vez creyeron que conocía sus proyectos y no se mostraba contraria á ellos.

Tan convencida de esto estaba Antonia que á Dournof le costó algún trabajo evitar revelase á su madre toda la verdad.

—Dejadlo estar—le dijo;—si la madre de usted nos es favorable, no nos dirá nada, pero si usted se equivoca nos puede separar, al menos hasta el día en que yo la pida por esposa; ¿y entonces qué haríamos?

La idea de una separación, aunque sólo fuese temporal, era demasiado sensible para que Antonia no cediese ante ella.

Los jóvenes eran felices habitando bajo el mismo techo, viéndose todos los días, trabajando por separado por el fin que debía reunirles: aquella felicidad, aunque modesta, les regocijaba, y Antonia nada dijo á su madre.

Una prueba muy penosa les esperaba. Durante el segundo invierno murió el padre de Dournof y el joven tuvo que partir para poner en orden sus asuntos.

La separación, que á lo sumo debía durar un mes, se prolongó cinco. Dournof tuvo que instalar á su madre y á dos hermanas mayores que él, en una casa más modesta, pues en Rusia el Estado da buena vivienda á sus funcionarios. La señora Dournof y sus hijas lanzaron dolorosos suspiros al ver la pequeña casa de madera reemplazar á la magnífica que antes habitaban.

Antonia y su prometido habían resuelto no escribirse más que en el extremado caso de peligro; pero la separación se prolongaba, y fué preciso recurrir á la correspondencia: la joven se decidió á confiar su secreto á la vieja criada.

Nadie sabía su nombre, se le llamaba por el genérico de *Niania*. Nacida en casa de la madre de la señora Karzof, tenía treinta y siete años al casarse ésta; la joven desposada la recibió como regalo de su madre, lo mismo que si se tratase de uno de los muebles y no el menos hermoso de hermoso de su equipo. La *Niania* había visto nacer numerosos hijos de su ama, habiéndoles cuidado á todos, pero fueron muriendo á poco de nacer, no quedando más que Juan y Antonia, á los cuales adoraba lo mismo que á Dios, y si le hubiesen dado á elegir, entre su salvación eterna y la vida de uno de los dos, sin vacilar se hubiese condeñado.

Era á Antonia á quien más quería; era niña y por consecuencia los cuidados debían ser más minuciosos y más continuos, y además Antonia permanecía en la casa en tanto que Juan, estudiando en un colegio, pasaba casi todo el día fuera de ella.

Desde que nació Antonia fué *Niania* la encargada de llevarla á paseo, vestirla, lavarla y acostarla, en una palabra, iba detrás de ella como si fuese su sombra. Era ella quien había hecho despedir á muchas criadas; amas de gobierno que tomaron el partido de marcharse, puesto que no podían hacer que la despidiesen á ella; las luchas, las querellas que armó en la casa fueron considerables. Todo el que molestase ó enojara á Antonia era puesto en la calle, no había medio que no pareciese aceptable á *Niania*, siempre que con él lograrse el resultado que se proponía.

Los profesores y las institutrices acabaron por abandonarla, y Antonia tuvo por sí sola que formar su carácter, que fué muy entero y resuelto. Si no se convirtió en déspota era por tener un claro juicio de lo justo y de lo injusto; pero por lo demás, de su propia voluntad se hizo una ley.

Aquella firmeza la salvó del capricho, defecto co-

mún de sus compatriotas, que aduladas de continuo, no hallan límites á su fantasía, ni tienen reglas que regulen su existencia. Si Antonia se formó una inteligencia firme, sólo á ella lo debía.

Por muy segura que estuviese del ciego cariño de su *Niania*, en su interior temblaba el día en que se resolvió á confesarle su amor por Dournof. La vieja la oía con los brazos caídos, como convenía estar ante sus amos, la cabeza baja y la actitud respetuosa.

—¿Y bien, qué?—dijo cuando Antonia concluyó de hablar—¿tú amas á ese joven? ¿Por qué no, si es un hombre de bien?

—¡Pero mi madre tal vez no lo quiera!—dijo Antonia sorprendida por no hallar oposición.

—Si le amas, eso nada importa, tu madre no querrá hacer sufrir á su querida hija. Únicamente te pido, mi querida niña, que seas prudente, y no dejes que él se te acerque...

Antonia la miró con tanta severidad que *Niania* perdió las ganas de seguir haciendo advertencias.

—Está bien, está bien—añadió.—Lo esencial es que te cases con el elegido de tu corazón. Tu madre, que Dios conserve, no estaba tan contenta cuando se casó con tu padre... ¡lloró mucho!...

—¿Tú te acuerdas?—preguntó Antonia con viveza.

—¡Sí! amaba á otro, á un arrogante oficial de finos bigotes, que venía á la casa.

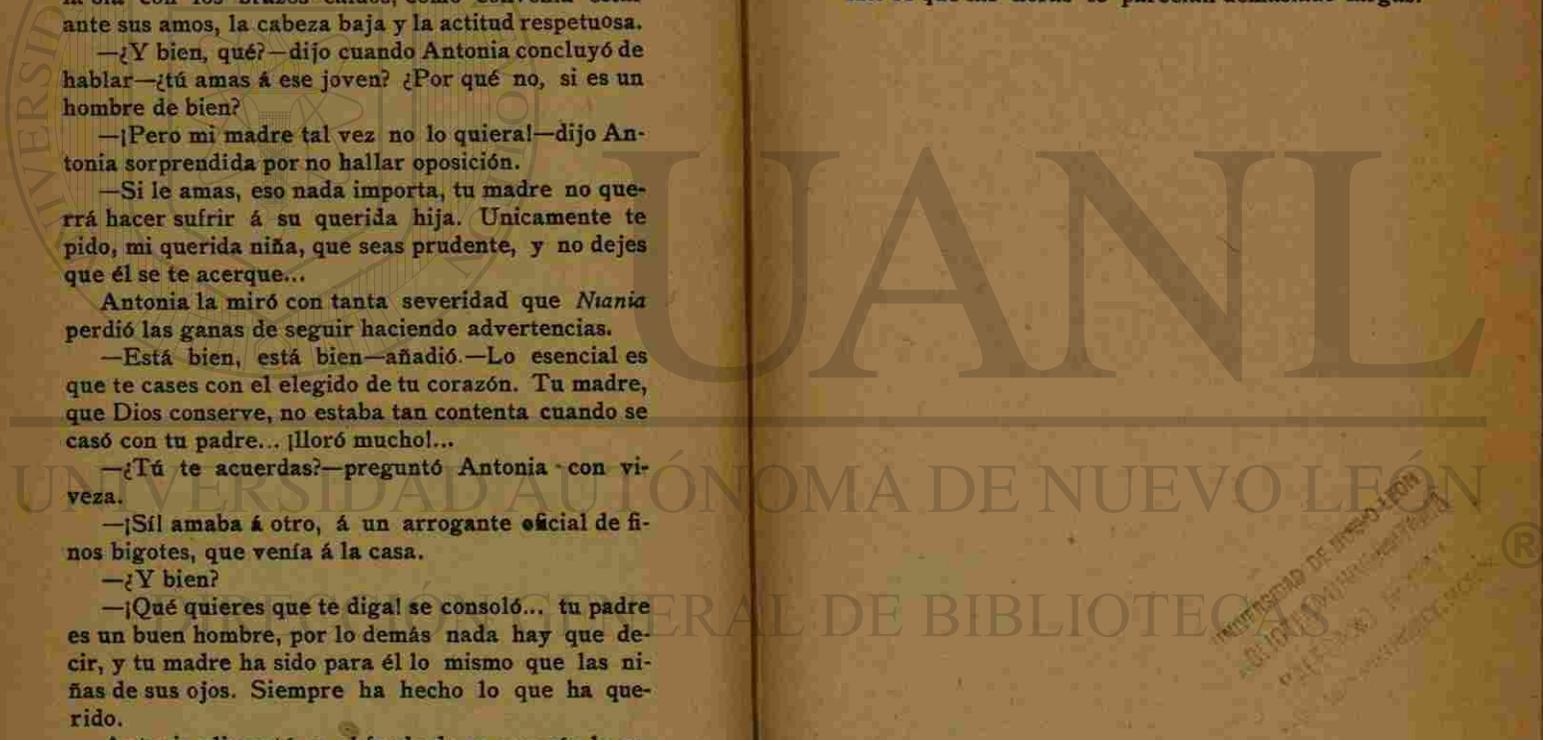
—¿Y bien?

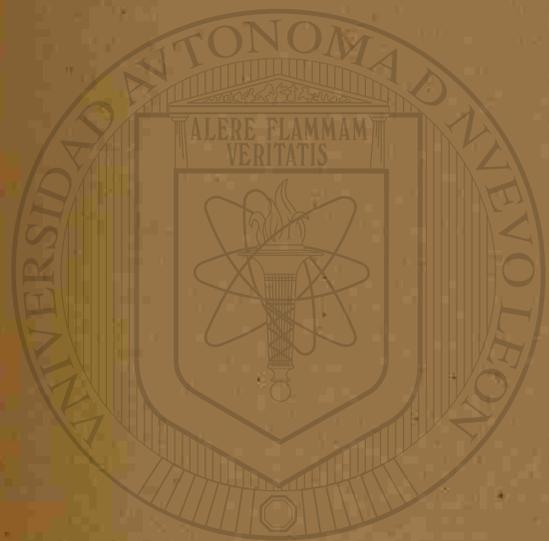
—¡Qué quieres que te diga! se consoló... tu padre es un buen hombre, por lo demás nada hay que decir, y tu madre ha sido para él lo mismo que las niñas de sus ojos. Siempre ha hecho lo que ha querido.

Antonia alimentó en el fondo de su corazón la esperanza de que su madre, privada en su juventud de casarse con el hombre á quien amaba, se compade-

cería de su situación; sin embargo, se conformó en esperar en silencio. *Niania* se encargó de llevar al correo y de recoger la correspondencia de los novios, mostrando en esto mucho interés y destreza.

La mañana del día en que Antonia se mostraba tan impaciente, había recibido cuatro letras de Dournof anunciándole su regreso para aquel mismo día. Así es que las horas le parecían demasiado largas.





## II

La campanilla resonó en la antecámara; Niania corrió á abrir y por la puerta que quedó entreabierta, Antonia oyó estas palabras:

—¡Ya habéis vuelto, Feodor Ivanik, halcón nuestro, águila blanca! ¡Qué Dios os dé buena salud! ¡La señorita se moría de impaciencia!

—¿Está en casa?—repuso la voz grave de Dournof.

—Sí, sí, está en casa y sola, os espera en el salón.

Dournof avanzó con rapidez los pocos pasos que le separaban de la puerta, la abrió de par en par, y quedóse parado.

Antonia, de pie, inmóvil, de espaldas á una ventana, alumbrada por la luz del sol que ponía á sus contornos un marco de oro, le esperaba, sin atreverse á avanzar hacia él. Hasta entonces no había sentido más que el contacto de su mano, ¿cómo contener el impulso irresistible que le arrojaba en brazos de su prometido?

No tuvo tiempo de reflexionar, de repente se sintió estrechada por unos brazos, con tanta fuerza, que le hicieron mal; su cabeza estaba inclinada sobre el pecho de Dournof, quien cubría de besos sus cabellos. La criada cerró la puerta del salón, y salió murmurando una bendición para ellos.

—¡Mi luz, mi vida!—decía Dournof en voz baja estrechando contra sí la cabeza de Antonia, que aca-

riciaba con una mano tan dulce que parecía paternal —¿cuánto he sufrido sin tí!

La separó un poco para contemplarla mejor, y guardó silencio; pero su sonrisa demostraba lo mucho que la quería.

—¿Cómo lo ha pasado usted durante este largo tiempo de ausencia?—dijo acompañándola á un sillón donde se sentó la joven mientras él se acomodaba en una silla.

—No sé explicarme, ha sido como una noche muy larga. He trabajado mucho—repuso Antonia.

—¿En qué?

—En nuestros trabajos de escuela; he preparado lecciones para los niños de la aldea; no es cosa fácil de explicar ni aun las cosas más sencillas á inteligencias tan poco desarrolladas. Me ha costado mucho trabajo hacerles comprensibles algunas nociones... Pero, ya hablaremos de ello. ¿Y usted qué ha hecho?

Dournof pasó la mano por su frente como para disipar algunas preocupaciones.

—He leído papelotes y firmado muchas cosas, luchando contra la mala fe de unos y la oficiosidad de otros... me ha costado mucho trabajo arrancar á tantas manos rapaces los restos de mi patrimonio; he instalado á mi madre y á mis hermanas en una casa regular, y aquí estoy... pero Antonia, escúcheme usted bien, yo no puedo separarme de usted.

Ella le miró, y sus ojos dijeron con claridad, que tampoco quería separarse.

—Voy á pedir su mano á sus padres; no soy rico, muy lejos de ello, pero tengo con que vivir con mucha humildad durante cinco años; en este tiempo habré adquirido una posición digna de usted, estoy seguro de ello.

Se levantó, su robusto pecho dilatado por el placer y la esperanza, respiraba con ansiedad, sus ojos brillaban, tenía el semblante colorado por el vigor de

su naturaleza, sus cabellos ondulados caprichosamente y que echaba hacia atrás, dejaban al descubierto una frente despejada reveladora de una inteligencia firme, enérgica é indomable.

—¿Tiene usted miedo á la pobreza?—preguntó á Antonia.

La joven respondió con un ademán de cabeza, y una sonrisa llena de orgullo y de confianza.

—¿Y sus padres opondrán seria resistencia?

—Es probable.

—¿Entonces?

—Nada nos separará—dijo Antonia en voz baja inclinando la cabeza.

—Tal vez nos quieran hacer esperar...

—Esperaremos...

Dournof volvió á sentarse lanzando un suspiro.

Antonia hablaba de esperar; en efecto, para ella esperar no era cosa tan dura, vivía en la casa paterna, en donde reinaba la comodidad; trabajaba según sus gustos, rodeada de objetos de su agrado... la vida le era fácil. Pero para él era muy diferente.

Dournof miró al suelo, y á su fatigado cerebro acudieron pensamientos muy tristes; vió el porvenir de su vida solitaria.

Vivía en una habitación triste, en donde nada le hablaba de la presencia de una mujer amada, un cuarto alquilado y con esto basta; allí nada había agradable ni á la vista ni al tacto. Ningún recuerdo en aquellas paredes tapizadas con un papel cualquiera, únicamente el retrato de Antonia. La comida solitaria, solo al levantarse, la soledad por todas partes, y especialmente en las horas del trabajo... ¡trabajo que hubiese sido tan dulce al lado de ella! ¡Cuánto no hubiese embellecido la presencia de Antonia aquella triste mansión! Además, dejando á un lado el egoísta interés, el pequeño capital aportado en dote por la joven hubiera contribuído al bienestar

del matrimonio. Cuando menos no sería la habitación alquilada la que hubiesen habitado juntos, un hogar pequeño, modesto, en donde la mano de la esposa imprime por todas partes su sello delicado y santo.

Antonia apenas hubiera notado esta diferencia de vida, no conocía más que la poesía. La pobreza de los campesinos de su aldea le era familiar, y ella endulzaba los pesares de aquellos infelices por todos los medios que tenía á su alcance. Pero la pobreza de un hombre de su clase debía serle, y en efecto le era muy diferente, éste le parecía completamente consolado por el estudio, las alegrías de la inteligencia y su mutuo amor.

Dournof lanzó un nuevo suspiro y levantando la cabeza miró á Antonia con pesar.

—¿Qué hacer?—dijo esforzándose por sonreír.— Esperaremos, pero, ¿si sus padres persisten en su negativa?

—No son lobos—dijo Antonia fingiendo alegría;— me aman y acabarán por consentir. Y además, ¿quién sabe? ¡tal vez consientan en seguida!

Dournof no lo creía así, y no necesitó decirlo. Además, entre aquellos dos seres graves y orgullosos, las mentiras, hasta las que por caridad pueden decirse, para evitarse mutuamente un pesar, eran desconocidas. Su amor estaba cimentado en una estimación sin límites, y esto era lo que le hacía fuerte.

—Antonia—dijo el joven después de una pausa,— siento el haberos unido á mí, debí comprender que no tenía derecho á hablar hasta poseer una morada que ofreceros... pero era demasiado joven para saber...

—Yo no lo siento—dijo Antonia tendiéndole la mano.

La tomó y estrechó; pero sin llevarla á sus labios, Estaban seguros uno de otro y temiendo enternecerse evitaban las caricias.

Un coche se detuvo debajo de las ventanas y se alejó al poco rato.

—Es mi madre—dijo Antonia;— hoy ha ido á hacer visitas en unión de mi padre ¿Quiere usted hablarles?

Dournof abrió los brazos, y la cabeza de Antonia se apoyó un instante en su hombro.

—Ocurra lo que quiera ¿quedamos unidos para siempre?—preguntó.

—Para siempre—respondió Antonia con firmeza.

Llamaron, Niania corrió al salón á fin de avisarles, pero ellos no temían ser sorprendidos.

El señor y la señora Karzof entraron poco después demostrando su satisfacción por ver al joven después de su larga ausencia.

La señora Karzof era mujer de unos cuarenta y cinco años, pequeñita, regordeta y activa, inteligente y torpe á la vez, como son muchas de las mujeres rusas de su clase; inteligente para todo lo que le rodeaba y tenía intervención en su vida, absolutamente torpe cuando se trataba de un asunto que no le pertenecía.

Era buena y quisquillosa, generosa y tacaña, capaz de privarse de todo por consolar una desgracia, y también capaz de dejar morir de hambre ante su puerta á un infeliz en cuya pobreza no creyese, haciéndole luego enterrar á su costa y deplorando su error, pero también incapaz de corregirse con una lección semejante.

La señora Karzof amaba á su hija y la perseguía sin cesar; á Antonia le gustaba el color azul, su madre le hacía llevar el rosa bajo pretexto de que sienta bien á las jóvenes. La moda imponía el peinado liso, pues obligaba á Antonia á aplanar el cabello sin cuidarse del aspecto que podía prestar á su semblante, al que no sentaba bien este peinado.

Antonia detestaba la sociedad, atildada y murmu-

radora de los empleados de la clase media á donde la llevaba su madre, en cambio amaba la libertad y el buen tono que reinaba en casa de la señora Frakine. Su madre hubiese deseado todo lo contrario; pero si con frecuencia la impedía asistir al baile, nunca la prohibió concurrir á los sábados de la buena señora. En cambio á ella le molestaba aquella reunión por su sencillez y franqueza y por eso dejaba que Antonia fuese con la criada. La joven estaba muy lejos de quejarse de ésto. El año anterior encontraba allí á Dournof; pero el luto de este y su ausencia le impedían asistir aquel invierno, con gran pesar de toda la juventud, pues Dournof, con su seriedad para ver las cosas, era querido de todo el mundo.

La señora Karzof había acostumbrado á su hija á no hacer mucho caso de sus decisiones; por más que Antonia nunca dejase de dar á su madre exteriores muestras de respeto, ésta sentíase molestada por el juicio de su hija, y más de una vez y no sin acritud se lo dijo; Antonia siempre respondió con dulzura y cortesía; pero una firmeza inquebrantable se ocultaba bajo aquella sumisión aparente; y la señora Karzof, que lo comprendía, volvía á la carga con el decidido empeño de hacer á su hija feliz á pesar de ella, á divertirla contra su voluntad, á vestirla contra su gusto ¡y todo por su bien!

Karzof era un buen hombre, es todo lo que de él puede decirse, en atención á que nadie pudo oír nunca más concepto que este. Mecánicamente cumplía su obligación en el ministerio, visitaba á sus superiores, cobraba su sueldo, comía, paseaba y dormía á sus horas reglamentarias, que no le gustaba variarlas y en todo se sometía al juicio superior de su mujer, con lo que daba la mayor prueba de inteligencia que podía dar.

—Y bien, Feodor Ivanik—le dijo la señora Karzof quitándose el sombrero después de acomodarse

en un sillón—¿qué va usted á hacer ahora? ¿Entrar en cualquier ministerio ¿no es así?

—No, señora mía, no pienso hacerlo.

—¿Pues qué quiere usted hacer?—preguntó Karzof con asombro. La idea de que un hombre no pensara colocarse en un ministerio le sublevaba.

—Quiero prepararme aún uno ó dos años para abrazar una carrera que es poca conocida...

—¡Qué ideal!—exclamó el buen hombre—¡haga usted como todo el mundo!

—¿Se puede saber qué carrera es esa?—agregó sonriéndose la señora Karzof.

—¿Por qué no?... no hay por qué hacer de ello un misterio. ¿Ya saben ustedes que el año que viene se abran los tribunales verbales?

—Sí, sí, en donde se resolverán los asuntos en seguida... ¡que estupidez!

—El tiempo nos demostrará si efectivamente es ó no una estupidez—dijo Dournof, mucho más hablador que en otras circunstancias lo hubiera estado—pero entre tanto es una institución que no existe en Francia ni en Inglaterra, creo que Alemania tampoco la tiene.

—A mí no me hace falta—exclamó Karzof con dignidad.

—... Es una institución que permitirá que cada cual pueda resolver sus asuntos sin esperar veinte ó treinta años como ahora sucede. Antes de un año la veremos funcionar.

—Sí,—dijo Karzof dirigiéndose á su mujer,—ya lo sabes: en Litéinaña han construido un palacio magnífico con una escultura sobre la puerta, representando el juicio de Salomón. ¡Qué sandez! ¡Eso no funcionará diez veces!

—Pues bien, Feodor Ivanik, ¿qué relación hay entre el juicio de Salomón y vuestra negativa en ser empleado?—preguntó la señora Karzof.

—Es que se necesitarán jurisconsultos libres para examinar rápidamente los pleitos y aconsejar á los clientes, y después harán falta abogados para defender las causas ante los tribunales criminales y civiles.

—¿Los abogados? ¿esos que en los asuntos suelen llevar un tercio ó cuarto de participación, y que cobran de ambas partes?—dijo la señora Karzof con desagrado.

—No; esos de quien usted habla son los abogados antiguos; de quienes yo hablo es de los nuevos.

—¿Se les pagará por hablar?—preguntó Karzof.

—Precisamente.

—¿Y usted quiere ser uno de ellos?

—Usted lo ha dicho.

Los esposos se miraron con una especie de burla y conmiseración para el joven.

—¿Se ganará dinero con este oficio?—preguntó Karzof.

—Seguramente.

—Pues bien, cuando usted lo haya recibido vendrá á enseñárnoslo, tengo curiosidad por verlo—dijo riéndose aquel bonachón á la vez que miraba á su mujer que también se puso á reír.

Todo esto prestaba poco valor. Antonia, que no había abierto la boca desde que llegaron sus padres, fijó sus ojos sobre Dournof para ver la impresión que le producía; él le respondió con una mirada llena de valor y de ternura.

—Quien viva lo verá—dijo el joven á los esposos. ¿Entre tanto serían ustedes capaces de negar la mano de su hija al hombre que esté resuelto á hacer una fortuna rápida y brillante, aunque por el momento posea muy poca cosa, exceptuando su buena voluntad?

—¡Dios mío, qué quiere usted decir!—exclamó la señora Karzof.—¡Dar á Antonia á un hombre sin fortuna, eso sería una locura!

Antonia se volvió hacia su madre.

—¿Aunque su hija de usted le amase?—preguntó con dulzura.

—Gracias al cielo, espero que te he educado lo bastante bien para que no tengas semejantes caprichos—repuso la madre con una acritud que nada bueno prometía, y á la vez lanzó sobre Dournof una mirada de desagrado.

Este, viendo que le era necesario hablar, se puso en pie.

—Señores—dijo:—desde hace dos años yo amo á su hija, he tenido tiempo para comprender que no le soy indiferente, y les aseguro que conmigo no sería desgraciada. ¿Quieren ustedes dármele por esposa y bendecirnos?

—¡Después de lo que V. ha dicho! pero amigo mío, eso sería una locura!—exclamó la señora Karzof.

—¡Una locura!—repitió el esposo.

—Confieso que he cometido un error al quererme casar en seguida; pero estoy seguro de alcanzar un porvenir brillante, y tendría más valor si Antonia me ayudase estando á mi lado, recorriendo juntos el camino.

—Entre usted en un ministerio, y ya hablaremos—dijo la madre.

—En un ministerio, joven—añadió el padre;—allí solamente se pueden conquistar honores y fortuna—y con su mano tocó la cruz de Santa Ana que llevaba pendiente del cuello con una cinta larga, paseando su mirada por el salón para aludir á su fortuna.

Dournof reprimió una sonrisa de desprecio.

—Si Antonia quiere que entre en un ministerio estoy pronto á obedecerla. Diga ¿lo quiere usted?

Hablaba con tanta amargura, que ella estuvo á punto de decir que sí, pero tuvo miedo de contrariarle. Sabía que él la amaba por su paciencia, su perseverancia y energía moral, y que dejándose arras-

trar por una debilidad perdería ante sus ojos. Con el corazón oprimido, aparentando hallarse tranquila, fijó sus ojos sobre él y le dijo con resolución:

—No.

—¡Has perdido la cabeza!—exclamaron los esposos, dando principio á una escena que duró dos horas y media—¡Entre usted en un ministerio!—Tal era el primero y último argumento.

—¡Perol—objetaba Dournof—si me consagro al servicio del Estado, no podré ocuparme de las cuestiones de derecho en las que cifro mi porvenir! ¡No es para emborronar papel en una oficina para lo que he estudiado durante ocho años!

—Usted puede hacer las dos cosas á la vez—decía Karzof, como postrera concesión;—en mi oficina hay un joven muy inteligente, que escribe comedias para el teatro ruso, es decir, las arregla del francés, y esto le produce mucho. Ha sido condecorado, y el año último se le dió una gratificación.

—¿Por servir al Estado ó por las comedias?—preguntó Dournof.

—No... no... lo sé, no es asunto mío—repuso Karzof desconcertado.

—Usted está empleado en el ministerio de Justicia. ¿Cree que ese joven condecorado se ocupa á conciencia de los asuntos del ministerio cuando tiene que ensayar una obra? ¿No se va de la oficina antes de la hora y llega con retraso? ¿Sufriría usted esto de un hombre que no hiciese comedias?... No, señor Karzof, el que quiere servir al Estado y por consecuencia á su país, debe entregarse con todas sus fuerzas á un solo objeto, el que ha elegido. Yo he elegido un camino diferente, y voy á ser más útil á mi país que si durante muchos años me consagrara á ser escribiente... Además, yo no quiero robar al Estado cobrándole un servicio que le presto mal... y no quiero tampoco romper mi carrera consagrándome á

un servicio para el cual no tengo ni vocación ni aptitudes.

Había hablado con tanto calor, con tanto fuego en los ojos, que los Karzof se quedaron sorprendidos.

—¡Está muy bien, está muy bien! veo que piensa usted con nobleza—dijo Karzof.

—¿Entonces me concederá usted la mano de Antonia?—preguntó Dournof con esperanza.

—Nunca, mientras no piense usted de otro modo—repuso la señora Karzof.—Sus pensamientos y su modo de proceder son muy nobles, pero no existe felicidad sin riqueza. Mi madre me casó con Karzof al cual yo no amaba (miró afectuosamente al asombrado viejo), prefería á un jovencito que me había trastornado el seso; ¡pues bien, siempre me he congratulado por haber tenido una madre tan previsora, pues con mi esposo nunca me falta nada, en cambio, con el otro me hubiera muerto de hambre.

—¿Ustedes me prohíben esperar por ahora?...—preguntó Dournof.

—¡Entre en un ministerio! Y en cuanto consiga una colocación, aunque sólo sea de mil quinientos rublos, le daremos á Antonia, y esto en atención á que es usted un buen muchacho, al que conocemos hace mucho tiempo y además es el amigo predilecto de nuestro Juan; pues nunca habíamos pensado en un yerno de tan poco capital. Antonia puede cuando menos pretender á un coronel, por no decir á un general.

—¿Cuándo yo tenga mil quinientos rublos de renta me la darán ustedes?—preguntó Dournof dispuesto á retirarse.

—Únicamente si entra usted en un ministerio, pues ya lo sabe usted, Féodor Ivanik, las administraciones particulares viven y mueren, las consultas y todo lo demás tiene sus subidas y bajadas; únicamente el servicio del Estado es eterno!

—¡Como la bestialidad humana!—pensó Dournof.—Pues bien, sea—añadió en alta voz,—ustedes saben que soy un hombre serio y no me cerrarán las puertas de su casa ¿no es así?

—Porque pues...—comenzó diciendo Karzof. Su esposa le interrumpió. Desde hacía un instante estudiaba á su hija, notando con placer que su exterior no revelaba ninguno de los signos en los cuales se adivinaba á una joven enamorada. Ni lágrimas ni suspiros, ni exclamaciones ni lamentos; las mejillas de Antonia ni siquiera palidieron; es verdad que su cutis moreno y poco coloreado, no solía variar ni aun sufriendo grandes emociones; pero la señora Karzof, que en semejantes circunstancias había llorado mucho, era incapaz de adivinar la tempestad que se ocultaba bajo aquel aspecto indiferente.

—Porque—repuso—nuestro Juan dice que usted es para él un amigo inestimable, el amigo de nuestro hijo será siempre bien recibido en esta casa. En cuanto á Antonia, este pensamiento no tardará en abandonarle, es una joven prudente, sabe que la queremos y nunca ha sido terca.

Aquí la señora Karzof mentía á sabiendas: pues lo menos una vez al día llamaba terca á su hija; pero no creía prudente hacérselo saber á un extraño, y menos aun al joven que tal vez pudiese convertirse en su yerno.

Antonia iba á responder, un signo de Dournof le hizo guardar silencio. Mientras les permitieran verse la vida les sería soportable. El joven estrechó la mano de los padres, después la de Antonia; aquel apretón equivalía á un juramento; luego salió diciendo:—¡Hasta la vista!

—¿Qué quiere decir con esto?—exclamó Karzof con severidad.—¿Cómo has permitido semejante cosa?

—Déjame, es asunto mío—repuso su mujer—yo hablaré con Antonia y será mejor. Una madre sirve

mejor para hablar á las hijas y el padre á los hijos; esto es cosa del orden natural instituido por Dios y por las leyes.

Después de esta hermosa frase, Karzof murmuró con majestad:—Está bien—y se fué á poner su traje de casa, por el cual hacía rato que suspiraba.

La señora Karzof llevó á su hija á su habitación y allí, mientras se quitaba su traje de etiqueta, no sin lanzar infinitos suspiros, interrogó á Antonia ¿cuándo? ¿dónde? ¿cómo había empezado aquel amor! ¿Qué le había dicho Dournof? ¿Fué siempre respetuoso?

—Nunca me ha besado la mano—repuso la joven con frialdad.

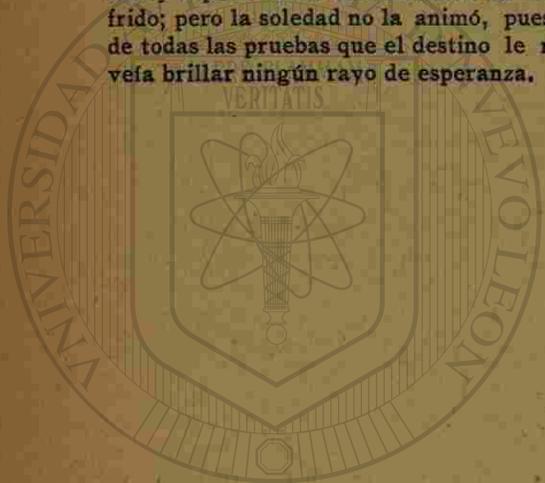
—Es que la pureza virginal... La buena mujer habló de ella durante dos horas. Al terminar el sermón añadió:

—Todo eso son tonterías; una joven no ha de casarse con un hombre sin fortuna, con un filántropo;—esta palabra designaba para la buena mujer una especie de innovadores muy peligrosos;—hay que casarse con un hombre de posición, con un general, con una *estrella* de la fortuna se es feliz; al menos se tiene la seguridad que los hijos no han de morir de hambre.

La señora Karzof predicaba en desierto.

Sus egoístas razonamientos eran letra muerta para Antonia; amaba, y esto era suficiente para hacerla sorda á todos los consejos; además, había oído repetir tantas veces esas máximas, que formaban parte de una especie de catecismo para el uso de las madres de familia pertenecientes á la clase media, y de antemano estaba ya *curada de espanto*. Nada de augusto, de elevado salía de labios de la señora Karzof. Antonia sufría oyéndola; hubiese querido venerar á su madre, y no podía hacer otra cosa que amarla como á tal.

La joven recibió con paciencia aquella ducha de buenos consejos y prudentes advertencias; después le besó la mano y se fué á su habitación para estar sola y reponerse de tantas emociones como había sufrido; pero la soledad no la animó, pues como final de todas las pruebas que el destino le reservase no veía brillar ningún rayo de esperanza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## III

La reunión de la señora Frakine estaba en todo su apogeo; en el gran salón, tapizado de bronce mate y alumbrado por bujías, había una veintena de jóvenes y unas doce muchachas casaderas, entregándose á los placeres del baile, sin rendirles la fatiga; verdad es que á su edad suele ignorarse qué cosa es el cansancio. Un criado entró llevando una bandeja llena de vasos y tazas de te.

—¡Llévate eso, no queremos te!—dijo uno de los que bailaban—eso impide bailar; ya lo tomaremos, ahora aun está muy caliente.

—¡Pero ustedes tendrán sed!—dijo desde el comedor la señora Frakine ante un *samovar* gigantesco, en unión de dos ó tres mamás.

—¡Beberemos *kwas!*—repuso una joven.

—Y además usted nos dará de cenar ¿no es así?—exclamó desde lejos otra voz masculina.

—Sí, hijos míos, como de costumbre.

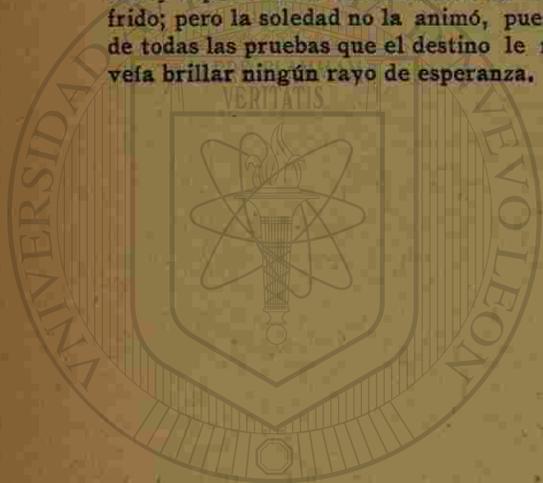
—¿Y habrá queso?

—¿Y arenques?

—Sí, y fiambre de vaca—concluyó triunfalmente la señora Frakine.

Al anuncio de tan delicioso festín, la gente joven empezó á dar saltos, y la buena señora explicó á las asombradas mamás aquel lujo extraordinario: aquella mañana había recibido de sus tierras un cuarto

La joven recibió con paciencia aquella ducha de buenos consejos y prudentes advertencias; después le besó la mano y se fué á su habitación para estar sola y reponerse de tantas emociones como había sufrido; pero la soledad no la animó, pues como final de todas las pruebas que el destino le reservase no veía brillar ningún rayo de esperanza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## III

La reunión de la señora Frakine estaba en todo su apogeo; en el gran salón, tapizado de bronce mate y alumbrado por bujías, había una veintena de jóvenes y unas doce muchachas casaderas, entregándose á los placeres del baile, sin rendirles la fatiga; verdad es que á su edad suele ignorarse qué cosa es el cansancio. Un criado entró llevando una bandeja llena de vasos y tazas de te.

—¡Llévate eso, no queremos te!—dijo uno de los que bailaban—eso impide bailar; ya lo tomaremos, ahora aun está muy caliente.

—¡Pero ustedes tendrán sed!—dijo desde el comedor la señora Frakine ante un *samovar* gigantesco, en unión de dos ó tres mamás.

—¡Beberemos *kwas!*—repuso una joven.

—Y además usted nos dará de cenar ¿no es así?—exclamó desde lejos otra voz masculina.

—Sí, hijos míos, como de costumbre.

—¿Y habrá queso?

—¿Y arenques?

—Sí, y fiambre de vaca—concluyó triunfalmente la señora Frakine.

Al anuncio de tan delicioso festín, la gente joven empezó á dar saltos, y la buena señora explicó á las asombradas mamás aquel lujo extraordinario: aquella mañana había recibido de sus tierras un cuarto

de vaca que hizo asar en seguida para que sirviese de obsequio á su querida juventud.

—Y precisamente—dijo viendo entrar á Dournof—aquí está el hijo pródigo que viene á comer su vaca tradicional.

—¡Ah! ¿hay vaca?—dijo con aquel buen humor que apenas le abandonaba.—¡Qué buena suerte! ¿ha tenido usted alguna herencia?

—¡Mal sujeto!—repuso la señora Frakine—¡pues no va á reprocharme mi pobreza! ¿De dónde sale usted ahora?

—He llegado del gobierno de T...

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¡Ah!—exclamó la señora Frakine dirigiendo sus miradas hacia la puerta. Antonia, que estaba al piano en el instante de entrar Dournof, acababa de ceder su puesto á otra mártir del deber social y se presentó en la puerta del comedor.

—¿Se volverá usted á marchar?—preguntó la anciana señora al joven que se había sentado en un viejo canapé.

—No...

Antonia se acercó á él y, sin timidez ni embarazo, fué á sentarse á su lado.

Las mamás tomando, el te, conversaban entre ellas, y el joven dijo al oído de la señora Frakine:

—¿Sabe usted que he sido rechazado?

—¡Sí!—repuso la anciana con asombro.

—Me han rechazado porque no he querido entrar en un ministerio.

—¡Sí!—exclamó por segunda vez la buena señora con tanto asombro que Dournof no pudo evitar la risa.

—¡Cómo se lo digo! pero esto no impide que nuestros sentimientos sigan siendo los mismos, ¿no es verdad, Antonia?

Su situación de pretendiente rechazado, le daba una nueva seguridad, ya no tenía miedo á descubrirse y sentía cierto placer confesándose enamorado de la joven.

—¡Y bien! ¡qué van ustedes á hacer, pobres hijos míos!—dijo la señora Frakine mirándole con compasiva bondad.

—¡Esperaremos!—dijo Dournof con alegría. Nadie les observaba; cogió la mano de Antonia, reteniéndola tranquilamente entre las suyas, bajo la benévola y triste mirada de la anciana.—Nos amamos lo bastante para esperar.

—¿Mucho tiempo?

—Sólo Dios lo sabe!—replicó Dournof echando hacia atrás sus rizados cabellos.—Vamos á bailar—agregó poniéndose en pie.

Había soltado la mano de Antonia; pero al llegar á la puerta le rodeó el talle con el brazo y cruzó entre los que contemplaban bailar á los demás.

—¿Ya bailas?—le preguntó un compañero poco caritativo aludiendo á su luto reciente.

—*Vita nouva*, querido mío; era gusano y me convertido en mariposa; además, cada cual coge la felicidad allí donde la encuentra.

Después de esta contestación enigmática, se puso á bailar como si la vida no tuviese para él otro objeto que dar vueltas acompasadas en torno de un salón.

Cuando llegó la hora de marcharse, Juan Karzof, que había llegado muy tarde, después de concluirse la ópera italiana, salió con su hermana y un grupo de amigos que vivían á poca distancia de otros. Dournof les acompañaba y pronto se acercó á Antonia aprovechándose de la distracción de Juan que sostenía con un compañero una acalorada discusión sobre la música. La noche era bellísima, la casa de Karzof estaba muy cerca, iban á pie, y los prometidos pudieron hablar algunos instantes.

—Es preciso que me acostumbre á mi nueva situación—dijo Dournof;—casi me sucede lo mismo que á un coronel sin regimiento, que á un cura sin cura. to, soy un novio sin novia...

Antonia volvió hacia él la cabeza, bajo el capuchón que la cubría brillaron sus ojos lanzándole un reproche.

—A los ojos de los demás estoy sin novia. Puedo confesar en alta voz que la amo á usted, pero ¿puedo decir lo mismo de usted respecto á mí?

La joven vaciló un momento, después se repuso con firmeza.

—Puede usted decirlo porque es verdad.

Dournof la contempló sintiéndose orgulloso de ella,

—Veo—continuó la joven—que lo mejor es fiarnos á la amistad y al honor de los que nos rodean. Si aparentamos desconfianza puede llegar á mis padres alguna frase maligna. Si no les ocultamos nada estoy segura que todos harán lo posible por protegernos.

—Tiene usted razón—repuso Dournof,—Empecemos en seguida,—¡Amigos!—exclamó en alta voz.

Los cinco jóvenes que iban al lado de Juan se detuvieron rodeándole.

—Tú el primero—dijo á Juan;—sabes que amo á tu hermana y que me la han negado, esta negativa te ha causado un pesar; hasta aquí hemos vivido como hermanos...

—Y así continuaremos hasta el fin de nuestra vida.

—Tu hermana no quiere someterse á la decisión de sus padres...

—Tiene razón—repuso Juan cogiendo el brazo de su hermana.

—Pues bien, á todos vosotros, amigos míos, que os sentiríais felices hallando quien os ayudase en semejante situación, declaro que Antonia y yo segui-

mos siendo prometidos, en espera del día en que un cambio de fortuna me permita volver á reclamarla. Os comunicamos esta noticia, porque nos parece más digno del honor y de la amistad proceder con vosotros con entera franqueza. ¿Nos protegeréis contra la calumnia evitando los peligros que puedan amenazarnos?

—Juramos—repusieron todos con contenida emoción—defender la juventud contra la oposición interesada de la vejez.

Se hallaban entonces en uno de los innumerables puentes que cortan los canales de San Petersburgo; la ciudad dormía, apenas de vez en cuando, se oían rodar alguno que otro coche, y aquellas voces juveniles repercutieron con fuerza.

—¡Hurra!—exclamaron con alegría continuando la marcha.

—Va usted á hacer que nos encierren por alborotadores nocturnos—dijo Juan con jovialidad,—pero lo soportamos con gusto.

—Muchas gracias—replicó Antonia con su voz dulce, dando la mano á cada uno de sus defensores.

A partir de aquel momento, si alguno de ellos se hubiese prendado de la gracia ó la belleza de la joven hubiese ahogado su pasión. Desde que pertenecía á Dournof, Antonia era sagrada para ellos. Además formaban á su alrededor una especie de batallón sagrado para defenderla.

\*\*

Mientras la juventud conspiraba contra ellos, los esposos Karzof esperaban acostados el regreso de sus hijos, proyectando por su parte planes maquiavélicos á la dulce claridad de la lámpara que alumbraba las imágenes de los santos.

—Amigo mío—decía la señora Karzof—he obser-

vado con detención á Antonia mientras hablaba con Dournof, y no está enamorada de él. Una joven que ama no recibe una negativa en la forma que ella lo ha hecho.

—Pero tal vez sea ese su modo de estar enamorada—objetó Karzof con más acierto de lo que en él podía suponerse. ¡Antonia no se parece á las demás!

—¡Déjate de tonterías! ¡Todas las jóvenes se parecen! ¿Te acuerdas de la pequeña Vera cuando no querían que casase con el hijo del cura de la iglesia de Kazau? ¡Lloró muchísimo, gritó, se negó á comer! Era tal el escándalo que armaba en su casa que su madre venía á dormir aquí la siesta, pues el demonio de su hija no la dejaba en paz!... Todo eso no impidió el que seis meses después se casara con un jefe de sección... ¡Esto es lo que se llama una joven enamorada! ¡Pero Antonia... oh, no lo está!

—¡Tanto mejor, eso honra á su talento y á la educación que le has dado!

—Pues bien, ya lo ves, para evitar que nuestra hija se enamore de cualquier galanteador, creo que lo mejor sería casarla lo antes posible. Tiene diez y nueve años y ya es tiempo.

—Yo también lo quisiera. ¿Pero con quién?

—¡Este es el problema!—exclamó la madre reflexionando con más detención que nunca. Eres tú quien debe buscarle, en tus oficinas debe haber alguien... nunca faltan solteros en un ministerio...

—Sí, pero suelen carecer de fortuna.

—¡Los jóvenes, sí! pero ¿y los viejos?

—¿Es que quieres casar á Antonia con un viejo?—dijo Karzof con asombro.

—¿Cuántos años tienes tú más que yo?—replicó triunfalmente la esposa.

—Creo que diez y ocho.

—¡Pues bien! ¿es que te hecho desgraciado?

—Oh no, pero no es igual...

—Verdad es que nosotros somos dos esposos que se llevan muy bien. ¡Ay, Dios mío, si yo pudiese encontrar para Antonia un marido como tú, sería feliz!

Después de este diálogo, los esposos se pusieron á rebuscar entre sus conocimientos pretendientes á la mano de Antonia y si á muchos no les zumbaron los oídos, sería porque dormirían como troncos.

Como consecuencia de aquel examen, se convino dar un baile á la semana siguiente en que se presentaría su hija á la admiración de los solteros elegidos.

En el instante en que el matrimonio, orgulloso de su resolución, se preparaba á dormir, oyeron un ligero ruido de pasos anunciador del regreso de sus hijos. Una risita que se le escapó á Antonia al dar las buenas noches á su hermano, confirmó á la señora Karzof en su creencia de que la joven no estaba enamorada.

—Ya ves que no piensa en Dournof, puesto que se rie. — Y la buena mujer se durmió como si estuviese en un lecho de rosas.

Su hija, al entrar en su habitación, en vez de desnudarse se sentó en un pequeño canapé, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, se puso á meditar con tristeza.

—Y bien, hermosa mía—dijo Niania que la aguardaba por muy tarde que volviese y que nunca se acostaba sin hacer sobre la joven la señal de la cruz, para alejar de ella los malos sueños—¿no te desnudas? ¿Es que no tienes sueño?

Antonia se estremeció y repuso:

—Perdón, Niania, si te hago esperar; debes estar cansada.

Se levantó en seguida poniéndose en manos de la sirvienta. Esta arregló con cuidado sus largos y espesos cabellos trenzándoles cuidadosamente á la vez que le decía con dulzura:

—¿Y bien, pequeña mía, tus padres no han aceptado á tu novio? ¿Se niegan á darle mi palomita?

—Sí—suspiró Antonia.

—¿Y tú qué dices?

—Digo que me casaré con él ó con nadie.

Niania guardó silencio, moviendo dos ó tres veces su blanca cabeza.

—Es que te quieren casar con otro—agregó al cabo de un instante.

—¿Con quién?—preguntó Antonia con brusquedad.

—No lo sé, pero le buscan... se va á dar un baile por tí, y se ocupan en casarte lo antes posible.

—¡Qué ideal! ¿Cómo lo has sabido?

—Me puse á escuchar á la puerta, mientras que tú estabas en casa de la Frakine ¿Y tu novio, qué dice?

—Lo mismo que yo.

—¡Qué Dios tienda su mano sobre vosotros, pues preveo que vuestra vida no será tranquila!—exclamó Niania suspirando.

Antonia se acostó; la criada la arropó cuidadosamente, atizó la lámpara de las imágenes haciendo por todas partes la señal de la cruz para alejar al espíritu maligno.

Pero el espíritu maligno estaba en el corazón de la joven. Una cólera sorda germinaba en su pecho amenazando desvanecer su razón. Si la hubiesen dejado en paz, dueña de esperar á que Dournof conquistase una posición, sería una hija dulce y sumisa, soportando con paciencia su dolor... Pero se quería disponer de ella sin su permiso.. se trataba á su amor como si fuese una niñería, se jugaba con el hombre á quien amaba... Su cólera creció. Antonia, incapaz de permanecer quieta en el lecho, se levantó. La frialdad de la habitación calmó un poco su fiebre y se arrodilló ante las imágenes.—¡Virgen santa!

—exclamó tendiendo la mano hacia la imagen, que sonreía con placidez sosteniendo á su hijo en los brazos.—Te juro, ser de él ó de nadie, si es preciso morir para mantener mi juramento, moriré.

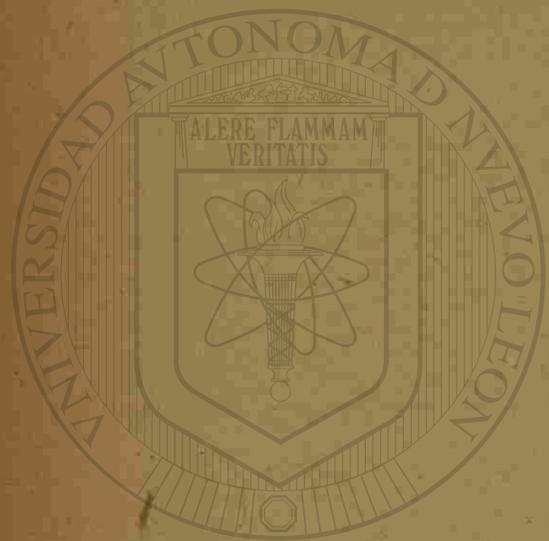
Arrodillada, permaneció bastante tiempo orando; el frío y la inmovilidad la helaron. Se levantó y volviéndose al lecho se quedó dormida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO 1938"

1660. 1623-NVH (L. 1938)

30289



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

## IV

Los días siguientes los dedicó la señora Karzof en seguir estudiando con atención á su hija; pero el semblante de esta era impenetrable; Dournof iba con frecuencia á ver á Juan, sin mostrarse afectado, pasando casi todo el tiempo que duraba la visita en el cuarto de su amigo, presentándose sólo un momento en el salón. Antonia le acogió como de costumbre, le presentaba la mano sonriéndose, como si entre ellos no hubiera ninguna relación íntima; los más maliciosos no hubieran hallado nada que criticar en aquella conducta; por más que la señora Karzof creía haber desaparecido el peligro, se dedicó por entero á los preliminares de la fiesta proyectada.

A la vez que hacía una porción de visitas preparatorias, iba recibiendo numerosos cumplimientos sobre su hija, y una porción de insinuaciones, por parte de las señoras tan deseosas de acomodar á un joven soltero, como podía estarlo la señora Karzof de colocar á Antonia. Entre demandantes y oferedores, las cosas acaban siempre por arreglarse. Esa gran comedia que representan de continuo los casamenteros de todas las categorías, tiene momentos en que suelen encontrarse más solteros que solteras, y otros, y este es el caso más frecuente, en que ocurre todo lo contrario. En este caso el talento está... ¿cómo decirlo sin molestar á nadie?... ¡siempre se trata de comprar sin que nadie sospeche que le ven-

den! El talento consiste pues en guardar la mercancía en el almacén todo el tiempo que tarden en pedirla. Así se han hecho muy buenos matrimonios, de esos que se llaman ventajosos, y se han realizado en veinticuatro horas, porque un embajador necesitaba una embajadora para que le ayudase; también se han visto solteros incasables y abandonados ya de las más hábiles casamenteras, casarse de golpe y porrazo.

Cuando la señora Karzof se puso en campaña para casar á Antonia había disponibles los jóvenes que por precaución no se habían dejado cazar en las últimas fiestas de Navidad, en las que hubo muchos matrimonios. La buena señora recibió numerosos cumplimientos sobre el talento y la belleza de su hija, y al volver de las seis casas que visitó el primer día, ya contaba con cuatro pretendientes, no porque los cuatro hubiesen mostrado firme deseo en poseer la mano de Antonia; sino que eran cuatro caballeros dispuestos á casarse con una mujer bonita con un hermoso dote, y hasta con el dote hermoso, sin que fuese indispensable la belleza de la mujer.

La señora Karzof regresó satisfecha á su casa.

—Invitaremos á todos—dijo á su esposo—y así podremos elegir, tenemos derecho á llevarnos lo mejor.

El segundo día aun fué más favorable que el primero; entre las víctimas inmoladas al orgullo maternal encontró á uno que había visto á Antonia y que se la pidió personalmente. ¡No pedía á Antonia por su educación y pequeño capital, sino por lo que por sí sola valía! La señora Karzof creció en seguida una pulgada.

El lector se equivoca, y nosotros haríamos mal en dejarle en este error, si cree que en Rusia se arreglan estas cosas directamente.

Eso sería la primera grosería; todo lo más que puede ocurrir es el que lo hagan los comerciantes;

entre la clase inteligente y civilizada de los empleados de regular categoría, las cosas suceden de otro modo. La señora Karzof abordaba así á sus buenas amigas:

—¡Buenos días, mi querida Anastasia Petrowná! ¡Dios mío, cuánto tiempo ha pasado desde que tuve el placer de verla!

—Lo menos hace seis semanas; yo debía haber ido á visitarla.

—¡Nada de eso! era yo quien debía haberlo hecho; pero...

—Lo cree usted así, tanto mejor, eso me tranquiliza; pero no contemos las visitas. ¿Y bien, qué hay de nuevo?

—No gran cosa; los Murof han casado á su hija ¿ya lo sabrá usted?

—Sí, sí, ya es cosa antigua. ¿Y usted cuándo casa á Antonia?

—¡Oh, á Dios gracias, no tenemos prisa! ¡No nos molesta... es una muchacha tan dulce, tan cariñosa! tal como usted la ve, en toda su vida me ha dado una hora de pesar. ¡Nunca la he tenido que dirigir el menor reproche!

—¡Es usted muy feliz, mi buena amiga! Yo no tengo tanta suerte con mis hijas: se han casado todas, y ya puedo decirlo, pero me ha costado muchos disgustos el educarlas. Pero entonces también yo hablaba lo mismo que usted.

Las dos madres se pusieron á reír; pero una lo hacía de mala gana.

—La semana próxima queremos dar un baile—dijo la señora Karzof—¿conoce usted á algunos jóvenes y caballeros bien educados á quienes se pueda invitar?

—¡Sí, y usted puede encontrar tantos como desee! ¡En una casa en que tanto se pueden divertir no han de faltarle concurrentes! Yo le enviaré á X, á Y, á

Z y otros; pero si usted no quiere que Antonia se case este año, no le enviaré á Titolof.

—¿Por qué?

—Porque está locamente enamorado de la hermosura de su hija de usted; la vió en el último baile dado por la asamblea de la nobleza, y toda la noche anduvo buscando quien le presentase... Desgraciadamente yo no estaba allí, y si pudo encontrar muchos jóvenes que le diesen antecedentes no encontró una persona seria que pudiese allanarle el camino.

—¡Qué ideal uno se hace presentar en seguida. ¡Qué hombre más tímido es el tal Titolof! ¿Qué edad tiene?

—Creo que cerca de treinta y cinco años, y ya en su carrera ha logrado la categoría de general y la cruz de Santa Ana.

—¡Como mi marido; tan joven!—exclamó la señora Karzof—¿tiene fortuna?

—No es millonario, pero posee una renta de unos tres mil rublos, que unida á su sueldo hace cerca de seis mil...

—No es de desdeñar—dijo la señora Karzof con seriedad.—¡Dios mío, cuántos pretendientes! ¡No nos faltarán; desde hace ocho días me han propuesto más de una docena!

Así es como se hacen los matrimonios, felizmente no todos, y para mayor gloria de las madres de familia. Todo el mundo ha creído notar que aquellas que peor han casado á sus hijos son las más encarnizadas casamenteras, pero no puede asegurarse si esto obedece á un deseo de venganza ó á otro sentimiento.

## V

El trajín de tantos paseos y visitas, el de los días empleados en asegurarse de que los criados de la casa, y algunos más que se tomaron de refuerzo, prepararían bien la cena, los helados, el te, la preparación de trajes para Antonia, etc., dió por resultado que el día del baile, y una hora antes de la comida, la señora Karzof se sintió atacada de un fuerte cansancio.

Era demasiado tarde para retroceder; la desgraciada madre, víctima de sus deberes, se endosó gimoteando, un traje de seda color lila, demasiado estrecho y que rara vez se lo ponía, y como mejor le fué posible se mantuvo en pie á la entrada del salón para recibir á los concurrentes.

Llevadas por sus mamás acudieron bastantes señoritas, y aun mayor número de jóvenes; éstos se presentaban solos: una media docena de pretendientes serios é igual número de menos serios se agruparon en rededor de Antonia.

Esta tuvo especial cuidado en despojarse de las alhajas con que le recargó su madre, quien le dirigió una mirada centelleante, pero sin resultado; muy tranquila, pálida, como de costumbre, recibió los homenajes de aquellos desconocidos, con perfecta indiferencia. El escuadrón sagrado se mantenía á poca distancia, bajo las órdenes de Juan Karzof, á quien aquella guerra divertía bastante.

Comenzó el baile, en el momento en que uno de los pretendientes serios, hombre de unos cuarenta años, calvo, un poco obeso pero que llevaba con ma jestad lentes de oro sobre su nariz chata, se inclinaba ante Antonia para invitarla á bailar; Juan le quitó las anteojos llevándole con rapidez al otro lado del salón.

—¡Oh, Juan!—exclamó su madre.—¡Qué libertad es esa?

Esta exclamación, que nada tenía de ceremoniosa, no llegó á los oídos del joven. Muy ocupado en apariencia, maniobraba para que en un instante determinado su hermana pudiese pasar á brazos de Dournof, sin que éste tuviese que acompañarla á su puesto.

La estratagema resultó perfectamente y el escuadrón sagrado ejecutó la maniobra de un modo maravilloso. Después de dar dos vueltas por el salón, Dournof acompañó á Antonia dejándola sentada cerca de su madre, pero en el momento en que el de los anteojos se dirigía hacia ese lado, uno de los conjurados cogía á Antonia para llevársela al otro, y así se fué repitiendo la operación hasta terminar el vals.

Excepto la cuadrilla, en Rusia no se danza todo un baile con la misma pareja, eso se consideraría como una grave inconveniencia. Lo más que se permite es dar dos ó tres vueltas al salón, si es pequeño, y una si es muy grande; después se acompaña á la señora á su puesto, quedándole la facultad de aceptar ó rechazar en seguida á un nuevo caballero. Esta moda es con seguridad menos cansada que la moda francesa, y permite á una mujer poder bailar casi con todos; así es que los conjurados debían proporcionar á Antonia numerosos medios para poder librarse de los protegidos de su madre.

--Escucha—le dijo con seriedad la señora Karzof,

en el momento en que la joven, aprovechando las ocupaciones de su madre, se hacía aparejar para la cuadrilla—no bailes con esos jovencitos, con los amigos de tu hermano, á esos los puedes ver todos los días, aquí hay personas serias y aceptables, con esos debes bailar, ¿me has comprendido?

Antonia hizo un ademán con la cabeza y se fué; cuando sonaron los primeros compases de la contradanza, la madre vio con horror que su hija bailaba con uno de los jovencitos; desde lejos le dirigió una severa mirada, que fué completamente inútil.

Al cesar la música, la señora Karzof, llevándose á su hija al comedor le dijo:

—¿Por qué me has desobedecido?

—¡Pero mamá, no es culpa mía si Matvéif me ha invitado antes que los otros! Yo no podía sospechar que ese señor gordo...

—¡Ese señor gordo!—repitió su madre con asombro.

—Sí, ese gordo de los anteojos; ¿pero es que á su edad se puede bailar?

Después de haber dado ese golpe en el corazón de su madre, Antonia voló como una mariposa.

Habían dado las diez, y el fénix de los pretendientes, el general de treinta y cinco años, condecorado con la cruz de Santa Ana, aun no había llegado. La señora Karzof lanzaba inquietas miradas, tan pronto á su hija que seguía bailando con los jovencitos, como á la puerta que se abría con frecuencia para dar paso á semblantes conocidos. Por fin apareció su buena amiga, vistiendo un magnífico traje de seda azul, capaz de hacer palidecer al cielo de junio, llevando á su lado al general Titolof, á quien costaba mucho trabajo andar con soltura.

En aquel momento Dournof, colocado detrás de Antonia, le dijo á media voz:

—¡Esta vez va en serio!

El general Titolof pasaba de los treinta y cinco años, pues tenía treinta y siete y once meses; era hombre de hermosa presencia, de abultado pecho, cubierto con reluciente camisa y chaleco aun más reluciente, su traje era magnífico; la cabeza no era indigna del busto; hermosos ojos de negras cejas, fino bigote, cabellos muy finos y rizados con tenacillas, y sobre todo, muy untados de pomadas, guantes color paja, sombrero *clac* con iniciales puestas debajo de una corona, en su fondo... Todo era perfecto, tanto que Juan tocó á Dournof, diciéndole:

—¿Cómo puedes tú compararte con un pájaro como ese? no eres digno ni aun de abrocharle el último botón de su chaleco.

—Tal vez se lo abroche con demasiada fuerza—repuso Dournof un tanto meditabundo al contemplar la indiscutible belleza del general Titolof.

—Quiero ver, si maulla ó ladra—dijo Juan;—es imposible que esa boca pueda hablar con voz humana, como tú y yo.

—Titolof, siguiendo siempre pegado al traje de seda azul, llegó ante la señora Karzof.

—El general Titolof, amigo mío y de mi esposo—dijo la señora que le presentaba.

Titolof se aproximó, inclinando la cabeza con un gesto mecánico irreprochable, y la levantó con mucha gracia, luego cogió la mano de la señora Karzof llevándola á sus labios.

—Encantador, encantador—se dijo la buena señora moviéndose con tanta rapidez como su cansancio le permitía.

—Voy á presentarle á usted á mi familia... Mi esposo... (El marido saludó). Mi hijo Juan...

El joven acababa de pedir, con muy mala intención, que tocasen una polka estrepitosa. Juan se inclinó ante el caballero, quien le estrechó la mano á la inglesa.

—¿Y mi hija Antonia, dónde está, Juan?

—Allí, mamá—repuso respetuosamente el joven.

En aquel instante Antonia bailaba la polka con un jovenzuelo, su madre le lanzó una mirada de irritación, ella dejó al jovenzuelo, para bailar con el gordo de los lentes, y en el acto, la mirada de cólera se trocó en aprobación, que volvió á ser de sentimiento al fijarse en el general Titolof.

—General, en seguida le presentaré á usted á mi hija, pase por aquí.

—Seré muy feliz por ello—repuso el general con voz meliflua.

Reventando de risa, Juan fué en busca de sus compañeros.

—Ni siquiera maulla, bala—les dijo.

Antonia tuvo que volver al lado de su madre y la presentación se hizo.

—Deseaba aproximarme á usted; señorita, la impresión que usted me produjo es imborrable—le dijo con su meliflua voz.

Antonia se inclinó como para decirle *con esto basta*. Pero Titolof añadió:

—Me sentiría muy feliz con que su hermosa voz confirmase la autorización que me ha concedido su señora mamá.

Antonia miró á su madre; la autorización estaba demasiado escrita en la sonrisa que brillaba en sus labios.

—¡Responde, Antonia!—le dijo ésta.—¡Es tan tímida—añadió dirigiéndose al general.

—No sé que autorización le puede haber concedido mi madre—dijo Antonia ruborizándose de su propia audacia.

—La de poderle ofrecer á usted mis respetuosos homenajes...

—¡Antonia!—exclamó Juan en alta voz—te necesito, ven aquí...

La joven hizo una pequeña reverencia y desapareció murmurando:

—Perdóneme usted.

—Estas jóvenes—dijo su madre sonriéndose—cuando están bien educadas son tan esquivas... y yo puedo alabarme de que á Antonia hasta la fecha nadie le ha interesado el corazón. ¡Ni sabe aún lo que quiere!...

El general Titolof y la señora Karzof dejaron el salón para pasar al gabinete de ésta, y allí hablaron de esos proyectos matrimoniales que por regla general concluyen con estas frases:

—¡Dios es quien le ha puesto á usted en mi camino.

Todas las suegras suelen empezar así y todos los yernos comenzaron de igual manera.

Titolof bailó algunas veces con Antonia, su inexorable madre la retuvo á su lado. Pero en el último momento, durante el cotillón, que según costumbre de la época precedía á la cena, halló medio de no cambiar veinte palabras con su caballero, pero á cada instante le hacía cambiar de figura, y la joven tuvo el consuelo de verle desaparecer.

Dournof en cambio se llevó un escrito hecho con lápiz en el que se decía: "O de usted ó de nadie."

## VI

De este modo pasaron quince días, el mes de febrero tocaba á su fin, y las últimas fiestas de carnaval ponían en movimiento toda la ciudad. El general Titolof iba á casa de Antonia primero cada dos días, luego diariamente; en seguida se le invitó á comer ¡y qué comida! Nunca la cocinera había tenido que trabajar tanto.

Algo había ganado Antonia, porque seguía concurriendo á los sábados de la señora Frakine, á los que no había sido invitado Titolof, pues no dando importancia á estas reuniones la señora Karzof no le había presentado.

Esta reunión, semejante á las de otros tiempos y tan diferente de la vida concentrada y ceremoniosa que le imponían las visitas del pretendiente, produjo á Antonia un júbilo extraordinario. Apenas entró, el sonido del piano y los murmullos familiares de las jóvenes (muchas de ellas amigas queridas) la impresionaron de tal modo, que perdió la entereza y en medio del salón rompió en copioso llanto.

Toda la juventud presente, no estaban las madres, la rodeó, ellos para sostenerla y ellas interrogándola con frases cariñosas.

—¿Qué tienes, Antonia? ¿Es algún disgusto? ¿Podemos serte útil en algo?—Y así por el estilo le preguntaban y la consolaban mientras Antonia, apoyada

en una de sus amigas de la infancia, trataba de contener su llanto.

—Juan. ¿Dónde está Juan?—preguntaron.

Juan, como todos los sábados, estaba en la ópera. Dournof, que acababa de llegar y dominaba el grupo por su estatura, se aproximó á Antonia.

—Sé lo que tiene—dijo.—La quieren obligar á que se case con un hombre que aborrece—y pasando el brazo por el talle de la joven la colocó en un sillón, sentándose á su lado.

—¡Es á usted á quien ama!—dijeron las jóvenes.

—Sí—dijo con orgullo Dournof—y no se casará con el condecorado general.

—¡No, no!—dijeron las jóvenes á coro.

—Marchar á divertirlos—dijo Dournof con la autoridad que sobre aquella reunión ejercía.—Nosotros tenemos que hablar despacio.

Se formaron las parejas; la señora Frakine, con su bondad, quiso prestar algún auxilio á la joven, pero no había remedio posible para su mal. La señora Karzof estaba muy engreída de tan buen casamiento para renunciar á él; además su futuro yerno había tomado el casamiento por amor propio; había perdido á su madre y encontraba una suegra que haría los honores de la casa al lado de su esposa. Titorof poseía una buena casa, bien amueblada, con tapices y espejos por todas partes y magníficas joyas y servicio de plata, herencia de familia; todo lo había visto la señora Karzof y se había encantado.

—¿Y qué piensas hacer?—preguntó la señora Frakine á Antonia.

—Decir siempre que no hasta al pie del altar. ¿Qué otro recurso me queda?

Durante los ocho días siguientes, exceptuando por la noche, Antonia no tuvo un solo minuto suyo; entonces escribía á Dournof largas cartas, y leía la que él le enviaba diariamente. La vieja criada de

pie, tras ella, procuraba suavizar sus movimientos para no distraer á la querida joven. Miraba los dedos de Antonia correr sobre el papel y las lágrimas caer sobre la página escrita, y toda el alma de la anciana rebosaba dolor, viendo que nada podía hacer por ella.

Una noche, Antonia, no pudiendo contenerse, inclinó la cabeza sobre los brazos que apoyaba en el mármol del tocador; y mientras Niania concluía de arreglar sus cabellos, dejó correr el llanto; á poco dos lágrimas de fuego cayeron sobre su cuello. Levantó la cabeza con brusquedad y miró á la criada. De los ojos de ésta brotaba el llanto con abundancia, rodando por sus flacas mejillas.

—No llores, Niania, esto no será nada—le dijo Antonia.

—¡No llorar, mi águila blanca, cuando veo que tus ojos se marchitan por el mucho llanto que de ellos brota! Yo quisiera volverme ciega á fuerza de llorar si así recobrabas la alegría. Sí, derramaría lágrimas hasta el fin de mi vida, y si Dios lo quisiese hasta perdería mi salvación eterna, si así pudieses ser más feliz.

Antonia se abrazó al cuello de la pobre criada y le dijo:

—Tú eres más mi madre, que mi verdadera madre.

—Así lo creó—exclamó Niania;—excepto haberte puesto en el mundo tu madre nada ha hecho por ti ¿Quién ha velado en tus enfermedades? ¿quién te ha cuidado, ha llorado y reído durante tu infancia para divertirte? ¿quién te atiende ahora y conoce tus penas? ¡Tienes razón, palomita mía, soy yo tu verdadera madre! Así es que puedes llorar conmigo y tu madre te prohíbe que llores, porque eso irrita los ojos. Llorá, lloraremos juntas y tal vez el Señor se conmueva.

Al día siguiente era sábado. La señora Karzof entró por la mañana en el gabinete de su hija para vigilar con atención su tocado. Antonia se había hecho traer un traje muy sencillo, que vestía de ordinario; su madre le rechazó, eligiendo uno claro, alegre y vistoso; en los cabellos de su hija colocó una cinta color de rosa, y después de examinarla por todos partes la abrazó con más ternura que de costumbre llevándosela a su habitación.

—Ya lo ves—le dijo al sentarla a su lado;—el deber de las jóvenes es someterse a la voluntad de sus padres que saben mejor que ellas lo que les conviene; tú has sido una buena hija, serás una buena esposa y una buena madre. Ha llegado la hora de separarte de nosotros, y espero que siempre nos agradecerás los cuidados que hemos tenido para asegurar tu felicidad. El general Titolof vendrá hoy para pedirte en matrimonio; responderás como debes hacerlo y los dos recibiréis la bendición de prometidos.

Antonia se levantó y después de arrodillarse tres veces, según la antigua costumbre rusa, le dijo:

—Madre mía, usted sabe que amo a Dournof. No me obligue pues a casarme con otro hombre en contra de mi voluntad.

—¡Eso es una broma, tú no le amas!

—Le amo y le he dado mi palabra. Los dos estamos muy conformes en esperar, no pedimos a usted más que un poco de paciencia. No nos haga desgraciados y los dos la bendeciremos.

Secretamente la señora Karzof tuvo miedo, notó que había tratado con mucha ligereza el amor de los jóvenes, y además adquirió la certidumbre de cuán firme era el carácter de su hija. Este último descubrimiento fué fatal para ella, pues si se emocionó viendo cuán profundas eran las raíces de aquel amor despreciado, mayor impresión le produjo aún lo que

ella llamaba la sonrisa de Antonia. Habíase olvidado que desde hacía tiempo debió inspirar a su hija la confianza que hoy le faltaba.

—No se ama cuando se llevan los pies descalzos—repuso con burla.—¿Cómo no has comprendido que te ama solamente por tu dote? Si fueses pobre...

—Madre mía—interrumpió Antonia con los ojos centelleantes de ira—no insulte usted a Dournof, vale más que yo. ¡Es usted quien quiere entregarme a un general porque es rico!

La señora Karzof se puso en pie, y las dos mujeres se contemplaron un instante. Si no dió un boteón a su hija fué por haber hallado el medio de herirla con mayor crueldad.

—Tu Dournof no quiere más que nuestro dinero; las gentes de su clase siempre buscan a las jóvenes de buena posición—repuso despreciativamente.

—¡Madre mía, no insulte al hombre con quien me casaré sin dote y en contra de la voluntad de usted!

La señora Karzof prorrumpió en furiosa risa.

—Te casarás sin dote, demasiado sabe él que debes heredar un día u otro. Eso sería matarnos ¿comprendes? ¡pues si te casas con él yo te maldeciré a ti, a él y a tus hijos!

Antonia se tambaleó, sus fuerzas la abandonaban, pero no queriendo dar a su madre el placer de verla vencida se apoyó en una silla, y contempló a la señora Karzof frente a frente.

El semblante de la señora Karzof respiraba una ira rayana en odio. En aquel momento no veía en la joven al fruto de sus entrañas, veía sólo una ingrata a quien educó, que se lo debía todo, hasta la vida, y osaba resistirse a su mandato; *Niania* tenía razón. Las mujeres que sólo dan a luz a sus hijos son menos madres que las que los crían, son los placeres y los pesares los que dan fuerza a la maternidad.

—¡Sea—respondió Antonia sin bajar los ojos—

puesto que me amenaza con un castigo tan cruel, sin su bendición, no me casaré con Dournof, pero tampoco con Titolof.

—Te casarás al concluirse la cuaresma ó yo te maldeciré.

—No me casaré; antes prefiero morir.

—No se muere así como así—replicó la señora Karzof sonriéndose con amargura—lo mismo que tú contesté hace treinta y siete años á mi madre cuando se trató de que me casase con tu padre.

—Todos no somos iguales—replicó Antonia con lentitud.

—¡Felizmente, creo que tu resistencia es obra del demonio, y pasará pronto! En cuanto á Dournof, que es quien te la inspira, fuí muy necia al no plantarle en la calle cuando se atrevió á pedirme tu mano. ¡Es que vosotros dos os habéis puesto de acuerdo para hacerme perder la paciencia! Bien, pues voy á escribirle para que no se presente más por aquí.

Apresuradamente se puso á escribir unos renglones á Dournof. Después recobró la calma y con ella vino la reflexión.

—Podrías verle en casa de la señora Frakine, ¡es tan poco difícil en la elección de las personas que recibel pero tú no volverás á ir sin mí, además, le haré saber que si estima mi amistad debe despedir á ese buscador de fortunas.

Envió esta segunda carta y después se puso á contemplar á su hija que seguía de pie ante ella.

—Vete á tu habitación y trata de reflexionar—le dijo.

Después de las doce llegó Titolof; estaba preparada una mesa con las imágenes; los esposos Karzof esperaban en el salón. Al verle enviaron á buscar á Antonia que se presentó muy pálida y desfalleciente; pero en actitud noble y digna.

Al oír que pedían su mano, tuvo intención de re-

chazar de plano á aquel hombre y decir que amaba á otro; pero siendo enemiga de toda manifestación exterior, retrocedió ante la escena que debería desarrollarse por juzgarla estúpida y teatral. Se prometió hacerle entrar en razón en cuanto estuviesen solos.

Los esposos Karzof, respondieron por su hija, que no abría la boca; ante las imágenes bendijeron á los prometidos, y luego entablaron conversación los tres personajes, tan poco interesante y tan pesada, que el prometido, pretextando una ocupación, se retiró despues de besar respetuosamente la fría mano de Antonia. Luego la joven se retiró á sus habitaciones negándose á comer.

Mientras los esposos Karzof, sentados frente á frente, bastante avergonzados de su proceder, comían, *Niania*, que nunca servía á la mesa, fué al lado de Antonia. Al verla, la joven, que estaba sentada en un sillón, le tendió la mano.

—¿Te han obligado, mi ángel del cielo?—dijo la vieja besando la mano de su hija adoptiva.

—¡Sí; pero no me casaré!

—¡Ay, querida mía!—suspiró *Niania*—¡contra la voluntad del Czar y la de los padres no hay apelación!

—*Niania*—dijo Antonia despues de un instante de silencio—es necesario que vea á Dournof.

—¡Esta noche le verás en casa de la señora Frakine.

—No iré; mi madre teme que pueda encontrarle allí, y yo necesito verle hoy.

—¿Dónde, Dios mío? ¿Cómo?—exclamó *Niania* levantando los brazos al cielo.

—Es cuestión mía—dijo Antonia mirándola con autoridad.—Ve á decir á mi madre, que esta tarde quiero ir á las vísperas.

—¿A las vísperas? es una buena idea; la ora-

ción calmará los pesares de tu alma, voy en seguida.

Al cabo de un instante regresó *Niania* con el deseado permiso. La hora de las vísperas no estaba muy lejana. *Antonia* se despojó de su traje de fiesta, quitándose con ira la cinta que le puso su madre en el pelo, y frotó bastante rato el lugar en donde se posaron los labios de *Titolof*. Luego esperó á *Niania*.

A eso de las siete se presentó la criada, trayendo la pelliza de la joven, quien se la puso en seguida. Salieron, y al doblar la primera esquina detuvo á *Antonia* cogiéndola por la manga.

—Equivocas el camino, querida mía, la iglesia no está por ahí.

—Ya iremos á la iglesia después, sígueme.

*Niania* dió algunos pasos, se veía obligada á correr para mantenerse á la altura de su ama.

—Pero, hermosa mía, ¿dónde vas?—le preguntó con temor.

—Has dicho que darías tu salvación eterna por salvarme, sígueme y no preguntes nada—repuso *Antonia*.

*Niania* bajó la cabeza sin replica. *Antonia* atravesó dos ó tres calles amplias penetrando sin vacilar en un callejón sombrío. ¡Había sentido placer pasando tantas veces delante de aquella casa en su solitario invierno! Entró en una casa humilde y limpia; subió una escalera de piedra, y en el piso segundo llamó con fuerza. Se abrió la puerta y un rayo de luz fué á reflejarse en el semblante de *Antonia*, libre ya del capuchón.

—¡*Antonia*, Dios te envía, ¡bendita seas!—exclamó *Dournof* estrechando á la joven en sus brazos.

*Niania* cerró la puerta cuidadosamente siguiéndoles al salón.

## VII

El saloncito á donde *Dournof* llevó á *Antonia* era una pieza fea, como suelen serlo las que se alquilan amuebladas. Algunas plantas de follaje vistoso, puestas en las ventanas, intentaban aunque en vano, darle alegre aspecto. Una mesa recargada de papeles; en el suelo un montón grande de libros y de carpetas; un vaso medio lleno de te en un ángulo de la mesa; tal era el departamento ocupado por el joven.

Pero en aquel instante estaba muy lejos de las miserias terrenas. Tenía á *Antonia* apoyada contra su pecho, no guardando en él, ni odio, ni rencor, tenía una fe ciega en la mujer que tan espontáneamente venía á consolarle.

Así permanecieron durante un minuto sin pensar en hacerse una caricia; *Niania* permanecía de pie al lado de la puerta, les miraba y lloraba en silencio; la energía con que se buscó esta entrevista, el entusiasmo acogimiento, todo le probaba cuán grande y profundo era el amor que unía á los jóvenes.

Al fin *Dournof* se separó de *Antonia* presentándole una silla. El diván estaba lleno de papeles, como todo lo demás.

Después se sentó ante la joven. *Niania* seguía de pie, estaba acostumbrada á sostenerse en esta posición, pues nunca se sentaba ante sus superiores.

—He venido—dijo *Antonia* con temblorosa entonación—pues quería hablar con usted á todo trance,

ción calmará los pesares de tu alma, voy en seguida.

Al cabo de un instante regresó *Niania* con el deseado permiso. La hora de las vísperas no estaba muy lejana. *Antonia* se despojó de su traje de fiesta, quitándose con ira la cinta que le puso su madre en el pelo, y frotó bastante rato el lugar en donde se posaron los labios de *Titolof*. Luego esperó á *Niania*.

A eso de las siete se presentó la criada, trayendo la pelliza de la joven, quien se la puso en seguida. Salieron, y al doblar la primera esquina detuvo á *Antonia* cogiéndola por la manga.

—Equivocas el camino, querida mía, la iglesia no está por ahí.

—Ya iremos á la iglesia después, sígueme.

*Niania* dió algunos pasos, se veía obligada á correr para mantenerse á la altura de su ama.

—Pero, hermosa mía, ¿dónde vas?—le preguntó con temor.

—Has dicho que darías tu salvación eterna por salvarme, sígueme y no preguntes nada—repuso *Antonia*.

*Niania* bajó la cabeza sin replica. *Antonia* atravesó dos ó tres calles amplias penetrando sin vacilar en un callejón sombrío. ¡Había sentido placer pasando tantas veces delante de aquella casa en su solitario invierno! Entró en una casa humilde y limpia; subió una escalera de piedra, y en el piso segundo llamó con fuerza. Se abrió la puerta y un rayo de luz fué á reflejarse en el semblante de *Antonia*, libre ya del capuchón.

—¡*Antonia*, Dios te envía, ¡bendita seas!—exclamó *Dournof* estrechando á la joven en sus brazos.

*Niania* cerró la puerta cuidadosamente siguiéndoles al salón.

## VII

El saloncito á donde *Dournof* llevó á *Antonia* era una pieza fea, como suelen serlo las que se alquilan amuebladas. Algunas plantas de follaje vistoso, puestas en las ventanas, intentaban aunque en vano, darle alegre aspecto. Una mesa recargada de papeles; en el suelo un montón grande de libros y de carpetas; un vaso medio lleno de te en un ángulo de la mesa; tal era el departamento ocupado por el joven.

Pero en aquel instante estaba muy lejos de las miserias terrenas. Tenía á *Antonia* apoyada contra su pecho, no guardando en él, ni odio, ni rencor, tenía una fe ciega en la mujer que tan espontáneamente venía á consolarle.

Así permanecieron durante un minuto sin pensar en hacerse una caricia; *Niania* permanecía de pie al lado de la puerta, les miraba y lloraba en silencio; la energía con que se buscó esta entrevista, el entusiasmo acogimiento, todo le probaba cuán grande y profundo era el amor que unía á los jóvenes.

Al fin *Dournof* se separó de *Antonia* presentándole una silla. El diván estaba lleno de papeles, como todo lo demás.

Después se sentó ante la joven. *Niania* seguía de pie, estaba acostumbrada á sostenerse en esta posición, pues nunca se sentaba ante sus superiores.

—He venido—dijo *Antonia* con temblorosa entonación—pues quería hablar con usted á todo trance,

mi madre le ha ofendido, y vengo á pedirle perdón.

Dournof se preocupaba muy poco de las ofensas de los demás, mientras contase con el amor de Antonia.

—No podremos vernos;—añadió la joven—mi madre ha dicho que no saldré nunca sin ella; hoy he pretextado ir á las vísperas... Esto es bueno para una vez.

Se calló; la idea de no ver más á Dournof le era tan dolorosa que le hacía olvidar los demás peligros, incluso su proyectado enlace.

—¿Pero á qué viene todo esto?—preguntó el joven.

—Titolof me ha pedido por esposa—respondió Antonia fijando los ojos en él.

—¿Y qué?

—Le han concedido mi mano.

—¡Esto es imposible!—exclamó Dournof saltando de su asiento.—¡No pueden hacer eso!

—Pues lo han hecho.

—¿Y tú no te has resistido?

—He dicho á mi madre que moriría antes que casarme.

—¿Y que te ha contestado?

—Que todas las jóvenes dicen lo mismo, y que á ella le sucedió igual.

Dournof se puso á pasear por la estrecha habitación alumbrada por una sola bujía. Se cruzó de brazos inclinando la cabeza sobre el pecho, para comprimir todo el dolor de su alma. Dió unas cuantas vueltas por la habitación y se detuvo ante la joven.

—Antonia—dijo—aun tengo dinero; partamos en seguida, mi madre te acogerá bien y á su lado nos casaremos, ¿quieres?

—No—respondió la joven dirigiéndole una mirada desgarradora.—Me han amenazado con maldecirme.

—¡Maldecirte! ¿Y con qué derecho? ¿Con qué de-

recho esa madre impía que pretende sacrificar á su hija á su orgullo, á su interés, puede maldecir al corazón leal que no quiere venderse? ¡Te maldecirá, pero Dios no la oirá!

Antonia se retorció las manos, y no respondió.

—¿Vas á casarte con ese hombre ridículo?

—No—repuso la joven.

—Bueno—exclamó Dournof paseándose por el salón;—desde hoy abandonaré mis trabajos para buscar una colocación en un ministerio.

—No quiero que lo hagas—repuso Antonia con autoridad.

—¿Por qué?

—¿Por que no es esa tu carrera; yo no me casaré contigo si te veo flaquear. Cuando uno tiene una idea verdaderamente grande no se abandona ni por una fortuna ni una mujer. Se sufre y hasta se muere por ella.

—¡Antonia—exclamó Dournof arrodillándose á sus plantas,—eres más que una santa, eres una mártir!

La joven movió tristemente la cabeza y su mano fué á posarse en los rizados cabellos de Dournof, que seguía de rodillas.

—Te amo—le dijo—y quiero que seas grande.

—¡Entonces, sígueme!—replicó el joven con impetuosa. —Yo no he de ser grande si nunca he de ser tuyo; sin ti no existe mi vida.

—Has trabajado antes de conocerme y antes de amarme—le repuso con dulzura.—El fin que persigues no ha desaparecido.

Dournof se levantó y le dijo suplicante:

—Vales mil veces más que yo, pero ya lo sabes, Antonia, antes de conocerte, yo no era más que un niño. Ahora soy un hombre, ¿sabes lo que me hace feliz? Es el firme pensamiento que tú has puesto en mi vida. Desde el día que prometiste casarte con-

migo mi alma ha cambiado; he pensado en el hogar que debía preparar para recibirte, en las dificultades de la vida; he rechazado por indignos muchos pensamientos que sin ti me hubieran parecido buenos. Cuando se es joven, uno se deja tentar con facilidad, no he querido decírtelo para que nada turbase tu tranquilidad, y además, estaba seguro de tu contestación. Muchas veces se me ha propuesto dinero por arreglar asuntos de una índole que tú no puedes sospechar. En aquel momento yo era muy pobre; una vez, era por tu cumpleaños, yo me devanaba los sesos buscando la manera de poderte ofrecer algo; era preciso sucumbir, pues el asunto en apariencia era honroso; pero la suma que me ofrecían me pareció demasiado grande para pagar el simple cumplimiento de mi deber... Tuve desconfianza y me negué... Tú no sabrás nunca cuán pobre era yo en aquel instante y lo grande de mi tentación!... Pues bien, me negué, tuve valor para ello, no fué porque mis principios y mi educación me lo impidiesen... Fué porque te amaba, y si me hubieras preguntado de dónde procedía aquel dinero no hubiese tenido valor para decirte toda la verdad. Tu conciencia es la mía, hasta mi propio honor! Ahora dime si yo puedo vivir sin ti.

La joven fijó sobre él sus ojos anegados en lágrimas, pero eran de orgullo y de placer.

—¡Ah—exclamó—tú me consuelas de todos mis pesares!

Se miraron extasiados un instante, olvidando todas sus penas.

—Eres un hombre de bien—dijo *Niania* con temblorosa voz.

Los jóvenes se estremecieron, se creían solos y aquella voz les llamaba á la realidad.

—¡Ah!—suspiró *Antonia*—los hombres como tú son raros. Será para mí motivo de eterno placer el

que me ames. Pero, oye, *Feodor*, hay otra cosa más importante que el amor de una mujer... ¿No has hablado de la patria? ¿No has dicho que tiene necesidad de corazones adictos, de servidores desinteresados? ¿No es ya tiempo de que la lepra de funcionarios que la corroen se sustituya por espíritus firmes que trabajen por nada ó por muy poco, por el honor de la patria? ¿No quieres tú ser de estos?

*Dournof* estrechó con fuerza las manos que le tendían.

—Y bien, renuncia á mí, ama á *Rusia*... y ella te lo pagará.

—Yo no renunciaré nunca á ti—repuso *Dournof* con tranquilidad.

—¿Y si mis padres siguen oponiéndose?

—Te arrebataré y á su pesar me casaré contigo.

—*Feodor*, tú no harás eso, mi madre me maldeciría.

—¡Qué importa!—exclamó el joven con cólera.

—Yo moriría, pues hasta el pensamiento de semejante vergüenza me es insoportable.

La joven se calló, inclinando la cabeza sobre el pecho.

La voz de *Niania* retumbó en la habitación mal alumbrada; aquella voz procedente de una boca que no se veía, adquirió un acento casi profético.

—¿No te da vergüenza querer arrastrar al mal á nuestra casta paloma?—decía—¡Tú sabes que no hay casamiento agradable á los ojos de Dios, si los padres niegan su consentimiento, aunque un sacerdote le bendiga! ¿Por qué quieres seducir un alma tan pura? Ella habla bien y tú piensas mal. Tú hablabas bien hace un momento y ahora estás dominado por el espíritu del mal.

*Niania* se calló; los jóvenes, que habían soltado sus manos, permanecían con la cabeza baja como si fuesen dos culpables.

—Adiós—dijo Antonia sin atreverse á fijar los ojos sobre su amante.

—No, adiós, no; tú serás mía ¿comprendes?—repuso el joven—Y si tus padres te obligan á casarte con Titolof, no tendrás fuerza para resistirte, y en cambio la has tenido para mí. Cásate con Titolof, por eso no dejarás de ser mía. Yo arrebataré á la señora Titolof, ya que Antonia Karzof no ha querido ser mía.

La joven lanzó un grito y cubriéndose el semblante con las manos dió un paso atrás.

—¡Vergüenza, vergüenza para ti, hablas como un sacrilego!—exclamó *Niania*.

—¡Tanto peor!—gritó Dournof fuera de sí—los que hacen el mal sin disculpa viven y prosperan; nosotros viviremos y prosperaremos igual que ellos; ¡nosotros hemos querido obrar bien y nos obligan á hacer mal!

—¡Hablas como un insensato!—replicó *Niania* sin moverse de su puesto.—Si tu madre te oyese hablar así, renegaría del hijo de sus entrañas que ofende á Dios y á la mujer que ama.

—¡Perdón, perdón! soy un desgraciado, tanto, que quisiera morirme. ¡Perdóname Antonia!

Antonia, tendiendo la mano sobre él, hizo en el aire y sobre su pecho la señal de la cruz, diciendo:

—¡Que Dios te dé la paz; yo trataría de recobrarla si supiese que no eras tan desgraciado!

—¿Entonces, tú no quieres...?—dijo Dournof estrechándola contra su corazón.

—Nunca, sin el consentimiento de nuestros padres.

—Yo se lo pediré otra vez, á pesar de su grosería y de su injusticia...

—Y no te lo concederán. Es á un general á quien quieren por yerno.

—¿Y tú qué harás?

La joven sonrió de extraña manera.

—Nada temas, no se me casará en contra de mi voluntad. Te juro que no seré esposa de Titolof.

—No jures—exclamó *Niania*.—Nadie puede responder de sus actos.

—Yo juro—exclamó Antonia, arrodillándose ante la imagen que había en un rincón.—Juro por segunda vez no ser de nadie más que Dournof.

—Y yo—repuso el joven estrechándole una mano—juro ser de Antonia hasta la muerte.

—¡Esto no está bien, no está bien—repitió *Niania*.—¡No hay que hacer juramentos! Ven, paloma mía, ven á la iglesia á pedirle á Dios perdón de este pecado. Y tú, Feodor, no hables tan pronto bien como mal, tu alma aun no está libre de las asechanzas del demonio. Nosotras rogaremos á Dios para que te ilumine.

—Adiós—dijo Antonia con amor.—Adiós hasta que la voluntad de Dios nos reuna.

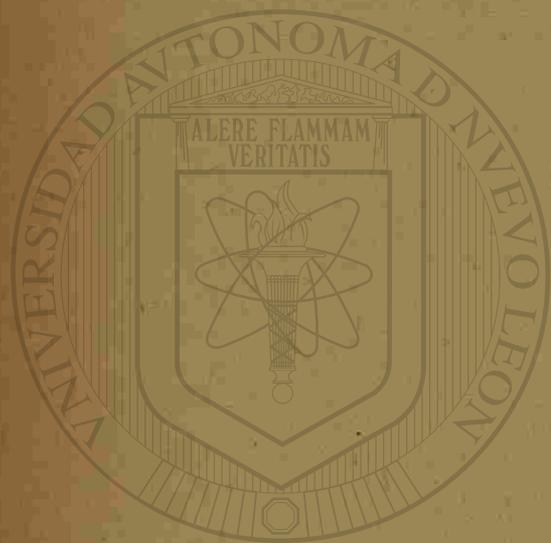
—No tardará mucho—replicó Dournof—de una manera ú otra...

—Nunca—replicó Antonia—sin el permiso de mi madre; ha dicho que maldeciría á mis hijos... jamás...

Se abrazaron estrechamente; pero sin besarse. Aquellos seres puros y orgullosos, temían enternecerse. Se separaron, Antonia pasó por delante de *Niania* y ésta la siguió, después de haber hecho el signo de la cruz como si saliese de un lugar sagrado.

Dournof se quedó solo, miró un instante á la puerta que no pensaba cerrar. Le pareció que toda su felicidad, toda la sangre de sus venas se habían ido con ella. Un estremecimiento agitó su ser y cerró la puerta.

Después se sintió más solo que nunca, poniéndose á llorar con amargura.



## VIII

Pasaron los días; la señora Frakine fué á ver á Antonia, se asombró de hallarla delgada y á la vez fresca, sus ojos tenían un nuevo brillo, sus mejillas tomaron tintes sonrosados, que hasta entonces nadie había contemplado en aquel pálido semblante.

—¿No tiene fiebre?—preguntó á la señora Karzof al irse Antonia.

—No, ¿por qué quiere usted que tenga fiebre?

—Esas jóvenes suelen á veces estar enfermas cuando se cree gozan de buena salud—dijo la anciana no sin titubear.

—¿Qué le puede suceder á mi Antonia?

—¿No me ha dicho usted que amaba á Dournof?

—¡Eso es una niñería! ¡Hace tiempo que ya no piensa en él!

La señora Karzof mentía á sabiendas, pues todos los días al darla las buenas noches Antonia reiteraba sus súplicas. La señora Frakine también sabía que aquella contestación era una mentira, pues Dournof le había revelado el secreto suplicándole diese á la joven noticias suyas, con tanta frecuencia como le fuese posible, ¿pero para qué refutar las mentiras de los que no quieren comprender la verdad?

—Entonces—dijo la señora Frakine—la casaréis con Titolof.

—Antes de cinco semanas, en seguida que termi-

nen las Pascuas se hará la boda. Mi yerno sabré hacer estas cosas muy bien.

—¿Y Antonia qué dice?

—¿Qué quiere usted que diga? Las jóvenes nunca dicen nada.

—Yo me acuerdo que en mi juventud en estos asuntos solía tomar alguna parte el corazón—dijo la señora Frakine.

—Eso era antes, ahora se procede con más decencia.

—Vamos, ¿así usted no se ve obligada á llamar á su futuro yerno cuando Antonia se aleja de usted?

—No sé cómo puede usted tener ideas semejantes, querida mía; mi yerno es un hombre correcto que no permite libertades.

—¡Tanto peor!... perdón, quise decir tanto mejor. ¡Ah! ¿no se permite libertades? está muy bien. ¿Y Antonia qué dice?

—Ya le he dicho á usted que nada.

—¡Ah! comprendo, entonces es él ¿y qué dice?

La señora Karzof movió los hombros, pero su amiga no tenía intención de dejarla tranquila hasta arrancarle todas las noticias que deseaba de Antonia.

—¿Pero á su futuro yerno no le gustaría conversar un poco con ella?

—Ya le he dicho que Titolof es un hombre muy correcto; por consecuencia no puede por menos que aprobar esta reserva, que el buen tono recomienda siempre, hoy, lo mismo que antes.

Después de vengarse con esta puya, que creyó muy acerada, la señora Karzof se dispuso á hablar de otra cosa; pero su amiga se lo impidió.

—Sí—dijo con fingida candidez—usted quiere decir que mi pobre esposo difunto y yo, no éramos personas de alta categoría... mi padre era el conde Dézérof, sin embargo, entre nosotros, siempre hubo

franqueza, y de padre á hijo, como de madre á hija, hubo la mala costumbre de casarse por amor... esto es de muy mal tono. Entre las personas elevadas son preferibles los matrimonios por contrata, siempre es mucho mejor y no me canso de decirlo. A propósito, ¿de esa boda conservará usted dulces hasta la primavera? ¡Figúrese usted que yo ya he acabado los míos! Es verdad que hay muchos jóvenes que ayudan á comérselos.

La señora Karzof comprendió la intención de estas palabras, buscó en su mente algo que responder y su amiga se fué antes que lo encontrase.

En efecto, Antonia seguía sin cambiar una palabra con Titolof. Otro hombre se hubiese hallado cohibido; pero el general no era de los que se emocionan por tan poca cosa. Sabía que estaba vacante una buena plaza; le era necesario hacer una buena boda para ocuparla; un hombre casado inspira más confianza á todo el mundo y sobre todo á sus superiores, sin que se sepa por qué; pero en ciertos casos es preciso ser casado. Titolof se puso en campaña; es decir, rogó á la mujer de un amigo suyo que le buscara una esposa bonita, con regular dote, y sobre todo muy bien educada, con todos los conocimientos necesarios á la esposa de un dignatario.

Titolof no era malo, pero sí bestia, y esta desgracia no se le puede imputar como un crimen, es sólo una falta, y á pesar de los esfuerzos que hizo no pudo corregirse. La benigna Providencia en vez de talento le dió un inalterable dominio sobre sí mismo. Era optimista, sobre todo en lo referente á hallar á Antonia perfecta. Hasta entonces no había hecho la corte más que á mujeres completamente indignas; no sabía cómo portarse con una joven decente, y prefería por esta razón conversar con sus suegros.

Tal era el esposo que los Karzof eligieron para su hija.

Antonia había pensado suplicar á Titolof retirase su petición, pero la brutalidad y necedad de éste le demostraron de antemano que era inútil su tentativa. ¿Qué le quedaba que hacer?

Esto era lo que se preguntaba todas las noches, durante los únicos instantes que podía estar sola. *Niania* iba entonces á sentarse junto á su lecho llorando silenciosamente al ver los amargos pensamientos reflejados en el semblante de su querida joven. La anciana no tenía necesidad de conversar con ella para saber la causa de su dolor. Adivinaba las emociones de su alma, sólo con el fruncido de las cejas, la agitación de sus manos febriles ó la completa inercia.

¡Morir! ¡A los diez y nueve años! La primera vez que Antonia analizó este pensamiento, hasta entonces no tomado en serio, tembló de espanto sin atreverse á abordarle. Pero poco á poco, la muerte sangrienta ú odiosa desapareció de su imaginación, para dar paso á la muerte poética, lenta, rodeada de cuidados; es la muerte que pone una aureola en la frente de las jóvenes, que parece un paso insensible de la tierra al cielo, en la que no se ven los sufrimientos y que permite que el alma se separe con dulzura del cuerpo.

Durante aquel año la cuaresma fué extraordinariamente fría; Antonia, devorada por la fiebre, adquirió la costumbre de tener abierta su ventana todas las tardes para refrescar el aire templado de las viviendas rusas. *Niania* tenía cuidado de cerrarla, pero mientras estaba cenando en la cocina, Antonia la abría poniéndose á contemplar las estrellas, recibiendo con delicia el aire frío que refrescaba el ardor de su sangre. Al menor ruido cerraba la ventana como si cometiese un crimen.

Al cabo de algunos días se declaró en ella un poco de tos y la fiebre aumentó; su madre la obligó á guardar cama.

Antonia obedeció sin resistirse, pues Titolof no iría á verla á su habitación; vino el médico, hallándole en el pecho una ligera irritación, prescribiendo una pócima que la señora Karzof le daba con su propia mano. Al día siguiente Antonia se encontró mejor; pudo levantarse y lograr permiso para salir los días siguientes á condición de que tomase unos polvos que le había recetado.

Titolof mostró vivo placer viendo restablecida á su futura, le llevó un magnífico ramo de flores y un palco para el circo, única diversión permitida en cuaresma, pues hasta hace poco, durante esta época, los teatros estaban cerrados.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS  
PALACIO DE LA CULTURA  
1966 1625 MONTEREAL, MEXICO



## IX

Llegó el día señalado; Antonia recibió orden de vestirse antes de la comida, y la cocinera, avisada de antemano, tuvo que espavilarse para prepararlo todo para las cuatro; así es que apenas eran las tres cuando la señora Karzof entró en la habitación de su hija.

—Niania, quiero cintas color de rosa—dijo á la sirvienta.

Ella refunfuñando, fué á buscarlas á la caja de cartón en donde se guardaban todos los cintajos, y Antonia se quedó sola con su madre.

Con gran sorpresa de ésta se quitó el peinador que tenía sobre los hombros y se levantó.

—Madre mía—le dijo,—yo la conjuro á que no cause usted mi desgracia. No le pido que me case con Dournof, pero por favor no me haga usted esposa de Titolof.

La señora Karzof movió los hombros. Esta frase, con distintas variantes, la oía todos los días.

—¡Madre mía—repitió Antonia,—hoy se lo pido á usted por última vez!

—Me alegraré que así sea, pues me molesta oírlo.

—No sea usted inflexible, mi querida mamá—replicó Antonia haciendo un esfuerzo sobrehumano para aparecer respetuosa.—No quiero casarme con Titolof, puesto que me es insoportable.

—Un muchacho tan encantador.

—¡Es horriblemente fátuo y bestial!

—Yo le encuentro espiritual ¡pero parece que los hijos han de tener más talento que sus padres!—dijo la señora Karzof con cierta ironía y porque en efecto hallaba encantador á su futuro yerno.

—Pues bien, mamá, seré yo quien esté equivocada; soy una joven fantástica, caprichosa, injusta; pero tal como soy, soy su hija, usted me ama, yo la amo á usted... y detesto á Titolof.

La señora Karzof, que se había mostrado indiferente cuando su hija le hablaba con calma, esta vez se emocionó y la hizo sentar á su lado, acarició sus largos cabellos diciéndole con dulzura:

—Mira, hija mía, serás muy feliz, os iréis á N...

—¿Marcharme?—exclamó Antonia con terror. Hasta entonces creyó que Titolof debía quedarse en San Petersburgo.

—¡Y bien! ¿En qué piensas, no lo sabías? ¡Hace quince días que hablamos de esto!

¡Ay! era verdad; pero Antonia nunca oía lo que hablaban sus padres y su futuro; sus palabras eran para ella un murmullo monótono, que servía de acompañamiento á sus ideas. Aquella noticia fué el último golpe.

—¡Querida mamá, yo no quiero separarme de su lado! Mi padre es viejo, me ama, ¿quiere usted causarle el dolor de que no vea á su hija?

Hizo lo que nunca había hecho, besar la mano de su madre, lloró, suplicó...

—Mira, Antonia,—dijo la señora Karzof emocionada—si ya no fuese cosa resuelta de antemano retiraría mi palabra; pero ahora es imposible, todo el mundo se sorprendería, tu ajuar está hecho, las invitaciones preparadas, ya no tienes más que probarte el traje de boda... ¡Es imposible, querida, reflexional Antonia abandonó su posición suplicante.

—¿Usted lo quiere?—dijo con voz temblorosa—sea, pero ha de arrepentirse amargamente.

—¿Me amenazas?—exclamó la señora Karzof—¡Y yo que me apesadumbraba de este matrimonio en este instante! ¡Qué necia es una creyendo lo que dicen las muchachas. Niania—dijo al ver entrar á la criada,—ponle las cintas color de rosa y quiera ó no, trata de que esté bonita.

Después salió con majestad de la habitación, no sin censurarse aquel momento de debilidad.

—Niania—dijo Antonia con tristeza,—ponme tan bonita como puedas, para que los demás guarden un buen recuerdo de mí, cuando yo ya no exista.

—¿Qué dices, paloma mía?—exclamó la anciana con terror.—No hables de morir á tu edad... ¿Es que á los veinte años se puede pensar en la muerte? ¡Contempla los míos que me cuestan trabajo soportar y que Dios no quiere que descanses! ¡Morir! ya nos queda tiempo, á Dios gracias.

Una extraña sonrisa iluminó el semblante de Antonia y se sentó ante el espejo de su tocador; examinó su semblante, del que por regla general se ocupaba poco. ¡Cuánta juventud y vida había en su ser á pesar de la reciente indisposición, cuánto fuego circulaba por sus azuladas venas! Sus pesadas trenzas, sus bien perfiladas cejas acusaban la abundancia de savia de aquel cuerpo encantador. Mientras hacía su tocado, Antonia miraba con atención sus brazos redondos y frescos, sus hombros rellenos coloreados por la fuerza de la juventud; miró la sangre correr y al pensar que pronto yacería en la sepultura, que de nada había de servirle ser bella, las lágrimas acudieron á sus ojos, y las contuvo secándolas con el revés de la mano.

—Llora, hija mía, eso hace bien, pues hace algunos días que sufres—urmuró Niania, acabando de peinarla.

—Va no tengo tiempo—exclamó Antonia con brusquedad.—Dame el traje gris de lanilla.

—¡El de lanilla! ¡Pero, querida mía, hace mucho frío en el circo! No es lo mismo que un teatro que está bien cerrado y caliente, allí entra el viento por todas partes y hace mucho frío.

—Haz lo que te digo—repuso la joven con imperio.—Mi madre quiere que esté bonita y hay que obedecer.

*Niania* fué en busca del traje cuyo escotado cuerpo apenas podía cubrir el de la joven. Antonia se vistió con cierto placer y se miró al espejo. Nunca había estado tan hermosa, sus ojos brillaron con una especie de rabia, colocóse una cinta en el talle y al inclinarse ante el espejo murmuró:

—¡Los que quieren morir te saludan!

—Después pasó al salón, en el que Titólof, invitado á comer, aguardaba con bastante paciencia.

—¡Qué hermosa es usted!—dijo Titólof después de saludarla.

—¿No es verdad, general?—replicó Antonia con burlona sonrisa.—Hay que ir bien vestida para presentarse en público.

—¿No tendrás frío con ese traje?—le preguntó su madre con cariñosa solicitud.

—¿Es que se tiene frío cuando uno se va á divertirse? Esta noche pienso hacerlo, desde que empezó la cuaresma he gozado muy poco. ¡En fin, nunca es tarde para empezar!

Nunca había hablado tanto. Titólof la miró con asombro sin atreverse á hablarla. Le parecía que le habían cambiado á su Antonia. Aquella no podía ser la que nunca decía nada. Se pusieron á la mesa. Antonia, que no bebía más que agua, pidió vino á su padre. Su madre se asombró; temía que su hija hubiese madurado un plan maquiavélico, para hacerse odiosa al general, presentándole defectos que no te-

nía. Pero ese plan muy sencillo y de buena ley, no entraba en la mente de Antonia; su astucia no iba tan lejos. Terminó la comida y se dispusieron á marchar. Antonia, pasando á su gabinete, llamó á *Niania*.

—Vete á casa Dournof—le dijo.

La anciana la miró con atención, pero no leyó nada en sus ojos.

—Vete en seguida y dile que nos veremos muy pronto.

—¿Querida mía, pierdes el seso?—murmuró *Niania* con inquietud.

—Nada de eso, ya sabes que no bromeo nunca. Dile que le amo y que nos veremos muy pronto.

—Obedeceré, obedeceré—repitió *Niania* con tristeza.

Antonia pasó su fresca mano por el arrugado rostro de la sirvienta, después cogió un chal ligero que se puso sobre la cabeza y salió; la esperaban para subir al carruaje y su madre ya la había llamado dos veces.

El palco elegido por Titólof era el mejor de todos, estaba junto á la salida de las caballerizas, y desde allí podía verse, antes que nadie, las maravillas coleccionadas por Bouthers, incluso los monos y los perros. Es verdad que circulaba un viento espantoso cada vez que se abrían las puertas interiores, pero no hay rosa sin espinas; otrá de las molestias, era el sufrir la mucha arena que hacían saltar los caballos; pero cuando se va al circo ya se sabe que hay que tragar polvo.

En aquella época, bastante lejana, las señoras y los caballeros se abrían paso á fuerza de puños para ganar las puertas del circo; pues era aún una maravilla ver bailar sobre el alambre á cuarenta pies de altura, no saltaba ningún gimnasta de un trapecio á otro, sin que las señoras lanzasen gritos de espanto,

temerosas de que se les cayese encima. Los circos, en aquella época, presentaban bastantes caballos, perros, monos y hasta un elefante que era del tamaño de un buey, llamando mucho la atención por su pequeñez, al que llamaban el gigante más pequeño. No había mucha luz y lo que el público perdía lo ganaba la decencia, aunque en otra parte lo perdiese, pues el circo le consideraban como á un lugar peligroso, casi inmoral, al que apenas iban mujeres que pasasen de diez ú once años y para éstas se daban funciones ex profeso.

La llegada de una familia decente y que no frecuentase aquel sitio, hacía que las miradas se fijasen en ella; todos los gemelos se dirigieron hacia Antonia, la cual enrojeció como si sufriese una afrenta; pero pronto se repuso entregándose con indiferencia á la admiración general. El viento colado soplabá sobre sus espaldas casi desnudas. Como es natural, ocupaba el mejor sitio, el más próximo á la puerta. Daba la espalda á las cuádras, y de vez en cuando un estremecimiento agitaba su ser.

—¿Tienes frío?—le preguntó su madre viendo que su semblante palidecía y enrojecía de continuo.

—No, mamá, estoy muy bien.

—Señor Titolof, póngale usted esto sobre los hombros, pues no hay que olvidar que ha estado enferma—le dijo presentándole una manteleta.

Titolof se la puso lo mejor que le fué posible, la joven le dió las gracias, y siguió contemplando la pista. A los tres minutos la manteleta había caído sobre el respaldo de la silla. En el entreacto Titolof les ofreció helados, pues exceptuando cuando penetraba la corriente de aire, en aquel local hacía mucho calor. Le aceptaron; Antonia repitió.—¡Quiere hacerse pasar por golosal—pensó su madre mirándola con reproche, pero la joven no quiso comprender el lenguaje de aquellos temibles ojos y se hizo traer otro helado.

—¿No es eso una imprudencia?—le preguntó la señora Karzof.

—No, mamá—repuso la joven con impaciencia presentando á Titolof su vaso vacío.

La salida del circo es siempre muy lenta. En el estrecho pasadizo de madera se apretaba la multitud; cada vez que abrían la puerta, un aire frío penetraba de la calle. Los caballeros se apresuraban á ir en busca de sus coches que no siempre podían encontrar con rapidez en medio de aquel bullicio.

—El cielo me favorece—pensaba Antonia, y dejó caer de sus hombros la forrada pelliza que los cubría, y con la que ya había tenido tiempo de calentarse.

—¿Qué haces?—le dijo su madre volviéndole á poner el abrigo.—Vas á constiparte.

—Buena, mamá—replicó Antonia; un instante después volvía á caer la pelliza.

Una mano enérgica colocó el abrigo sobre los hombros de la joven. Antonia se volvió encontrándose con los ojos de Dournof que hacía una hora no la dejaban de mirar.

—Cállate,—le dijo en voz baja,—gracias por tu aviso.

—Vete, vete—murmuró Antonia mientras que su madre, puesta de puntillas, buscaba con los ojos á su esposo ó á su futuro yerno, entre los que continuamente salían del circo.

—¿No puedo quedarme un poco?

—No, no; vete—repuso Antonia angustiada.—¡Aquí no, y ahora menos! .. ¡vete!

El joven le estrechó la mano y fué á perderse entre la multitud. En seguida la pelliza volvió á caer de los hombros de la joven. Por instantes sentía un estremecimiento mortal de pies á cabeza, una especie de opresión extraña se iba apoderando de su pecho; abría la boca para respirar y el aire helado penetraba en sus pulmones.

—¡Ya lo he conseguido!—exclamó la joven con fúnebre alegría, notando que la fiebre se apoderaba de ella.—La muerte compadecida de mí, me libra de mis dolores.

—¡Mírales!—exclamó la señora Karzof precipitándose hacia la puerta—¡Sígueme, Antonia!

Aun pasaron algunos minutos antes de que pudieran acomodarse en el coche. Al llegar á casa, Antonia se retiró en seguida á su habitación pretextando estar cansada y allí halló á *Niania* que la estaba aguardando.

—¿Has visto á tu amigo? Que contento se puso, en seguida se fué al circo.

—Le he visto—repuso Antonia.

—¡Qué vez tan extraña! ¿qué te pasa—exclamó *Niania* con espanto.—¡Estás muy colorada! ¿No has cogido un enfriamiento?

—¡Yo! no. Traeme el te.

*Niania* volvió en seguida con una taza de te caliente que la joven bebió de una vez.

—Que te vas á abrasar—le dijo la vieja.

—¡Ah!—exclamó Antonia riéndose—qué miedo-sa eres! ¡Te vas á quemar, te vas á constipar! ¿Entre el fuego y el calor no hay término medio?

*Niania* la miró con fijeza y repuso con lentitud:

—No sé lo que meditas, hija mía, pero no es hoy tu ángel guardián quien te inspira.

Antonia rodeó con sus brazos el cuello de la anciana.

—Ya sabes que no amo más que á dos personas, á Dournof y á ti. Acuérdate de estas palabras.

—¡Ay, querida mía—repuso *Niania* mirándola á la vez con amor y reproche—¡añades un pecado á otro! Dios nos dice ¿honrarás á tu padre y á tu madre y tendrás una vida feliz?

Antonia sonrió, su sonrisa enigmática brilló un instante en sus labios.

—Vete á cenar, me acostaré sola; cuando concluyas vuelve.

*Niania* obedeció; apenas hubo salido la joven cerró la puerta con llave y corrió la ventana. La reacción producida por el te caliente hizo aparecer en su rostro finas gotas de sudor; se quitó la ropa arrojándola sobre el lecho, y con los hombros y brazos desnudos permaneció de pie ante la ventana resistiendo el frío glacial. De vez en cuando, su cuerpo se estremecía, una palidez mortal se reflejaba en su semblante; pero Antonia, con la firmeza de una mártir, resistía aquel aire mortífero.

Quien se hubiese atrevido á decir á la joven que el suicidio era un crimen, la hubiese hallado sorda; no quería vivir, y no pensaba más que en el *más allá*; además, la muerte que había elegido vendría con lentitud, tendría tiempo de arrepentirse y pedirle perdón á Dios por sus culpas.

En la inmediata habitación, un reloj dió las doce. Antonia cerró la ventana y volviendo á abrir la puerta se acostó con tranquilidad. Apenas estuvo en el lecho se presentó su madre.

—¡Cuánto frío hace aquí!—dijo abrigándose mejor el cuello con su chal.—Esta habitación es una verdadera nevera ¿por qué no haces que te la calienten?

—Bueno, mamá, ya lo haré.

—Hoy estabas muy hermosa, ya ves como debes vestirte, y no como una monja. Titolof se quedó encantado de tu hermosura y amabilidad; veo que á pesar de tus caprichos eres una buena muchacha. Buenas noches.

Se inclinó sobre su hija para abrazarla. De repente los brazos de Antonia se enlazaron alrededor del cuello.

—¿Es que me quieres, mamá?—le dijo con emoción.

—¡Es natural que te quiero! ¿Necesitabas preguntarme?

Antonia no respondió. sus brazos se apretaron más, y después de un instante dijo en voz baja:

—Bendíceme.

Su madre la bendijo; le hizo algunas caricias y se fué. *Niania* entró en seguida caminando de puntillas.

—Y bien, palomita mía, ¿has hecho las paces con tu madre?

—Sí... la paz eterna—repuso Antonia.

—¡Qué palabras tan extrañas; sólo Dios puede comprenderte!

—Dios solamente!—repitió Antonia.

Un fugitivo enrojecimiento acudía por instantes á sus mejillas; involuntarios estremecimientos sacudían su cuerpo. *Niania* la miró con mucha firmeza.

—¿Tienes sueño?—le preguntó la joven para distraer su atención.

—No—repuso la anciana.

—Yo tampoco. Siéntate aquí y cuéntame algo—le dijo señalándole los pies del lecho.

—¿Y qué quieres que te cuente? ¡Una vieja como yo nada tiene que decir!

—¿Es que nunca te ha sucedido nada?

—Nada que valga la pena de contarse.

—Esto no es posible. Aun no sé si eres soltera, casada ó viuda.

*Niania* movió la cabeza tristemente.

—He sido casada, pero eso no puede interesarte.

—Cuenta, cuenta. Te lo suplico.

No sin vacilar *Niania* comenzó á referir su historia en voz baja.

## XI

—Mi padre, á quien Dios tenga en la gloria, era un hombre alegre y bullicioso, le gustaba trabajar lo mismo que reír y divertirse; me acuerdo que los días festivos volvía á casa cantando y gritando, más borracho de canciones y alegría que de vino. No le gustaba el aguardiente, diciendo que le ponía triste, y cuando bebía algo fuerte era hidromiel y cerveza dulce, pero esto lo hacía pocas veces.

En la casa paterna había una verdadera caterva de hijos. Desde mi más tierna juventud no he hecho otra cosa que llevar un niño en brazos; uno sustitufá á otro. Así llegué á la edad en que las jóvenes empiezan á ponerse serias y á mirar si sus cabellos están bien peinados.

Era hija de un campesino y no de un criado, jamás entré en los gabinetes de los señores y ya verás, paloma mía, cómo vine á servir á tu casa. Ya era grandullona cuando se murió mi pobre madre. Era una mujer seria, tanto como alegre era mi padre; me quería tanto que cuando la ví en el ataúd pensé que ya para mí no podía haber ninguna hora buena. Desde aquel momento, á excepción de mi último hermano que tenía doce días, dejé de tener niños en brazos y aun éste creció solo porque yo no tenía tiempo para ocuparme de él y por lo mismo yo lo quise más que á los otros.

Mi padre estuvo triste algunos días, pero su ca-

Antonia no respondió. sus brazos se apretaron más, y después de un instante dijo en voz baja:

—Bendíceme.

Su madre la bendijo; le hizo algunas caricias y se fué. *Niania* entró en seguida caminando de puntillas.

—Y bien, palomita mía, ¿has hecho las paces con tu madre?

—Sí... la paz eterna—repuso Antonia.

—¡Qué palabras tan extrañas; sólo Dios puede comprenderte!

—Dios solamente!—repitió Antonia.

Un fugitivo enrojecimiento acudía por instantes á sus mejillas; involuntarios estremecimientos sacudían su cuerpo. *Niania* la miró con mucha firmeza.

—¿Tienes sueño?—le preguntó la joven para distraer su atención.

—No—repuso la anciana.

—Yo tampoco. Siéntate aquí y cuéntame algo—le dijo señalándole los pies del lecho.

—¿Y qué quieres que te cuente? ¡Una vieja como yo nada tiene que decir!

—¿Es que nunca te ha sucedido nada?

—Nada que valga la pena de contarse.

—Esto no es posible. Aun no sé si eres soltera, casada ó viuda.

*Niania* movió la cabeza tristemente.

—He sido casada, pero eso no puede interesarte.

—Cuenta, cuenta. Te lo suplico.

No sin vacilar *Niania* comenzó á referir su historia en voz baja.

## XI

—Mi padre, á quien Dios tenga en la gloria, era un hombre alegre y bullicioso, le gustaba trabajar lo mismo que reír y divertirse; me acuerdo que los días festivos volvía á casa cantando y gritando, más borracho de canciones y alegría que de vino. No le gustaba el aguardiente, diciendo que le ponía triste, y cuando bebía algo fuerte era hidromiel y cerveza dulce, pero esto lo hacía pocas veces.

En la casa paterna había una verdadera caterva de hijos. Desde mi más tierna juventud no he hecho otra cosa que llevar un niño en brazos; uno sustitufá á otro. Así llegué á la edad en que las jóvenes empiezan á ponerse serias y á mirar si sus cabellos están bien peinados.

Era hija de un campesino y no de un criado, jamás entré en los gabinetes de los señores y ya verás, paloma mía, cómo vine á servir á tu casa. Ya era grandullona cuando se murió mi pobre madre. Era una mujer seria, tanto como alegre era mi padre; me quería tanto que cuando la ví en el ataúd pensé que ya para mí no podía haber ninguna hora buena. Desde aquel momento, á excepción de mi último hermano que tenía doce días, dejé de tener niños en brazos y aun éste creció solo porque yo no tenía tiempo para ocuparme de él y por lo mismo yo lo quise más que á los otros.

Mi padre estuvo triste algunos días, pero su ca-

rácter era tan alegre, que no pudo llorar mucho tiempo; se puso á reír con los compañeros, mientras yo permanecía en casa para hacerlo todo.

—¿Tan joven?—dijo Antonia.

—¿Qué remedio me quedaba? Hay que someterse á la suerte. ¿Qué podía yo hacer contra la voluntad de Dios? Era El quien nos había quitado á la madre, y su voluntad era que yo criase á mis hermanos; de no ser así no me hubiese hecho nacer la primera.

De este modo pasé algunos años, los pequeños eran ya grandecitos, el último hacía tiempo que corría solo, ya me quedaba algún tiempo libre. Llegó la primavera y yo la aproveché para coger setas y frutos silvestres, á fin de conservarlos para el invierno. Disponíamos de pocas golosinas y las tomábamos donde Dios nos las daba.

Un día fui á un bosque con mi cesto para recoger fresas, ya lo tenía casi lleno, y como hacía mucho calor, me senté sobre el césped. He aquí que la madre de tu madre, tu difunta abuela, á la que no has conocido, vino al bosque á pasearse y tomar te en unión de otras personas. Llegaron en un coche tirado por cuatro caballos. Tu abuela era muy buena, y algunas veces, al pasar por la aldea me hablaba, pero á mí me faltaba valor para responderle. De vez en cuando, al oír sonar las campanillas de los caballos sentía cierto placer, era para mí una distracción, la única, y jamás pensé que los señores se divirtiesen juntos.

Aquel día estando en el bosque, oía caminar muy cerca de mí, me puse de pie para huir, pero la curiosidad me retuvo. A pesar de no haberlo visto más que dos veces lo reconocí en seguida á Afanasi, el cochero de tu abuela, no tendría más que unos diez y ocho años y ya sabía guiar un coche de cuatro caballos. ¡Ah! si le hubieses visto cuando iba á misa los domingos...

Niania se calló para lanzar un suspiro y hacer la señal de la cruz.

—Afanasi me pareció más hermoso que el sol; tenía una barbita rubia que empezaba á crecer y al sonreírse me parecía contemplar á los ángeles del cielo en torno del Padre eterno; me habló, preguntándome cómo me llamaba y me dijo que era bonita.

Niania se interrumpió otra vez.

—Vuelvo á caer otra vez en el pecado, es el demonio que me tienta...

—Sigue, cuéntamelo todo. ¿Le amaste?—preguntó Antonia con los ojos brillantes.

—¡Le amé más que á mi alma! Nadie, excepto mi padre y mis hermanitos, me dijo una palabra de ternura. Crecían en la aldea que era orgullosa porque no hablaba con nadie; más que orgullosa era tímida.

También lo era con Afanasi, pero él sabía tranquilizarme. Yo empecé por mirarle á hurtadillas, casi tapándome el rostro, como hacen en las aldeas las jóvenes vergonzosas, y después acabé por extasiarme contemplándome en sus ojos. Le amaba tanto que cuando no podía verle, aunque sólo fuese de lejos, en el patio de los señores, lavando el coche, ó cuando llevaba los caballos á beber, me ponía triste y lloraba por la noche sin poder dormir.

Hacía seis semanas que por primera vez encontré á Afanasi en el bosque; en la granja y en otros sitios volví á verle, pero yo era tan tímida que no me atrevía á permanecer un minuto delante de él. ¡Era muy extraño! Antes de verle, sentía impaciencia, las horas me parecían tan largas como los años, y luego, cuando iba en su busca, marchaba con lentitud como si me diese pena estar á su lado; en seguida que me tenía cerca trataba de cogermé por el talle, de abrazarme, pero yo le rechazaba y huía. al estar un poco lejos, me detenía para verle volver á la casa-palacio,

ocultándome detrás de un árbol, y cuando podía verle sin que él lo notase, me sentía feliz y me tranquilizaba hasta el día siguiente.

Una tarde, estaba yo de pie en un ángulo de la avenida que conducía á casa de los señores, mirando á Afanasi que iba hacia las cuerdas, me pareció tan hermoso que mi corazón se escapaba hacia él; no pensaba en nada más, que cuando él se ocultase detrás de la pared, me pondría muy triste; mi padre, que regresaba del trabajo al verme, se acercó á mí. No lo vi llegar, y cuando me tocó en la espalda di un salto de terror.

—¿Qué miras?— me dijo burlescamente—¿Las largas zancas del hermoso Afanasi?

Como no tenía costumbre de mentir, me quedé confusa sin saber qué contestar.

—¿Me han dicho que te hace el amor? Desconfía de sus palabras, es un embustero—añadió mi padre.

—Pero, padre, si no me ha dicho nada malo—repose ofendida por el concepto que tenía de él.

—¡Creo que ese embaucador no te haya dicho nada malo! pero también galantea á la vez á la hija del molinero y á la camarera de la señora. Así, si no consigue á una conseguirá á otra. Esas dos tienen algún dinero y no creo quiera casarse con una joven pobre. No le gustan las que son calzadas con piel natural; prefiere á las que gastan botinas.

Yo contemplé mis pies descalzos. Mi padre no dijo nada más. ¿Podía dejar de creer á mi padre? ¿Y cómo sospechar que Afanasi me engañaba? Nunca me habló de casarnos y no era yo quien se atreviese á hacerlo, pero creía que me amaba bastante para pasar su vida conmigo. Volví á casa, di de comer á mis hermanos, y cuando en derredor de la estufa se quedaron dormidos, yo me acosté sobre el camastro y me puse á reflexionar.

No, no podía admitir que mi padre se burlase de

mí. Era burlón, pero no se mofaba de las cosas serias y amaba mucho á sus hijos. Pensé en preguntar á Afanasi si era verdad que cortejaba á otras; pero sin saber por qué, me pareció que se incomodaría conmigo y dejaría de amarme.

La camarera era hija de un criado de la casa señorial, allí se había educado, y nos miraba á las campesinas con desprecio, y sólo algún día de fiesta y casi por fuerza nos hablaba; esa orgullosa nada me diría; resolví ir en busca de la molinera; vivía á dos versts de nuestra casa, á la orilla del río, tenía casi mi misma edad, pero mientras yo estaba ocupada de continuo ella nada tenía que hacer.

Al día siguiente, después de arreglar toda la casa, dije á mi padre que iba á ver si había cangrejos cerca del molino, y me fui cargada con el cesto. Cuando pasé por detrás de la corralera de la casa señorial, oí á Afanasi que se reía á carcajadas, su voz me era muy conocida y siempre me llegaba al corazón; á su lado reía también una voz de mujer, no pude adivinar si era la camarera ú otra; pero pasé muy de prisa, casi corriendo. Desde aquel momento me puse muy triste; adivinaba, sin saber por qué, que mi viaje era inútil, y que ya sabía bastante para que mis ojos se abriesen; pero ya lo sabes, hija mía, cuando se sufre no queremos creer en las cosas que nos hacen llorar; se cierran los ojos y los oídos, hasta que la desgracia nos obliga á abrirlos gritando:—¡Mírame de frente!— y cuando se la mira se ve que su semblante no es nuevo, que hacía tiempo lo conocíamos.

Fuí al molino, Paracha, la hija del molinero, estaba sentada á la puerta, ocupándose en dar de comer á los polluelos con el grano pisado que caía á tierra cuando se descargaban los caballos y no era bueno para la molienda.

—Buenos días—me dijo.—No se te ve con frecuencia.

—No tengo tiempo, hay muchos niños en mi casa —repuse.

Me hizo entrar obsequiándome con *Koass*, leche cuajada y macarrones y cosas muy buenas, y puso sobre la mesa un bizcocho grande, en el que estaba escrito su nombre con azúcar.

—¿Quién te ha regalado eso?—le pregunté temblando, pues adivinaba la contestación.

—Mi prometido, el cochero Afanasi—repuso enrojeciéndose de placer y de orgullo. Mis padres le han dado permiso para venir á casa y hacerme regalos, soy su prometida y si sus amos no están este invierno en la ciudad nos casaremos por la fiesta de la Epifanía, y así se van será por Pascuas.

—¡He aquí cómo una sabe su desgracia!—pensé.

—Y qué, ¿no me felicitas?—me dijo Paracha mirándome con asombro.

No supe cómo arreglármelas para levantarme y abrazarla tres veces después de haberme inclinado hasta doblar la cintura. Sin embargo, la felicité y entonces me hizo subir al piso alto para enseñarme su ajuar. Era magnífico, pues hacía doce años que su madre se ocupaba de él. Allí había de todo; hasta toallas bordadas para regalárselas como recuerdo á las jóvenes que asistiesen á la boda. Su número pasaba de cuarenta.

Había vestidos como los llevaban las camareras de la señora, pañuelos de seda, ropa blanca con encajes y dibujos encarnados y blancos, pues sus padres nada le escatimaban.

—Mis padres—me dijo—no me permiten ponerme nada de esto hasta que me case, pues no soy más que una campesina, pero cuando me case con Afanasi, me vestiré lo mismo que una señora.

Mientras me enseñaba todo esto, pensé que era, en verdad, una novia rica y también más hermosa que yo; tenía unas trenzas que eran casi tan largas

como las tuyas, querida mía, ya sabes que las campesinas peinan su cabellera en una sola trenza. Me dije que yo era una loca al pretender el amor de Afanasi, cuando una joven tan bella y tan rica como Paracha no se creía demasiado buena para él.

—¿Hace tiempo que es tu novio?—le pregunté con alguna esperanza de que me dijese que no.

—Por la Ascensión hará un año—dijo con orgullo. —¡Todo el invierno y toda la primavera! Me cortejó lo mismo que se coge una flor que se encuentra en el camino y que después de tenerla un momento en la mano se tira; me había encontrado bastante hermosa para decírmelo, y si yo hubiese sido menos prudente se hubiera aprovechado de mi locura y de mi ceguedad. Felizmente, Dios y mi ángel guardián me protegieron, sin duda en pago de haber cuidado á mis hermanos.

—Bueno, me voy—dijo á Paracha levantándose.

—¡Yal! ¿A dónde vas?

—A buscar cangrejos.

—¿Y tú, es que no piensas casarte?—me preguntó. El orgullo se despertó en mí y repuse con altivez:

—Espero hacerlo pronto, y ya te invitaré á mi boda.

—Tú vendrás á la mía—dijo Paracha acompañándome hasta la puerta.

Me alejé con apariencia serena, fingiendo alegría, pero cuando estuve cerca del sitio donde podía pescar cangrejos, no tuve valor para hacerlo; me senté sobre la hierba, muy espesa á la orilla del río, donde no solía pasar nadie, y me puse á llorar hasta que agoté las lágrimas.

Cuando mis ojos estuvieron secos para borrar las huellas me lavé el semblante y volví á casa con el cesto vacío.

Tenía que volver á pasar delante del molino; andaba de prisa para que Paracha no me viese y le

diera la idea de preguntarme si la pesca había sido buena. Pasé sin hallarla, pero apenas había andado un centenar de pasos tropecé con Afanasi que á paso largo iba al molino, tan alegre como de costumbre. Al verme pareció asombrarse un poco; pero en seguida se puso á reír.

—¿De dónde vienes, hermosa mía?—me dijo cariñosamente.

—Del molino—le respondí.—Te felicito, puesto que tienes una novia muy hermosa y bastante rica para que puedas pavonearte por la ciudad. Tienes razón, pues te adora.

Di un paso para continuar la marcha, pero él me detuvo cogiéndome por una mano.

—La boda aun no está hecha—me dijo con una entonación que me hizo comprender que sus intenciones no eran buenas.

Sentí que toda la sangre me hervía en las venas.

—¡Vergüenza para tí!—exclamé—te burlas de las jóvenes, no eres más que un embustero y un hipócrita, y si algo me pesa es haberte mirado esa cara cobarde, y oído tus palabras de traidor. ¡Déjame!

Había arrancado mi mano de la suya y le miré con tanta indignación que retrocedió un paso.

—¡Querida .. no te incomodes—me dijo balbuceando.—He querido bromear... perdóname... ¿Y á Paracha, le has dicho..?

—¿Qué le he dicho?—respondí cruzándome de brazos y mirándole á la cara.

—¿Tú no le has dicho... que... que yo bromeaba contigo, eh?

Era tan temerosa su entonación y tan cobarde que mi enojo se disipó en el acto.

—No,—repuse recogiendo mi cesto que antes había dejado caer;—no le he dicho nada, y tal vez he hecho mal, pues ella cree casarse con un joven hon-

rado, y se casará con un miserable; pero he callado porque me dió vergüenza confesar mi debilidad.. ¡Ya puedes ir en busca de tu rica prometida!

Prorrumpí en una carcajada y me fuí á toda prisa.

Al llegar á casa mi padre me preguntó por qué estaba el cesto vacío. Como no me reñía con frecuencia, y menos aun por bagatelas, le dije que había estado con la molinera.

—Está bien, no es cosa mala que alguna vez te distraigas un poco; tu vida no es muy alegre. Sin tener marido, hace mucho tiempo que pesan sobre tí las obligaciones de una mujer casada.

No me dijo nada más. Me costó mucho tiempo y trabajo acostumbrarme á la idea de que Afanasi no era más que un imbécil sin corazón, cuando pensaba en él, me hacía daño como si rascasen mi cuerpo con un cuchillo. Ya no le amaba con pasión y hacía todo lo posible por olvidarle, pero cuando se ha bebido el veneno del amor tarda mucho tiempo en desaparecer el gusto.

*Niania*, que hasta entonces había hablado con la cabeza baja, fijó sus ojos llenos de compasión en Antonia.

—Hay venenos cuyo gusto nunca se pierde—respondió la joven.

—Lo he dicho por mí—añadió *Niania*.—Tenía tanto que hacer que sólo durante la noche me era posible pensar en el miserable; pero también estaba tan fatigada que solía dormirme en el acto, sin tener tiempo ni aun de decir ¡Dios me guarde..! Otro pesar tenía que sufrir por culpa de Afanasi; no sé qué calumnia me pudo levantar; pero ello es que se empeñó en no quererme ver, como si yo le hubiese hecho algún mal. Esto me hizo tanto daño que algún tiempo después un campesino me pidió á mi padre por esposa, y para casarnos en seguida, sin reflexionar dije que sí. Quería casarme antes que Paracha,

á fin de tener el derecho de ser saludada por ella antes de hacerlo yo, pues las solteras deben ceder en todo ante las casadas.

—¿Fuiste feliz con tu esposo?—preguntó Antonia.

*Niania* guardó silencio, después repuso:

—No; era un mal hombre, pero ya ha muerto.

¡Que Dios se apiade de su alma!

—¿Malo?—insistió la joven.

—Sí; me pegaba, me insultaba; no estaba acostumbrada á semejantes tratos y me parecían muy duros... pero una mujer casada ha de sufrirlo todo.

—¿Ha muerto?

—Algunos años después de la boda, dejándome dos hijos. Lloré porque hay que llorar al esposo que se pierde, pero su muerte para mí, más que un mal, fué un bien.

—¿Y tus hijos?

—Con ellos fué mayor mi pesar. Los perdí en pocos días; ambos murieron de una fiebre que infestaba la comarca. Entonces comprendí que los demás pesares eran muy poca cosa, ante el dolor de ver enterrar á los hijos.

Antonia volvió la cabeza quedando su semblante en la sombra.

—Sí—continuó *Niania* nerviosamente siguiendo el curso de sus ideas, los hijos que se han dado al mundo, que se han alimentado á nuestro pecho, llevado en brazos, interesan más al corazón que todo lo demás. Después de mi marido me quedaban mis hijos; después de ellos, nada. Yo me negué á comer; tu difunta abuela, compadeciéndose de mí, me tomó para el servicio de sus habitaciones. ¡Que Dios la tenga en la gloria! Puedo decir que me salvó la vida, pues mis hijos me llamaban al sepulcro.

Antonia puso su mano blanca y febril sobre la arrugada y fría de la anciana.

—Sí, ya sé que me quieres—añadió la pobre vieja

—por eso os quiero tanto á tu hermano y á ti; vosotros me recordáis á mis hijos... ¡Señor, aleja de ellos el mal!

*Niania*, secando sus ojos con el delantal, repuso en pie:

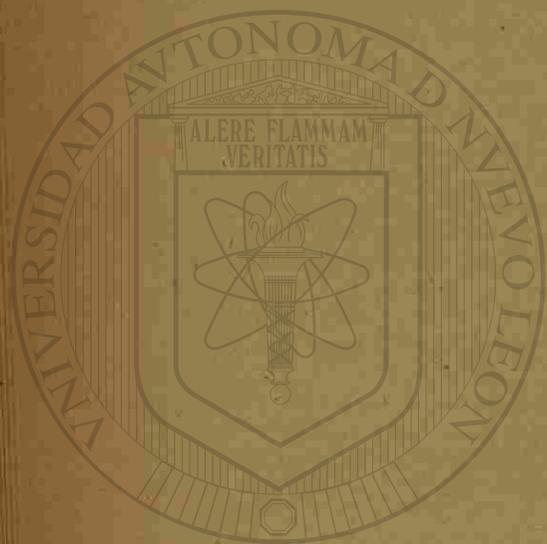
—Tu mamá nos reñiría si supiese que á estas horas hablábamos en vez de dormir... Vamos, toma la medicina para curarte la tos.

—Ponla sobre la mesilla, ya la tomaré después.

*Niania* obedeció saliendo después de bendecir á la joven. Al estar sola Antonia se levantó y abriendo la ventana lanzó á la calle la medicina, y otra vez se expuso á los efectos del aire frío de la noche, pero el valor la abandonaba.

—¡Basta, basta!—murmuró, —mis fuerzas se agotan!

Volvió á acostarse, pero el sueño fué febril y entrecortado por pesadillas. Hasta la mañana la historia de *Niania* y el semblante de Dournof no se apartaron de su cerebro fatigado.



## XII

Quince días después la señora Karzof decía á su paciente esposo estando solos en el comedor:

—No sé qué tiene Antonia; parece que está muy fatigada; tose un poco... temo que esté enferma.

—Habrá que llamar al médico —replicó aquel marido bonachón. —Nunca deben descuidarse los primeros síntomas de una enfermedad; con frecuencia una indisposición leve, degenera en grave, por culpa de...

—¡Dios mío; qué retahila de palabras estás soltando! —exclamó la señora Karzof con impaciencia.

—El médico vino ayer.

—¡Ah! Bueno ¿qué dice?

—Que continúe la poción y además ha recetado unos polvos.

—Bien, dentro de algunos días estará mejor, —dijo Karzof, quien profesaba veneración absoluta por los oráculos de la Facultad.

Su mujer no parecía estar tan convencida como él de la eficacia de aquellos remedios; y después de un instante de silencio añadió:

—¿Sabes que creo que Antonia ama á Dournof más de lo que pensábamos?

—¿Por qué ha de amarle? ¿Te ha vuelto á hablar de él?

—No, es decir, desde que fuimos al circo no ha vuelto á hablar de esa cuestión.

—¡Es que ya no se acuerda de él!

La señora Karzof hizo un ademán negativo.

—Antonia no es de las jóvenes que olvidan con facilidad; me ha replicado mucho tiempo que le dejase casar con Dournof.

—¿Bueno y qué?—repuso Karzof cuya inteligencia no rayaba á grande altura.

Su mujer le miró diciendo:—¡No eres más que un pobretón! Luego añadió con entonación confidencial:

—Tal vez hemos hecho mal queriendo casar á Antonia cuando piensa en otro; créi que le olvidaría y no le ha olvidado. Con el tiempo tal vez lo haga; pero ahora... Si no estuviésemos tan comprometidos, optaría por devolverle á Titolof su palabra.

—¡Devolver la palabra al general!—exclamó Karzof como si la casa se le fuese á caer encima.

—No grites tanto. Es inútil que Antonia nos oiga. ¡Devolver la palabra al general! ¿Por qué no? ¡Después de todo, á mí me preocupa muy poco. Antonia es nuestra hija y quiero que viva!

La señora Karzof se echó á llorar. Su esposo, más confuso que nunca, la miraba con la boca abierta, sin saber qué decir.

—¿Pero es que está muy enferma?—balbuceó al fin.

—No lo sé, pero sus ojos me dan á la vez espanto y dolor; al mirarme parece que me perdonan por mi conducta... Harto he querido incomodarme y no he podido hacerlo.

—Pues bien, interrógale—dijo Karzof lleno de sobresalto.

—Ya sé lo que me contestará; no vale la pena hablarla hasta que no lo haya hecho con Titolof. Tu eres hombre y deberías encargarte de ello. Sondea á ver si está dispuesto á devolvernos la palabra.

—¡Lo... probaré!—dijo con resolución aquel buen hombre, emocionado ante las lágrimas de su mujer, pero en el fondo aterrizado ante la idea de tener que hablar en serio con Titolof.

Antonia entró en el comedor disculpándose por haberse levantado tan tarde. Desde hacía algún tiempo le costaba trabajo madrugar, el sueño le acudía tarde y sólo descansaba entre ocho y diez de la mañana.

—Eso no importa—dijo la señora Karzof,—no estamos en un regimiento para que te levantes al toque de diana.

Sorprendida por tanta bondad la joven fijó sus ojos en su madre, conociendo que había llorado. Le asaltaron los remordimientos (no era la primera vez) y pensó con dolor en la pena que muy pronto causaría á sus padres.

Por su parte los viejos miraron á Antonia ¡cuánto había cambiado! aquellos ojos antes tan hermosos y puros, ahora de tinte mate bajo el cual no circulaba la vida con tanto vigor; hasta los cabellos más claros dejaban en sus sienes un haz de venas azuladas; cambiaron una mirada de piedad, un signo de inteligencia y la señora Karzof se puso á conversar con su hija de una manera familiar y alegre.

—¿Quieres ir esta noche al concierto?—le preguntó.

—Bueno—repuso Antonia con indolencia.

—Es un concierto muy bueno, en la asamblea de la nobleza ¡si quieres, tu padre nos comprará los billetes!

Antonia miró á su madre creyendo que se burlaba de ella y preguntó:

—¿Para usted y para mí, mamá?

—Si, para las dos, tomaremos un coche é iremos solas.

¡Sin Titolof! Esta inesperada alegría reanimó á Antonia, quien accedió con más vivacidad de lo que hacía tiempo demostraba. El padre salió para ir á la oficina prometiendo traer los billetes. Por la tarde se presentó el novio oficial; en el salón estaban algu-

nas personas. Karzof, retrasándose por el paseo que tuvo que dar para ir en busca de los billetes, entró en el instante en que su futuro yerno se despedía de las señoras, así es que no pudo cambiar con él más que un saludo y un apretón de manos.

Al entrar en el salón donde se daba el concierto, Antonia sintió que sus fuerzas la abandonaban; el calor, los perfumes, el brillo de las luces, contribuían á hacerla desfallecer; con mucho esfuerzo, para caminar con paso firme, logró sentarse al lado de su madre. Durante los últimos quince días notó que su mal hacía progresos terribles. Seguía sin tomar las pociones y los polvos recetados por el médico.

Era el doctor hombre de poca inteligencia, muy apegado á seguir la rutina y no observó que si la enferma hubiese seguido sus prescripciones el mal no progresaría con tanta rapidez. Hasta creía era un simple resfriado á causa del frío anormal de la estación.

Con tanta luz, y excitada por la música, Antonia parecía más bella que nunca. Sus ojos recorrían las galerías del piso superior que daban vuelta al inmenso salón; los que no quieren vestirse de etiqueta ó pagar quince ó veinte francos por una butaca, pueden asistir al concierto por un precio módico. Antonia sabía que Dournof estaría allí, pues le hizo avisar por *Niania*, encargándole que no faltase.

En efecto, pronto le vió encima de la orquesta, casi enfrente de ella. Apoyando la punta de los dedos en la boca le envió un discreto beso; la joven respondió con un ademán de cabeza y sus ojos no se separaron de él. Los amantes partieron juntos hacia esa región encantada de la música, en donde todo es luz y transparencia, en donde hasta el dolor tiene algo de vaporoso y de inmaterial. Los nervios de Antonia, que llevaban tantos días de terrible tensión, vibraban como cuerdas de violoncello; era tan

feliz aspirando con su amigo el aire abrasado de la pasión que despertaban las poderosas armonías de la orquesta, que hasta olvidó los dolores que la esperaban.

La sinfonía terminó; después del entreacto, un tenor muy en boga y digno de los favores del público apareció en el estrado. La orquesta dejó oír los primeros compases del *ritornello* de Egard en la ópera *Lucia* y el tenor cantó en italiano:

¡Pronto crecerá la hierba de los campos  
sobre mi tumba solitaria!...

Antonia, despertando bruscamente á la realidad de la vida, lanzó un grito, perdiendo el conocimiento. A su alrededor se agruparon algunas personas. Los trombones de la orquesta taparon el ruido que se hizo para llevársela, y el tenor continuó su *ritornello*, siendo aplaudido con entusiasmo.

Antonia fué transportada al saloncito de las señoras. En el instante en que volvía en sí los frenéticos aplausos anunciaban el final del trozo cantado por el tenor.

—Perdón, mamá—dijo.—Siento lo que me ha pasado. Vámonos á casa.

Muchos se ofrecieron para ir á buscar el coche. La gracia y la belleza de Antonia, y ese algo sobrehumano que le prestaba el dolor reflejado en sus ojos, había hecho que á su alrededor se agrupasen muchos hombres. Dos viejos, de la más encopetada nobleza, no quisieron ceder á nadie el cuidado de conducirla al coche. En la puerta estaba Dournof, pálido, con aspecto serio. Antonia, que lo buscaba con los ojos, le dirigió una sonrisa angelical; pero tan dolorosa, que el joven se estremeció hasta lo más profundo de su ser.

—¡Se muere!—pensó.—¿Cómo no lo adivinan los demás?

Se acercó hasta la portezuela del coche, y la mano de Antonia se apoyó en la suya para subir al carruaje. Tan turbada estaba la señora Karzof que no se fijó en esto; aquel desvanecimiento después de la conversación con su marido aquella mañana, había llenado su alma de terror. La condujo á casa colmándola de ternezas que la joven aceptaba con pesar.

Karzof, al saber el incidente ocurrido á su hija, asustado y con precipitación bajó la escalera. Juan acudió en su auxilio y juntos llevaron á la joven á su habitación, á pesar de las protestas de Antonia afirmando hallarse bien y que aquello fué un simple desvanecimiento causado por el calor. La señora Karzof quiso desnudarla y hacer que se acostase, y Antonia tuvo que soportar los cuidados que su madre le prestó con lágrimas en los ojos.

Después de esto, y cuando se aseguró de que su hija estaba ya tranquila y sólo necesitaba descansar, la señora Karzof se retiró á su gabinete y escribió al médico para que al día siguiente viniera muy temprano.

—*Niania*—dijo Antonia con dulzura, viendo aparecer á la criada, quien creyéndola dormida avanzaba de puntillas.—Baja pronto á la calle, Dournof debe estar en ella, dile que no tengo nada, y que muy pronto nos veremos. Vete en seguida.

*Niania* iba á hacerle una pregunta, pero Antonia repitió:—¡Pronto!—y la pobre vieja se apresuró á obedecer. Al cabo de algunos instantes regresó diciendo:

—Ángel mío, tenías razón; estaba abajo... me ha encargado te diga que debes cuidarte, que le has dado mucho miedo y que te ama como un loco. ¡Oh, niños, niños, á qué juego jugáis! ¡No hay más que morir

Una sonrisa de dolo: iluminó el semblante de Antonia.

—Buenas noches—murmuró volviéndose hacia la pared.

Algunas horas después todos dormían en la casa. *Niania* se despertó sobresaltada, le parecía haber ocurrido alguna desgracia y sin calzarse corrió á la habitación de Antonia, abiendo la puerta con cuidado. La joven, en ropas menores, estaba arrodillada ante las imágenes con los brazos caídos, rezando con lágrimas en los ojos. Palabras sin hilación salían de sus labios; había llorado tanto que hasta le faltaban las fuerzas para levantarse.

—Perdóname, Dios mío, acógeme en tu seno—decía.—Sufro, sufro mucho. ¡Qué dolor para él y para ellos! cuán pecadora soy, ¿qué será de mí si Dios me rechaza? ¡Y tan joven! ¡Ah, Dios mío! no puedo más...

Iba á caer al suelo; pero *Niania*, que oyó sus frases con el cabello erizado de terror, la cogió en sus brazos, y con una fuerza increíble á su edad la puso en el lecho. La joven la miró sonriente y cerró los ojos desvanecida.

—¡Socorro, socorro, la señorita se muere!—gritó *Niania*.

Todos los de la casa acudieron en seguida, se emplearon los recursos usuales en estos casos, mientras venía el médico que la señora Karzof envió á buscar, y el que se presentó al cabo de una hora. Quería mucho á Antonia por haberla visto nacer, pero su ciencia no estaba á la altura de sus sentimientos; dijo que la joven sufría una fuerte excitación de nervios y prescribió que se le cortase toda emoción y la dejaran en el más completo reposo.

Al día siguiente, ó por mejor decir, el mismo día, cuando á la hora de costumbre se presentó el general Titolof, Karzof le recibió bastante cohibido.

—¿La señorita Antonia, está bien?—preguntó el general con galantería después de saludar.

—No, y queríamos decirselo á usted—repuso el anciano.

—¡Cómo! ¿Acaso está enferma?—dijo el general poniendo el semblante compungido como requería la situación.

—Sí, es decir... Ayer perdió dos veces el conocimiento...

El general frunció las cejas é hizo varios gestos que en lenguaje cortés querían decir:

—¡Qué desgracia tan grande! ¡Cuán afectado estoy!

—¿Y el médico qué dice?... ¿Supongo habrán ustedes recurrido á los auxilios de la ciencia?

—¡No faltaba más! el médico dice que hay que evitarle toda emoción; la ha recomendado absoluta quietud—dijo Karzof que había aprendido de memoria la frase.

Titolof frunció más las cejas.

—¡Es mucha desgracia... mucha desgracia! ¡Una joven que parecía gozar de tanta salud!

—Siempre estuvo muy bien... Desde que es novia que...

Titolof se puso tan serio que Karzof no se atrevió á concluir la frase, y desvió la conversación pensando que así le sería más fácil lograr su objeto.

—¿Cuándo piensa usted salir de San Petersburgo, general?

—La segunda semana después de Pascuas—repuso el funcionario.

—Hum... malo, malo... Ya la sabe usted, general, temo que mi hija no esté buena para esa fecha.

Titolof saltó como si le hubiesen clavado un alfiler en las nalgas.

—¿Y entonces?...—balbuceó con sorpresa.

—¡Ah! general, no sé...—repuso Karzof tan compungido como si su superior gerárquico fuese á reprehenderle.

—No comprendo. No me atrevo á comprenderle, caballero: pero al creer lo que sospecho usted retira su palabra y...

—No retiro mi palabra,—dijo Karzof levantando la cabeza—pero mi hija está enferma y el médico le ha prohibido toda emoción, y el matrimonio trae muchas consigo, y en la actualidad... En fin, aun restableciéndose pronto, como esperamos, no le será posible casarse hasta que pasen cuatro ó cinco meses—dijo Karzof á la vez que pensaba:—¡Te he cogido! así aprenderás á ser más listo.

—¡Cuatro ó cinco meses! ¡Y yo que debía casarme antes de partir y es necesario que me vaya quince días después de Pascuas! Debían ustedes haberme avisado antes—exclamó Titolof furioso.

Karzof se veía muy comprometido; por fortuna entró su esposa en el salón y sin saludar al general le dijo con sequedad:

—Esto no es culpa nuestra. Además, debía usted haber notado que no agradaba á nuestra hija.

—¡Nunca me lo ha dicho!—repuso Titolof confundido por aquel ataque que no esperaba.

—¡No faltaba más! ¿Cree usted que está tan mal educada para decir cosas desagradables á las personas que recibimos?

A estas palabras siguió un murmullo general, pues todos hablaban á la vez, y Titolof dijo con entonación de enfado:

—¡Se debía avisar á las personas! ¿En dónde encontraré yo una esposa antes de las Pascuas? ¡Es preciso que antes de un mes me case y ocupe mi nuevo destino! Durante la Semana Santa no pueden hacerse visitas. ¡Dios mío, Dios mío, esto es inaudito!

Juan Karzof, oyendo tantas lamentaciones, asomó la cabeza por la puerta de su habitación, que daba al corredor, y contempló con alegría el asombrado y

descompuesto semblante de Titolo; cuando la puerta se cerró detrás del general tomó el sombrero y la pelliza, pero en el momento de salir á la calle cambió de parecer y fué al gabinete de su hermana Antonia, no pudiendo permanecer en pie, estaba acostada sobre un canapé: su ropa de casa denunciaba ya su delgadez, pues le venía muy ancha. Al ver á su hermano se sonrió.

—Han despedido á tu prometido—dijo Juan, y se detuvo viendo á su hermana incorporarse con rapidez mirándole con asombro.

—¡Qué dices!—exclamó con sorpresa.

—¡Ah, diablo!—pensó Juan—le han prohibido las emociones... ¡Bah! esto no puede perjudicarla—y añadió en alta voz:

—Papá acaba de decir á Titolo que tú estás enferma, y como el general tiene más prisa en casarse que nosotros en separarnos de ti, ha ido á otra parte con la música ¿estás contenta?

—¡Ah!—exclamó Antonia—lanzando un grito desgarrador.—¡Demasiado tarde, demasiado tarde!

Al oír este grito, sus padres, que estaban en el salón, acudieron precipitadamente.

—Perdón, perdón mis queridos padres—exclamó Antonia.—He dudado de vosotros, pensé que no me queríais... ¡Perdón! ¡Qué he hecho!

Se retorció las manos miránolos con ojos de súplica, mientras que por su semblante rodaban gruesas lágrimas.

—Delira—exclamó la madre.—P. onto un calmante... los polvos..

Abrió el cajón donde se guardaban los medicamentos, lanzando un grito desgarrador.

—¡Desgraciada, qué has hecho!

—Perdón, perdón—exclamó Antonia—volviendo á dejarse caer sobre la almohada.

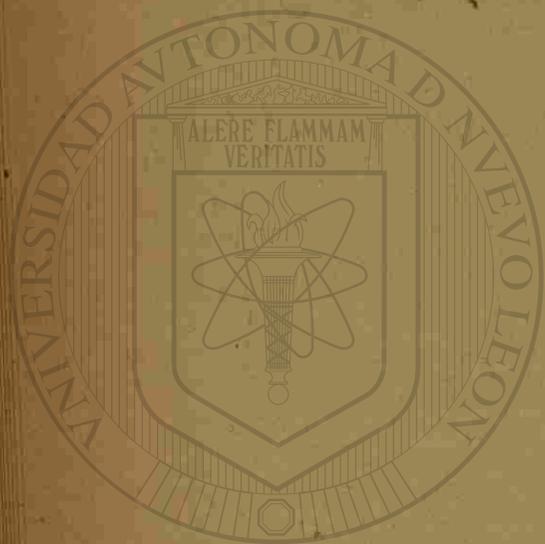
—¿Qué pasa de nuevo?—dijo Juan asustado.

—Todos los paquetes están aquí. ¡No ha tomado ni una! Desgraciada ¿querías morirte?

Antonia, sin responder, hizo un ademán enérgico que llenó á todos de terror. Una tos convulsiva sacudió su débil pecho, se llevó el pañuelo á la boca para sofocarla y le tiró en el acto á tierra, viéndose que estaba manchado en sangre.

—¡Ah!—exclamó la señora Karzof juntando las manos.—Hemos sido muy severos contigo; pero tú nos castigas con demasiada dureza!

Antonia no respondió. ¡También ella estaba castigada!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII

A las once de la mañana siguiente el especialista más célebre en las enfermedades del pecho, el doctor X, estaba al lado de la joven. Su colega, cuya negligencia produjo tan funestos resultados, también estaba presente, contrito y lleno de remordimientos, mientras el especialista auscultaba á Antonia con detención.

Al terminar el examen dijo sonriéndose;

—No será nada, un poco de paciencia y se curará. Es cuestión de seis semanas.

Púsose á escribir una receta y pasó luego al gabinete de Karzof, á donde fueron los esposos y Juan. Niania y el otro médico quedaron al lado de Antonia prodigándole palabras de consuelo.

—Vamos, doctor—dijo el padre dirigiéndole una mirada tímida—¿Qué opina usted?

El doctor después de comprobar que la puerta estaba cerrada, dijo en voz baja:

—Es inútil engañar á ustedes: dentro de seis semanas habrá muerto.

—¡Es imposible!—exclamó la madre levantando los brazos al cielo.—Eso no puede ser, Dios no lo querrá.

—No haga usted ruido—interrumpió el doctor.— Es una tisis galopante y no hay posibilidad de atajarla; se pueden atenuar sus sufrimientos; pero no cu-

rarla. Darle lo que pida, no hay que negarle nada, ni aun los caprichos más extravagantes.

Los dos esposos lloraron en silencio.

—Pero, doctor—dijo la madre esforzándose por contener sus lágrimas—¿cómo ha podido ser eso?

—Un enfriamiento mal curado; ustedes me han dicho que no tomó los medicamentos, estaban bien indicados; ¿por qué no los tomó?

Los esposos se miraron como si fuesen culpables de esta falta.

—Estaba muy triste—murmuró la madre.

—¡Oh! ¿tristeza de amor? Esto sucede alguna vez. Se quiere morir y al lograrse lo que se desea, entonces se quiere vivir; pero ya es tarde. ¿Ama á alguien?

—Sí—dijo el padre con tristeza.

—En este caso, ustedes sabrán lo que deben hacer... Puedo equivocarme—añadió—pues nadie es infalible. Consulten ustedes con otro médico, y tal vez encuentre la enfermedad menos grave que yo; en mi concepto no vivirá más de seis semanas.

Al marcharse el doctor los dos esposos continuaron llorando; el golpe era tan repentino, tan imprevisto, que les anonadó.

—¡Todos los médicos mienten!—dijo la señora Karzof sollozando—estoy segura de que no es verdad lo que ha dicho. Mañana celebraremos otra consulta y si es preciso vendrán tres médicos ¿verdad, Karzof?

—Sí—gimió el esposo—voy á avisarles en seguida. Ah, qué desgracia, nuestra Antonia, tan hermosa, tan buena!... ¡Aun no hace un mes que dimos el baile!...

—Hace seis semanas—objetó su mujer por costumbre de rectificar los errores de su esposo...—¡El día que fuimos al circo iba tan desabrigada!...

—Aquel día cogió el enfriamiento,—el abrigo se

le caía continuamente de los hombros, y además, iba tan ligera de ropa... ¿Por qué no ha tomado los polvos? en seguida se hubiese curado. Se le dijo una porción de veces. ¿Por qué no lo ha hecho?

Se calló, un silencio lúgubre reinó en la estancia. Juan se levantó de repente para dirigirse hacia la puerta.

—¿Dónde vas?—le preguntó su madre.

—A buscar á Dournof—repuso el joven con voz que quería ser firme; pero le faltaron las fuerzas y prorrumpió en llanto saliendo apresuradamente.

Al quedarse solos los esposos se contemplaron exclamando á la vez:

—¡La culpa es nuestra!

## XIV

Juan encontró á su amigo trabajando. Era muy raro hallarle de otra manera.

El semblante del joven había cambiado tanto, que Dournof asiéndole las manos le llevó hacia la ventana para verle mejor.

—¿Una desgracia?—le preguntó en voz baja. Juan se dejó caer sobre una silla é hizo un ademán con la mano que significaba —¡Todo está perdido!

—¿Es que la casan en seguida?—preguntó Dournof.

—No; peor aún.

—¡Peor que eso!—dijo Dournof con los ojos espantados; y retrocediendo dos pasos se apoyó en la pared, preguntando con voz baja:

—¿Ha muerto?

—¡No; pero morirá!—repuso Juan.

Dournof se pasó la mano por los ojos como si quisiese dejar una horrible visión y repuso:

—¡Me lo figuraba, pues así lo había jurado!

Pasado el primer instante de estupor, hizo que le refiriese Juan cuanto había sucedido, el modo con que Antonia había ocultado cuidadosamente su enfermedad, hasta que se le descubrió; lo ocurrido con Titolof, la consulta con el doctor y por último el permiso concedido para que Dournof pudiese volver á la casa.

—Si la felicidad puede salvarla, tú la salvarás

—añadió Juan.—El doctor la ha desahuciado; pero yo no puedo creer que mi hermana esté condenada sin remedio. Apenas parece que esté enferma, y sin sus accesos de debilidad y algunas veces la poca sangre con que se mancha su pañuelo, nadie podría sospechar su gravedad. Los médicos se equivocan con frecuencia... ¡Si tú la devolvieses la vida!..

—Otra vez me volverían á poner en la puerta de la calle—le interrumpió Dournof con amargura—la darían por esposa á otro general. ¡Amigo mío, conozco el mundo! Tus padres no son ni mejores ni peores que el resto de la humanidad. Entretanto son los espíritus elevados los que sufren... Vamos á tu casa.

Se vistió con rapidez, y los dos jóvenes siguieron silenciosos el camino de la casa de Karzof. Al acercarse á la puerta Dournof no pudo reprimir un ademán de ira y dijo:

—Al pensar que apenas hace un mes que salí de aquí dejando á Antonia en la plenitud de la vida, y que ya es demasiado tarde... ¡Cómo ha conseguido lo que se proponía!

—Tú la salvarás—dijo Juan para reconfortar á su amigo y creyendo él también en la eficacia de la alegría para salvar á la enferma;—te juro que el doctor se ha equivocado, y si es así, tanto mejor, pues deberéis vuestra felicidad á su equivocación.

Poco después entraban en el gabinete de Karzof.

Durante la ausencia de Juan, los viejos habían sufrido mucho. Después de la consulta, Antonia, vencida por el cansancio, se quedó dormida, y Niania, llena de esperanza, corrió al lado de sus amos, para que le confirmasen las palabras que dijo el doctor en la habitación de la enferma; al saber que no era más que una mentira piadosa para engañar á la joven, la anciana se aterró.

—¿Es decir que la señorita se muere?—exclamó.

Los lloros de la señora Karzof fueron la única respuesta.

La talla de la humilde criada pareció crecer de repente.

—¡Esa es vuestra obra!—dijo con severidad. Habéis desobedecido las leyes de Dios que dan al corazón la libertad de amar. Habéis preferido el interés á la felicidad de vuestra hija y Dios os la quita. Este es vuestro castigo.

—Niania, pierdes la cabeza—le interrumpió Karzof. ¡Cómo te permites hablar así á tus amos!..

—Ese es vuestro castigo—repitió Niania sin cohibirse—nunca su hija les dió el menor disgusto; de ella no podían ustedes tener más que orgullo y alegría, y sin embargo no han reparado en destrozarse el corazón. ¿Qué Dournof era pobre? Es verdad! Pero en cambio es hombre de mucho talento y ama á su hija de ustedes.

—La ama por su dote—dijo la incorregible señora Karzof.

—Eso no es verdad—repuso Niania con vehemencia.—Eso no es verdad y usted lo sabe muy bien. Al decirle á Antonia semejante mentira, usted le destrozó el corazón y desde entonces no ha vuelto á estar alegre.

—¡Pero ella debía hármelo dicho!—sin figurarse de que se defendía de la acusación de una criada. Si no que, por el contrario, se calló dudando de nuestro amor.

—Ella se lo ha dicho á usted todos los días—repuso la criada con severidad—le ha suplicado no le casasen con ese imbécil que querían darle por esposo, con esa cabeza sin seso que no tenía un adarme de sentido común; pues amaba á Dournof que vale más que él y que todos nosotros juntos.

—Nunca creí que ese amor fuese serio—replicó la madre avergonzada de sí misma.

—Esa es la defensa de ustedes y también su culpa. Yo no soy más que una pobre aldeana, y sin embargo comprendí que Antonia hablaba con seriedad, cuando me dijo ¡Me moriré! ví al ángel de la muerte cernerse sobre ella. Sí—continuó *Niania*, mientras los viejos inclinaban la cabeza bajo el peso de sus palabras—Antonia ha cometido un gran pecado buscando la muerte, pero de ese pecado son ustedes responsables ante Dios. ¡El les dió su alma para que la guardasen y ustedes no se han cuidado de ella! ¡Y los que la amamos verdaderamente, que nada tenemos que reprocharnos, hemos de sufrir mucho por culpa de ustedes, porque han preferido el oro y los honores á la felicidad de Antonia,

Todas estas palabras penetraban como dardos en el corazón de los padres. Es verdad que pecaron por brutalidad, ignorancia y falta de precaución, pero el castigo que se les imponía era demasiado riguroso. ¿Y de Dournof, qué tienen ustedes que decir?—prosiguió *Niania*—¡Era para él á quien Dios destinaba á Antonia, pues su amor era recíproco y ustedes han desunido lo que Dios unió!

—Si Antonia vive, juro que será su esposa—sollozó la señora Karzof.

—Yo lo juro—repitió su marido.

Sonó la campanilla.

—Vete á abrir *Niania*—dijo la señora Karzof.—Si son visitas dí que no estamos en casa.

*Niania*, volviendo á su papel de criada, fué á abrir la puerta. Eran Juan y Dournof, les hizo pasar al gabinete mientras iba á avisar á los esposos.

—¡Yal!—exclamó la señora Karzof, sintiendo una especie de terror al pensar que tenía que hallarse ante Dournof. Le parecía que el joven iba á pedirle cuentas de la vida de su hija... Después de secarse los ojos se presentó en el gabinete. Dournof se levantó; su actitud era seria y respetuosa. La señora Kar-

zof quería intimidarle, hacerle comprender que su vuelta á la casa era solo obra de las circunstancias, pero la actitud del joven la descompuso y abrazándole le dijo:

—¡Írate de que Antonia viva y todo es para usted!

—Señora, yo solo quiero á Antonia—repuso el joven.

—Sí, así lo creo; pero trate que viva, mi querido Féodor, y le amaremos como á nuestro propio hijo.

Dournof besó la mano de la señora Karzof y recibió en silencio un abrazo del esposo.

—¿Puedo verla?—preguntó en seguida.

—No está preparada.—respondió la madre.—Una alegría semejante... No me atrevo... tengo miedo...

—*Niania* le avisará—dijo Juan.—Ella la conoce mejor que todos nosotros.

La señora Karzof lanzó un suspiro. Era muy duro para ella oír decir que una criada conocía mejor el corazón de su hija. *Niania* fué á avisar á Antonia y toda la familia andando de puntillas, se acercó á la puerta del gabinete.

—Mi pajarillo celestial—le dijo *Niania*—¿qué quieres?

—Dame agua. Después de haber dormido estoy mejor;—la joven paseó en torno suyo una mirada de satisfacción.

—¿*Niania*, es verdad que Titolof se ha ido para no volver más?

—Así es, ¡ya anda buscando novia por ahí!—ya ves cuan enamorado estaba—repuso *Niania* con jovialidad.

Antonia sonrió, era una nueva etapa de felicidad verse libre de tan odioso personaje.

—En casa todo el mundo está dispuesto á concederte lo que pidas, con tal de que te cures pronto. ¡Todo, absolutamente todo, así es que puedes pedir!

—¡Oh *Niania*, todo! ¡Eso no es posible! Hay cosas que no me las concederán.

—¿Cuáles?

Antonia enrojeció. Aquel rubor pasó sobre su semblante como una luz fugitiva, para fijarse en los flacos pómulos.

—¡No me permitirán que vea á Dournof!

—¿Eso crees?... ¡pues yo opino lo contrario! Si quieres pruébalo.

—¡Oh no, no me atrevo!

—Pues yo voy á hacerlo —insistió la criada aproximándose á la puerta.

No hizo más que salir para entrar en seguida diciendo:

—Vendrá.

—¡Ah, preciso es que yo esté muy enferma!—exclamó Antonia con dolor.

Estas frases, que encerraban un nuevo reproche, fueron una puñalada para la señora Karzof; aquel corazón de madre tan indiferente é impasible antes, sentía ahora crecer el amor hacia su hija á la vez que aumentaban sus propios dolores.

Dournof no pudo contenerse y entró corriendo, para arrodillarse al lado de Antonia.

—Para siempre—le dijo.

La joven le asió la cabeza con las manos mirándole con incredulidad.

—¡Para siempre serás mía!—repitió Dournof.

Antonia apoyó la cabeza sobre el hombro del joven, cerró los ojos y cambiaron su primer beso.

*Niania* cerró la puerta de la habitación dejándolos solos.

Al otro lado lloraban los esposos Karzof.

## XV

Durante los primeros días que siguieron á esta entrevista, los jóvenes creyeron haber conjurado el peligro, pues gozaban de dicha y de paz. Antonia parecía reponerse; Dournof, abandonándolo todo, pasaba los días á su lado y no iba á su casa más que para dormir un poco. La hora de la comida era para los amantes el mejor momento del día; ponían una mesita al lado del canapé, que Antonia apenas abandonaba, y *Niania* les servía á ellos solos, pues los demás estaban en el comedor.

Al ver á la joven se hubiese creído que su vida no estaba amenazada. Su tez, antes pálida, se había vuelto blanca, un débil sonrosado manchaba sus pómulos, aumentando en intensidad en las horas de fiebre, la tos no era muy penosa, pero las fuerzas no volvían. Todo el mundo creyó que el doctor X se había equivocado y la señora Karzof llamó á tres médicos más para que celebrasen consulta.

El resultado de ella fué la pérdida de toda esperanza. Antonia no vería florecer las rosas.

En su desesperación, los padres dijeron que todo aquello no era más que una estúpida mentira, que su hija estaba mejor y que los médicos eran unos asnos; esta última opinión fué emitida por Karzof.

La habitación de Antonia era el punto de reunión de la familia. Juan leía allí el periódico en voz

alta para distraerla; Karzof refería las noticias y chismes recogidos en la oficina. Dournof traía flores pero sin perfume, pues Antonia no podía soportarlo; los amigos de la familia, avisados de la gravedad de la joven, no podían creerla al ver su deslumbrante hermosura, y todos le traían alguna chuchería; pronto las mesitas quedaron cubiertas de bibelots y hubo que poner más.

El batallón sagrado acudió en seguida; entre los jóvenes que lo formaban, había uno que estaba terminando la carrera de medicina; si Dournof hubiese conservado algunas ilusiones las hubiera perdido al ver la compasión con que su amigo hablaba á Antonia, la bondad con que se prestaba á sus fantasías y lo triste de su mirada cuando ella no le veía.

También venían juntas las jóvenes que habían sido compañeras de Antonia, á la que todas quisieron siempre mucho.

La enferma recibía tantas muestras de ternura como la cosa más natural del mundo. Su cerebro, fatigado por tantas luchas y pesares, se había debilitado por los efectos de la enfermedad; no se daba completa cuenta del motivo de tantas visitas como llenaban su habitación, y en cambio le era muy agradable ver reunidos á tantos amigos.

Aquel incesante ir y venir de amigos y conocidos, era como un paréntesis puesto á la felicidad de tener á Dournof al lado.

Cuando, después de un día de distracciones, se encontraban solos, cuando *Niania* ponía la mesita al lado del canapé, la joven tendía la mano á su amigo y con los ojos fijos en él murmuraba:

—Soy feliz.

Al obscurecer se presentaba la fiebre, entonces los ojos de Antonia adquirían un brillo ficticio, las manchas rojas se extendían por sus mejillas, y su imaginación formaba cálculos para lo porvenir. Va-

gamente, se había hablado de un viaje al extranjero, para restablecer su salud.

—En cuanto haga buen tiempo—decía—á primeros de Mayo, cuando el sol sea hermoso, partiremos para Italia; para entonces ya estaremos casados.

Su mano acariciaba la de Dournof, quien viendo tanta sencillez se sonreía, pero el fondo de su corazón seguía dolorido.

—Iremos á Florencia—añadía la joven.—Dicen que allí hay tantas flores, que es imposible imaginarse su número. En otoño volveremos aquí. Mamá nos arreglará una casita en un barrio que tenga mucha luz. Mi dormitorio será azul, ¿me gusta tanto este color! ¿Verdad, mamá, que me la amueblarás de azul?

—Sí, de azul claro—respondía la señora Karzof.

—Muy claro, con cortinas blancas con flecos... eso costará muy caro, pero como no tenéis que cazar más que una vez... ¿no es verdad, papá?

El viejo Karzof refunfuñaba algo semejante á un asentimiento y salía de la habitación sonándose con fuerza con su enorme pañuelo de cuadros, seguido por la inquieta mirada de su esposa.

De este modo transcurrieron algunos días; Antonia creía siempre poderse levantar al otro día; sin embargo, el mal le obligaba á permanecer acostada, iba del lecho al canapé y del canapé al lecho, y aun este débil esfuerzo le parecía muy superior á sus fuerzas.

Una tarde, devorada por la fiebre, permaneció algún tiempo sentada.

—¡Estoy mejor,—dijo á Dournof—mucho mejor, ya lo ves! Quiero ir al salón para dar una sorpresa á mis padres. Y además hace tanto tiempo que no toco el piano... hoy quiero tocarlo!

Se levantó vacilando, y apoyada en el joven dió dos pasos; pero en el instante en que volvía hacia él su semblante iluminado por una alegría infantil

palideció teniendo que apoyarse en el hombro de Dournof.

Una tos cruel agitó su débil pecho haciéndolo desfallecer por instantes. El joven la acomodó otra vez en el canapé, inclinado sobre ella segura con afán todas las emociones que se reflejaban en aquel semblante adorado. Antonia arrojó al suelo su pañuelo, tenía manchas de sangre.

—Es demasiado tarde—dijo con expresión desgarradora.—¡Demasiado tarde, amigo mío, pagaremos muy caro algunos días de felicidad!

La imagen de aquella dicha que la muerte iba a destruir debía ser el castigo de Antonia. La vida que iba a perder mostrábase ante sus ojos llena de encantos, para causarla más amarguras y pesares. ¡Ya no hallaba más que ternura y facilidad para todo! Los obstáculos habían desaparecido como por encanto, todo era un sueño dorado, el paraíso abriéndose ante sus ojos. . . Y era preciso renunciar a todas esas alegrías!...

Antonia lloraba cubriéndose el semblante con las manos.

—No llores más—dijo Dournof,—me destrozas el corazón.

La joven fijó en él sus ojos llenos de dolor físico y moral.

—En el instante en que somos tan felices, veo que se escapa mi vida... ¡Qué irrisión tan amarga!

Dournof cubrió de besos las febriles manos de su amada.

—¡Si tú no sufrieses—le dijo en voz baja—yo no estaría aquí!

—¡Es verdad! me hubieran casado con Titolo—repuso con amargura.—¡Ah, yo no soy mala! ¿Qué he hecho para sufrir tanto?

*Niania*, que había entrado sin hacer ruido, dijo con gravedad.

—¡Dios castiga á los que ama! Tú has hecho mal, hija mía, en levantar la mano sobre ti. Cuando has querido morir ofendiste á Dios. ¡Tu mal es el castigo que El te envía!

—Pero curará, *Niania*, curará—dijo Dournof mirándola suplicante.

—No—repuso Antonia.—No curaré. Dios no es juguete de nuestros caprichos. Le he pedido la muerte como un bien y me la ha concedido...

Apoyó la cabeza en las manos quedándose absorta en sus pensamientos.

—¡Que su nombre sea bendito!—exclamó.—Ahora ya no debo pensar más que en obtener mi perdón.

Cuando Dournof se fué, después de estar acostada en su lecho, la joven llamó á *Niania*, que se acostaba en el suelo muy cerca de ella, y le dijo:

—*Niania*, reza conmigo y por mí; para que Dios me perdone.

—Pobre mártir—pensó la anciana—tienes ganado el cielo.

Desde entonces *Niania* y la joven hablaban del cielo todas las noches; una paz divina descendía sobre ella. Durante el día pertenecía á Dournof, á su familia, á sus amigos; la noche la reservaba á la oración.

No fué sin crueles remordimientos, sin lágrimas, sin accesos de febril desesperación como Antonia renunció á la vida.

Más de una vez, con las manos levantadas hacia el cielo, exclamaba:

—¡No, no quiero, no quiero morir!

Cuando se creía más resignada, volvía á renacer en ella el amor á la vida con más fuerza que antes. Estas luchas agotaron sus fuerzas.

El doctor, á fin de prolongar algunos días una vida que á todos era tan querida, aconsejó que la llevaran al campo. Alquilaron en Pargolovo una mag-

nífica casa; desde ella podían verse por todas partes bosques de pinos ó abetos. Si algo podía aún conservar las escasas fuerzas de Antonia, era el aire balsámico de los árboles resinosos.

A los primeros rayos del sol de Mayo, no partió para Italia como había soñado, fué para Pargolovo. Aquel trayecto de unas veinte verstas estuvo á punto de costarle la vida. Dournof, que la ayudaba á sostenerse sobre las almohadas, creyó más de una vez que no llegaría viva. Al día siguiente de llegar, la contemplación del lago, de las colinas, de los bosques, el mágico aspecto de la vegetación, apenas naciente, todo aquello que anunciaba la primavera le reanimó algo. Ya tenía esperanzas de vivir.

Paseando sus ojos sobre el paisaje, los detuvo sobre un pequeño monte inclinado sobre el lago, en cuya cúspide había una capillita de madera.

—¿Qué es aquello?—preguntó.

Tan inesperada pregunta no obtuvo contestación en el acto, nadie se atrevió á forjar una mentira.

—¡Ahl—exclamó la joven contemplando los semblantes que le rodeaban.—Lo adivino, es el cementerio. Allí me enterrarán, cerca del lago, quiero que mi tumba reciba los últimos rayos del sol.

Aun vivió un mes más de lo previsto por el médico, tal vez sostenida por el inmenso amor que guardaba en su corazón; pero sus fuerzas decayeron de golpe.

Una noche dijo á Dournof:

—Escúchame; estoy segura que moriré mañana. Acuérdate que debes vivir para tu patria y tus semejantes. Tú serás rico y célebre, piensa en mí, pues yo renuncié á todo para lograr este resultado. Te casarás...

Dournof hizo un ademán enérgico.

—Te casarás—agregó la joven—y harás muy bien. Tendrás hijos que serán tu imagen y de ellos harás

hombres iguales á ti .. entonces, si Dios me permite verte sobre la tierra, seré completamente feliz; ¿me entiendes?

Como había anunciado, al día siguiente murió Antonia, casi sin sufrimiento; la copa del dolor hacía tiempo que la había apurado.

Su muerte emocionó á todos como si no hiciese tiempo que estaba prevista. En la mejor habitación de la casa se puso el fúnebre lecho; el viejo Karzof, convertido en medio imbécil, iba y venía, tocando las manos de su hija, no pudiéndose convencer que estaba muerta. La madre, preocupada en preparar mil detalles, sentía menos su dolor: para ella la hora del remordimiento debía empezar cuando estuviese en orden la casa, cuando no la preocupase ningún cuidado material que distrajesen sus pesares. Dournof hacía cinco noches que no había dormido más de una hora; sin embargo, velaba el cuerpo de Antonia en unión del diácono encargado de leer las oraciones. El diácono era relevado cada tres horas. Dournof no. De vez en cuando se levantaba de su asiento para acercarse á la muerta, para arreglar una cinta, un pliegue del blanco traje, cambiaba de sitio alguna flor de las muchas que cubrían el cuerpo de la joven, besaba la frente y las manos de Antonia y volvía á su sitio. El sueño le vencía alguna vez, entonces apoyaba la cabeza contra la pared y dormía algunos instantes. Luego se reprochaba aquellos minutos robados á la contemplación de los queridos restos que pronto le iban á arrebatarse.

Al tercer día (1) la casa se llenó de parientes y amigos, y en un ataúd forrado de seda blanca, llevaron á la joven á la iglesia. Estaba tan hermosa, era tan angelical la expresión de su semblante, que nadie pensó en taparlo. Durante los oficios fúnebres

(1) En Rusia los cadáveres están expuestos tres días.

Dournof miraba con insistencia el ataúd. Cuando, según costumbre, los asistentes fueron á dar [el beso de despedida, él lo hizo después de los padres, posando sus labios en aquellas manos de cera. Después dejó pasar á los demás. Cuando el último de los concurrentes hubo cumplido con esta obligación los sacristanes se acercaron trayendo la tapa del ataúd.

—¿Ya no falta nadie?—preguntó á media voz.

Se miraron con asombro, pero nadie le contestó.

Entonces se inclinó sobre su prometida y besó con pasión aquella frente pura, las flacas mejillas y las secas manos de Antonia. Después cogió la tapa con una especie de ira y sin que nadie le ayudase cubrió el cadáver.

Los parientes de la joven habían comprendido cuáles eran los deseos de Dournof, y no le pusieron ningún obstáculo. El joven quería que se llevase á la tumba sus últimos besos.

Mientras llevaban el cuerpo de Antonia á la fosa, designada por ella, al sitio donde tocaban los últimos rayos de sol, Dournof oyó á su lado una voz que le decía:

—Únicamente tú y yo la hemos amado, los demás no la han comprendido.

Volvió la cabeza viendo á *Niania*. Ya no lloraba, pero la alegría de su vida acababa de desaparecer en el hoyo de la fosa.

## XVI

Los Karzof no habitaron mucho tiempo la casa donde su hija exhaló el postrer suspiro; al contrario de Dournof, que hubiese pasado toda su vida en el gabinete de Antonia, contemplando el lugar en donde dejó de vivir; á ellos les era penoso hallarse de continuo en un sitio que les recordaba multitud de angustias. Volvieron á la ciudad, y la señora Karzof, siempre práctica, alquiló la casa á los negociantes ingleses que con motivo de la estación no habían podido hallarla. Al regresar á San Petersburgo siguieron su vida de costumbre.

Por las mañanas Karzof iba á su oficina, maquinalmente cumplía con su obligación, soltaba alguna reprimenda á los escribientes, firmaba y después volvía á su casa.

Nada le parecía haber cambiado, pero algunas veces el piano de Antonia, mudo en la actualidad, parecía oírse en la puerta de la calle; daba un campanillazo y la música cesaba de repente, entonces creía ver á su hija aparecer en la puerta del salón... Otras veces, al entrar en casa con la cabeza baja, ponía su abrigo en manos de *Niania*, siempre serio y grave, luego atravesaba el salón sin mirar á ninguna parte, por más que allí nada le hablaba de su perdida hija.

Iba en busca de su esposa, ésta sentada junto á la ventana, hacía medias de abrigo para su esposo y

su hijo, Karzof se sentaba á su lado. Lanzando un suspiro que lo mismo podía ser de dolor que de cansancio y siguiendo una costumbre que databa de treinta años, pedía le contasen cuanto sucedió durante su ausencia.

¿Qué decirle? No pasaba nada. Antes la casa estaba llena de movimiento y de vida. Las amigas de Antonia y sus hermanos iban y venían sin cesar, no había día en que no sonase diez veces la campanilla. Ahora Juan huía de aquella casa triste, llena de recuerdos dolorosos, y excepto de noche apenas estaba en ella. Más de una vez se censuró el joven dejar solos á sus padres; pero no le gustaba estar á su lado, la vista de su pesar en vez de enternecerle sublevaba su ánimo.

—Fué culpa de su necedad—decía—de su amor propio ciego la pérdida de Antonia.

Y la compasión huía por completo de su alma.

Juan era de los que no comprenden los errores de la ignorancia. La educación que había recibido y su talento natural le ponían muy por encima del nivel de sus padres. No se engreía, pues tenía bastante talento para no demostrarles su superioridad intelectual; pero no comprendía las debilidades y las imperfecciones de una sociedad menos inteligente; á lo sumo podía disculparlos, pero no compadecerlos.

Pasado el primer período de dolor, la señora Karzof empezó á agitarse; no podía soportar la idea de caer en falta; su amor propio que en toda su vida se puso á prueba más que en circunstancias de poca monta, no podía soportar la idea del error más insignificante. Reflexionó durante algunas semanas devanándose los sesos sobre la acusación de su propia conciencia, y á fuerza de buscar, halló era otro el culpable de la muerte de Antonia.

Una noche, después de comer, estando los esposos solos en el gabinete del viejo, exclamó:

—¿Sabes que á no ser por culpa de Dournof, Antonia viviría aún?

Karzof movió tristemente la cabeza, su conciencia no era tan elástica, pero tampoco se atrevía á contrariar á su mujer.

—Sí—añadió la señora Karzof.—Dournof tiene la culpa de que hayamos perdido á nuestra hija. El la ha arrastrado á la tumba con su amor; al tener un poco de corazón hubiese comprendido que Antonia no era para él, y en el acto la hubiese dejado en paz... Pero ya lo he dicho antes y ahora lo sostengo, es un busca dotes.

—Antonia no era tan rica, creo que la amaba por ella misma—objetó el anciano con timidez.

—Tú qué sabes—repuso su esposa con vehemente irritación,—al amarla de veras hubiera preferido su felicidad á la suya propia, aconsejándola que hiciese un buen matrimonio, una boda que agradase á todos. Pero no pensaba más que en él, egoísta.

—La amaba—repitió el viejo con dulzura.

—[La amaba, buena razón; yo también la amaba! y por lo mismo quería verla rica y bien acomodada. ¡Que clase de amor puede ser ese que no da más que pesares!

Karzof pensaba que en otro tiempo amó á su esposa con un amor semejante al de Dournof, y que cuando se la dieron, aunque ella no le quería, empezó su felicidad por ser muy egoísta. Pero las ideas del viejo hacía muchos años que no eran muy claras, comprendía que su mujer obró mal, pero faltándole valor para decirselo, siguió sin hablar.

Hacía algunos instantes que *Niania* estaba en el gabinete preparando el te, y la señora Karzof no se fijó en su presencia.

—Dournof ha causado nuestra desgracia—siguió diciendo—su terquedad ha obligado á Antonia á buscar la muerte; es un miserable y un cobarde, sólo le movía el interés.

Niania se detuvo junto á la mesa; clavando sus ojos en la señora Karzof; ésta, impulsada por su cólera, siguió diciendo.

—Quería casarse con Antonia, pero con nuestra bendición; temía que la desheredásemos y sin dote ya no la necesitaba.

—Señora—dijo Niania con gravedad,—usted ofende á Dios.

—¿Eh?—repuso la anciana con asombro no creyendo lo que oía.

—Si usted ofende á Dios calumniando á un inocente. Dournof amaba de veras á Antonia y le propuso huir...

—¡Que le hubiese escuchado, vivirla y yo la hubiera perdonado!—gimió la madre.

—Usted dijo á la pobre santa, que está en el cielo, que su maldición la seguiría por todas partes, si se casaba sin su permiso, y ella así lo creyó; hizo mal, puesto que usted también acaba de decirlo.

La señora Karzof no supo qué contestar.

Su marido oía en silencio, comprendiendo apenas lo que pasaba á su alrededor.

—Usted no es como las demás mujeres—añadió Niania;—grita usted mucho, y después cede ante quien le halaga, ni Antonia ni su prometido tenían un carácter semejante: ofan, se callaban y obedecían aún á su pesar; pero lo que usted exigía era contrario á la voluntad de Dios. Sí, ellos hicieron mal en creerla; debieron haberla desobedecido; pero Antonia era una hija muy sumisa y ha querido morir antes que pecar.

Karzof prorrumpió en llanto, dejando correr las lágrimas por sus mejillas.

—¿Ha dicho usted que Dournof es culpable de la muerte de nuestro corderillo pascual? ¡Esto no es verdad, señora, y usted sabe muy bien que no es verdad! ¡Antonia ha muerto de dolor y por culpa de

usted! Más de una vez dijo que moriría y no la creyeron, fundándose en que también usted dijo lo mismo en otra ocasión; pero el carácter de Antonia era muy distinto, no decía cuáles eran sus proyectos, los cumplía en silencio... ¡Sí, quien ha muerto á Antonia ha sido su madre, nadie más!

—¡Niania, Niania!—gritó la señora Karzof levantándose del sillón.

—No la temo, he llorado tanto que no me importa morir—repuso Niania con dulzura—y además usted no me ha de hacer ningún mal. Pero repito que fué usted quien mató á Antonia.

—¡Fuera de aquí!... ¡Imprudente!—gritó la señora Karzof.—¿Te atreves á censurar á tus amos? ¡Te arrojo de mi casa, vetel!

—Esposa mía—dijo el anciano intercediendo—Niania nos quiere mucho, ha criado á nuestros hijos... No sabe lo que dice, déjala en paz.

—Fuera de aquí—repitió la esposa con irritación.—Eres tú quien ha causado nuestra desgracia, pues arrastraste á una inocente al mal...

—¡Ah, señora!—dijo la criada haciendo la señal de la cruz.—¡Que Dios le perdone lo que dice! Me voy... y lo hago sin ningún sentimiento... Juan ya vuela solo... ¡ay! ahora el nido está vacío... Sí, me voy.

La anciana saludó inclinándose hasta el suelo, á la mujer á quien durante treinta años había servido; después, enderezándose con gravedad, salió de la habitación. Un instante después una camarera que se tomó durante la enfermedad de Antonia, entró para servirles el té.

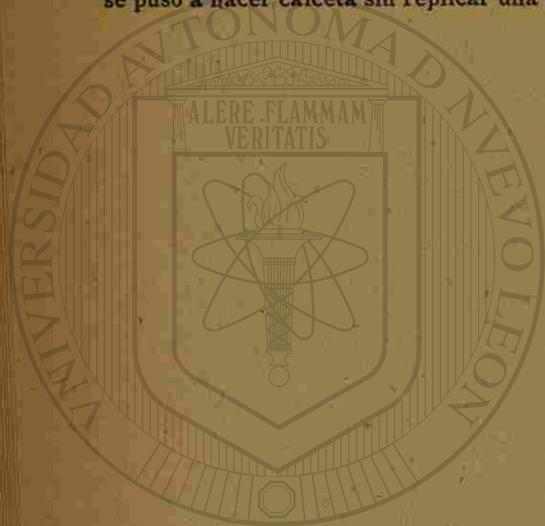
La señora Karzof, más contrariada que irritada, guardó silencio algunos instantes; pero no pudiéndose contener más preguntó:

—¿Dónde está Niania?

—Ha salido.

—¿A dónde?

—No lo sé, señora, no lo ha dicho.  
 Karzof miró á su mujer con aire de reproche, ella se puso á hacer calceta sin replicar una palabra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## XVII

Dournof estaba solo en su habitación; después de un día de rudo trabajo, había separado los papeles que cubrían su mesa y con la cabeza apoyada en las manos y los ojos fijos en el techo, parecía soñar.

Era la hora que otorgaba á sus recuerdos, después de pasar el día ocupado en sus quehaceres, estudiando los asuntos, preparando las defensas de sus clientes.

Durante aquellos días abrasadores del estío, tan tristes en la ciudad, una oleada continua de carruajes arrastraba á los paseantes hacia las islas, que rebosaban de verdura y fresco; pero Dournof no iba á ver la puesta del sol, como es costumbre en esta época; permanecía en su casa, solo, concentrado en sus pensamientos, recordando las semanas, durante las cuales apuró la copa del placer y la amargura junto á la mujer que había perdido. El lejano rodar de los carruajes sobre el puente Troïsky, formaba un sordo acompañamiento á la melancolía de sus ideas, no estaba bien más que durante la noche; cuando cesaba el ruido y el oriente se teñía con una franja roja anunciando la próxima salida del sol, entonces se metía en el lecho.

Después del primer período de dolor, Dournof, siguiendo la marcha común de los sentimientos humanos, llegó á ese período de tristeza en el que se halla cierta voluptuosidad engolfándose en los re-

cuerdos más desgarradores; se complacía en imaginarse á Antonia agonizante, trataba de recordar su postrer mirada, tan tierna y llena de desesperación, con que aun le buscaba, en tanto que la muerte empezaba á cernerse sobre ella; engolfábase el joven en tan fúnebres imágenes, mientras su corazón se oprimía de dolor. Entonces creía acercarse á la mujer amada á la mártir que sucumbió por su amor.

Los rayos del sol habían desaparecido de aquella habitación, el polvo leyantado durante el día iba reposando con lentitud sobre el marco de la ventana. Oyó sonar la campanilla, y, sin moverse, maldijo al importuno que le distraía.

Después de un corto silencio la campanilla volvió á sonar. Dournof vaciló, hizo un movimiento para levantarse, pero le costaba trabajo abrir la puerta á un importuno que vendría á distraerle con preguntas necias, y volvió á apoyar la cabeza entre sus manos. Un nuevo campanillazo dado con mucha fuerza, le hizo estremecer. A pesar suyo se levantó para ir á abrir.

—*Niania!* —exclamó viendo á la anciana. ¿De dónde vienes? Entra, entra... Siéntate y dime qué quieres. ¡Ah cuánto me alegra verte!

Se calló, abrumado por sus ideas. Amaba con sinceridad á la anciana que fué una verdadera madre para Antonia. Sus severas palabras le inspiraban respeto. Ella era quien compartió las últimas plegarias con Antonia, sus rugosas manos amortajaron el cadáver, sus ojos velaron la agonía llorando sobre el ataúd, aquella mujer era para él todo lo que le quedaba en la tierra del ser amado; en cambio los padres de Antonia no eran nada.

—No me sentaré —dijo *Niania* de pie ante él; —tengo un favor que pedirte y los favores no se piden estando sentado.

—¿Un favor? ¡todo lo que quieras! —repuso Dour-

nof—No soy rico, pero puedes disponer de todo cuanto poseo.

—No es dinero lo que necesito, ni nada semejante. He venido á pedirte si quieres que sea tu criada.

—¿Mi criada?—preguntó el joven con extrañeza.

—Sí, tu criada hasta mi muerte, que no ha de tardar mucho. No quiero sueldo, tengo bastante ropa, sólo te pido el pan y la sal.

—Sí, de muy buen grado, pero ¿por qué? ¿Es que no quieres continuar en casa de Karzof?

—Ella me ha despedido, me ha arrojado. Dice que tú y yo somos los culpables de la muerte del pobre ángel. ¡Después de esto ya no es posible estar á su lado!

*Niania* terminó la frase con un indefinible ademán de amargura.

Dournof la miró leyendo en los ojos de la anciana un profundo resentimiento contra sus amos. Toda la fidelidad que los rusos suelen tener para sus amos la había reconcentrado en Antonia, y ésta se la llevó á su tumba.

—Ven á mi casa—replicó Dournof con bondad.— Ven y hablaremos de ella. Solamente nosotros la amábamos...

*Niania* cogió la mano del joven llevándola á sus labios antes que él pudiese retirarla.

—Tú eres mi amo, voy á decir en la otra casa que estoy á tu servicio. Volveré mañana. ¿Puedes alojarme?

—Allí—dijo el joven abriendo la puerta de un cuartito en el que solía poner su ropa y varios libros.

—Es bueno para mí. Ya verás lo bien que te cuidaré.

Sin cambiar más palabras *Niania* se marchó. Al siguiente día volvió trayendo todas sus ropas, instalándose en la casa del joven.

—¿Qué te han dicho?—le preguntó Dournof con cierta curiosidad.

*Niania* hizo una mueca de desdén.

—Que era una ingrata, una perversa, una miserable... El viejo lloraba, por él me hubiese quedado, en cuanto á ella no la quiero ver.

—Sin embargo, es muy digna de compasión—objetó Dournof.

—¡Por su culpa! ¡Tanto peor para ella!—replicó la anciana con ira.—¿No sufrimos todos por su culpa? pues que sufra también ella. Esto es muy justo.

Dournof no volvió á ver á los Karzof; poco tiempo después el viejo tomó el retiro, y moría seis semanas más tarde de aburrimiento más que de dolor. La señora Karzof, abrumada por los remordimientos cuya responsabilidad no quería admitir, siempre en lucha consigo misma, siempre irritada contra los demás, se retiró al lado de una parienta que tenía en provincias.

Sólo Juan, conservaba la amistad de Dournof y el cariño de la vieja. De vez en cuando iba á verles y pasaban juntos una hora saboreando la amargura de los recuerdos; pero obtuvo una colocación en provincias y Dournof y la criada se quedaron solos, para librar la gran batalla de la vida, en la que era preciso morir ó vencer.

## XVIII

Dournof no era de los que sucumben con facilidad; una naturaleza fuerte, unida á una firme energía, le daban el valor necesario para sufrir todas las contrariedades. Tuvo días de miseria, pues durante la enfermedad de Antonia gastó su pequeño capital; la criada y él más de una vez comieron solamente un puñado de harina de avena adquirida á crédito; pero el pan amargo del trabajo estéril, lejos de debilitarle pareció redoblar sus fuerzas. Durante el periodo de prueba, comprendió *Niania* no haberse equivocado al elegir á Dournof por amo y cada día le amaba más.

La labor constante vence todos los obstáculos; esta era la máxima de Dournof y con ella venció. Diez y ocho meses después de la muerte de Antonia un proceso famoso dió á conocer su talento, y como sucede con frecuencia, el que el día anterior era un desconocido, se transformó en hombre célebre. Las consultas vinieron de todas partes, el ministerio de Justicia le hizo proposiciones y sin poder imaginarse cómo, se halló nombrado juez. Muchos fueron los envidiosos que decían haberse quebrantado la ley con este nombramiento, pero el ministro tapó á todos la boca diciéndoles:

—Que demuestren tener más talento que él y aun les pondré más altos.

Dournof ya no era un paria, que por pura benevolencia fué recibido en una sociedad superior á su ran-

—¿Qué te han dicho?—le preguntó Dournof con cierta curiosidad.

*Niania* hizo una mueca de desdén.

—Que era una ingrata, una perversa, una miserable... El viejo lloraba, por él me hubiese quedado, en cuanto á ella no la quiero ver.

—Sin embargo, es muy digna de compasión—objetó Dournof.

—¡Por su culpa! ¡Tanto peor para ella!—replicó la anciana con ira.—¿No sufrimos todos por su culpa? pues que sufra también ella. Esto es muy justo.

Dournof no volvió á ver á los Karzof; poco tiempo después el viejo tomó el retiro, y moría seis semanas más tarde de aburrimiento más que de dolor. La señora Karzof, abrumada por los remordimientos cuya responsabilidad no quería admitir, siempre en lucha consigo misma, siempre irritada contra los demás, se retiró al lado de una parienta que tenía en provincias.

Sólo Juan, conservaba la amistad de Dournof y el cariño de la vieja. De vez en cuando iba á verles y pasaban juntos una hora saboreando la amargura de los recuerdos; pero obtuvo una colocación en provincias y Dournof y la criada se quedaron solos, para librar la gran batalla de la vida, en la que era preciso morir ó vencer.

## XVIII

Dournof no era de los que sucumben con facilidad; una naturaleza fuerte, unida á una firme energía, le daban el valor necesario para sufrir todas las contrariedades. Tuvo días de miseria, pues durante la enfermedad de Antonia gastó su pequeño capital; la criada y él más de una vez comieron solamente un puñado de harina de avena adquirida á crédito; pero el pan amargo del trabajo estéril, lejos de debilitarle pareció redoblar sus fuerzas. Durante el periodo de prueba, comprendió *Niania* no haberse equivocado al elegir á Dournof por amo y cada día le amaba más.

La labor constante vence todos los obstáculos; esta era la máxima de Dournof y con ella venció. Diez y ocho meses después de la muerte de Antonia un proceso famoso dió á conocer su talento, y como sucede con frecuencia, el que el día anterior era un desconocido, se transformó en hombre célebre. Las consultas vinieron de todas partes, el ministerio de Justicia le hizo proposiciones y sin poder imaginarse cómo, se halló nombrado juez. Muchos fueron los envidiosos que decían haberse quebrantado la ley con este nombramiento, pero el ministro tapó á todos la boca diciéndoles:

—Que demuestren tener más talento que él y aun les pondré más altos.

Dournof ya no era un paria, que por pura benevolencia fué recibido en una sociedad superior á su ran-

go. Era el señor presidente Dournof, un hombre de talento que había dado pruebas de una sagacidad extraordinaria, así es que todo el mundo se sentía orgulloso de su trato. La alta aristocracia le tenía alguna prevención, pero debía desaparecer con el tiempo.

Con la misma tranquilidad con que soportó los días malos, acogió el joven su nueva situación. El orgullo no entró en él. Siempre al lado de *Niania*, que había gastado la mitad de sus economías en quemar cirios en favor del joven, durante la época de su infortunio, fué á habitar una casa en relación á su nuevo rango; un criado abrió la puerta, una cocinera de Finlandia reemplazó á *Niania* en la cocina, quedando la anciana de ama de llaves; pero el joven conservó la misma sencillez de vida y el mismo despego por las cosas materiales. El duelo que siempre llevaba en su alma le impedía prestar atención á las cosas exteriores.

Durante los días de lucha, al sentirse desfallecer tenía un refugio seguro contra su debilidad. Cuando después de un día empleado en una labor ingrata sentía que los ojos le dolían y la cabeza le zumbaba, emprendía el largo camino de Pargolovo.

Aquel trayecto, cien veces recorrido, le era muy familiar; constituía para él una especie de calvario, aquel camino en el que sostuvo en sus brazos á Antonia casi desfallecida. Era una noche de estío, clara y serena; la luz se extendía por el campo, el joven veía poco á poco sombrearse la atmósfera y bajo aquella semi-claridad de las noches del norte, en donde casi se puede leer, seguía su solitario camino.

El cielo empezaba á sonrosarse por oriente, cuando á las dos de la mañana llegaba Dournof al cementerio; no había obstáculo que le impidiese la entrada, en Rusia no suelen cercarse con tapias los cementerios, pues es muy raro que nadie viole una sepul-

tura, y se detuvo ante la cruz de hierro que marcaba el sepulcro de Antonia.

Allí sentado sobre la losa de piedra, comunicaba á los restos de la que amó, sus pesares, sus desfallecimientos del día anterior... lloraba sin temor sobre aquella tumba guardadora de todas sus ilusiones, y al salir el sol, le parecía que con él volaba el alma de la joven... luego volvía á la ciudad, fatigado, pero con el corazón lleno de consuelo, pues creía haber oído estas palabras pronunciadas por Antonia.

—Trabaja, pues yo lo quiero, y serás un hombre útil á tu patria.

Avergonzado de su momentánea debilidad, Dournof volvía á engolfarse en el trabajo.

En su polvoriento traje, *Niania*, que le esperaba toda la noche, adivinaba el fúnebre paseo dado por el joven, secaba sus cansados ojos, en los que siempre había lágrimas, y al servir el frugal almuerzo decía en voz baja:

—¿Está allí todo en orden?

—Sí—contestaba Dournof.

Le miraba con compasión y lanzando un suspiro redoblaba sus cuidados.

El invierno interrumpió las visitas á la tumba de Antonia, á pie el camino era casi impracticable. Dournof fué algunas veces, pero en trineo.

Dejaba el vehículo en la posada, y solo, pisando sobre la blanda nieve subía á la colina, que dominaba el entonces congelado lago. Aquella peregrinación estaba amargada por la presencia del cochero, alguna vez borracho y siempre grosero maldiciendo el capricho de un señor que en pleno invierno le obligaba á recorrer cuarenta kilómetros por aquellos caminos intransitables.

Dournof esperó á que terminase el invierno para volver al cementerio. Apenas comenzaba á despuntar la hierba, daba comienzo á sus visitas. La suerte

aun no había cambiado para él; pero la presentía; mil detalles insignificantes precursores de la nueva aurora se lo anunciaban. Un día así se lo comunicaba á Antonia puestas de rodillas sobre su sepulcro; le pareció que la muerta le contestaba:

—Sabía que esto tenía que suceder.

Al año siguiente, al recibir su inesperado nombramiento, se quedó sorprendido; durante algunos días le parecía increíble tanto honor. Todo lo que le rodeaba había cambiado de aspecto á sus ojos; y en efecto, los que se le acercaban hablaban con él de un modo muy distinto del de antes, mostrándole un respeto al que no estaba acostumbrado, como si fuesen sus subordinados. Todas esas consideraciones que rodean á los que ejercen un poder, lejos de halagarle, le disgustaban.

—Yo soy el mismo de antes—pensaba—¿por qué han cambiado ellos?

Sin embargo, tuvo que amoldarse á su nueva posición; al entrar en su casa hallaba á *Niania*, siempre la misma; cuando la repentina elevación de su amo, se concretó á felicitarle con toda su alma, pero sus atenciones siguieron siendo las mismas, con su bondad familiar seguía arreglándolo todo, aceptando con indiferencia el cambio de la nueva posición: pero nunca hizo á su amo una reverencia más. Así es que cuando Dournof se sentía molestado por la etiqueta oficial, ibase al lado de la humilde mujer en donde todo era sencillez y bondad.

—*Niania*, ¿estás contenta?—le preguntó una noche al regresar de una reunión, dada en casa de un ministro.

—Estoy contenta—repuso con gravedad.—¿Pero lo estará la difunta!

Dournof enrojeció. Durante aquella velada no había pensado ni una sola vez en Antonia. ¿Acaso no fué ella quien le inspiró valor para elevarse?

Durmió poco, á la mañana siguiente tomó un coche y fué en busca de un jardinero encargándole una magnífica corona blanca.

Una hora después, la corona estaba en su gabinete de trabajo; á pesar de lo riguroso de la estación se habían hallado rosas, camelias, jacintos y lilas de una blancura inmaculada. Dournof contempló algunos instantes su ofrenda, y su ambiciosa alegría desapareció de repente ahogada en un profundo pesar.

¡Qué feliz hubiese sido la joven al permitirle llevar su nombre! Qué alegría tan noble y tan pura hubiese henchido su alma, ¡con qué dignidad no hubiera compartido su suerte!..

Permaneció absorto, no oyendo los pasos de *Niania* que vino á colocarse á su lado.

—¡Pobre niña, es su corona de desposada!—dijo la vieja.

Se inclinó besando con piedad un ramillete de flores de naranjo oculto entre hojas de verdura.

Dournof movió tristemente la cabeza y salió de su casa, llevando en la mano la fúnebre corona, pues no quería confiársela á nadie.

En el momento de subir al coche, un trineo doblaba el ángulo de la calle; envuelto en un abrigo con cuello de plumas de cisne, veíase un lindo semblante sonrosado por el frío, era la hija del ministro. Dournof la saludó al reconocer á Mariana, á la hija de su protector, con quien habló la víspera en la reunión dada por su padre.

El trineo pasó, Dournof pudo meter la corona en el coche y poco después desfilaban ante él las viejas casas, medio envueltas por la nieve del San Petersburgo antiguo, que cubren el camino de Finlandia.

La nieve se amontonaba sobre la tumba de Antonia, el jardinero no cumplía con su obligación.

Dournof se hizo traer una azada, y con sus manos limpió la fúnebre losa.

Concluida aquella operación, colocó en la cruz su débil ofrenda que muy pronto el viento glacial debía destruir, luego contempló el monumento funerario.

Aun no hacía tres años que vió encerrar en él todo lo que amaba; inclinado sobre aquella fosa, se dijo que la vida ya no tenía para él razón de existir, que esperaba muy pronto la muerte... sin embargo había vivido. ¡Y el abismo que separaba al pobre diablo, rechazado por una familia de la clase media, se había trocado en el respeto de todos! Tres años bastaron para realizar semejante obra.

Dournof pensó que sin la obstinación de la señora Karzof, ahora hubiese podido pedir á Antonia, que lejos de rechazarle, la familia hubiera considerado esta petición como un honor, y entonces sintió compasión de la vanidad humana.

Además, otra idea cruzó por su mente, ahora cualquier familia le admitiría en su seno, el mundo se abría ante él.

—Tú te casarás—había dicho Antonia. Aquel pensamiento que entonces no pudo aceptar se presentaba ante su imaginación bajo una nueva fase. En efecto, necesitaba casarse, pero no entonces, lo más tarde posible. Se casaría por conveniencia, para fundar una familia, para tener hijos.

—¡Ah, querida Antonia!—suspiró pasando sus labios sobre el helado granito—será un sacrificio cruel, pues yo no puedo amar á nadie más que á ti!

Regresó pensativo á la ciudad. Eran las cuatro, comenzaba á anoecer, el alegre bullicio que precede á la hora de comer, el brillo de las luces; todo el movimiento de una ciudad lujosa y amante del placer, dió un nuevo curso á sus ideas. La vida social había puesto sus garras sobre él. El pobre estudiante sin fortuna ni porvenir podía descuidar las apa-

riencias; el presidente Dournof no debía hacerlo. Entró en su casa, y después de comer se fué á la ópera.

Por fortuna aquella noche no ponían en escena *Lucia*, obra de tan fúnebres recuerdos para él. Una compañía muy aceptable cantaba el *Don Pasqual*. Los entreactos son largos; pues la ópera es corta y no es cortés despedir al público antes de las diez y media.

Durante un entreacto Dournof paseaba sus gemelos por la platea; vió en su palco al ministro de Justicia y le hizo un saludo respetuoso que le fué devuelto, acompañado de un ademán de invitación.

Dejó su localidad para ir al palco.

No era el único que había ido á saludar á su excelencia. Por más que Dournof era muy joven, su protector le distinguía mucho.

—Y bien, señor Dournof,—le dijo con benevolencia—hemos venido para ver su corona de usted, pues supongo que estará en el teatro.

—Perdón, excelencia, no comprendo... ¿A qué corona se refiere?

—La que usted sostenía esta mañana con tanto trabajo, y al verle aquí esta noche pensé que estaba dedicada á la Patti.

La hermosa Mariana, sentada junto al antepecho del palco, dejó de mirar el salón para fijarse en el presidente. Un hombre que ofrece una corona de quinientos francos á una cantante siempre es un tipo interesante.

Dournof palideció, haciendo un ademán hacia atrás.

—Perdone, excelencia; pero esa corona la he llevado al cementerio de Pargolovo, á la tumba de mi prometida, muerta hace tres años.

Semejante contestación hecha en voz muy baja, sólo debía haberla oído el ministro; sin embargo,

contra todas las leyes de la acústica, llegó á los oídos de Mariana, pues indicando al presidente una silla vacante que estaba á su lado le dijo:

—Siéntese usted, señor Dournof.

El ministro, que era un buen hombre, le dió sus excusas; tampoco él había nacido en las gradas de un trono. Su origen era tan modesto como el de Dournof, á sus propios méritos debía la actual posición que ocupaba, pero menos afortunado en sus comienzos llegó á ella en edad relativamente avanzada, faltándole en parte ese tacto social, que poseen las personas acostumbradas á frecuentar la alta sociedad; de no ser así no hubiese hecho al joven una pregunta que bien se puede calificar de indiscreta.

Aquella escena terminó invitando al joven á comer el próximo lunes, invitación que fué aceptada con agrado.

Durante el tercer acto, los gemelos de Mariana buscaban en vano á Dournof; éste había salido del teatro.

## XIX

—¡No sabes una cosa, querida mía; hay un hombre que es capaz de llevar flores á su prometida, muerta hace tres años! ¡Esto es una novela, mucho más un sueño! ¡Estas cosas casi nunca suelen ocurrir!

—¡Lienes razón, Mariana, no suceden!—repuso su amiga Vera—yo tampoco creo una palabra de semejante historia.

—Pero entonces ¿que ha hecho de las flores?

Vera hizo una mueca significativa.

—Flores—exclamó.—¡Vaya una cosa difícil de colocar! Sobran en San Petersburgo mujeres de todas clases dispuestas á aceptarlas.

—Un ramillete de flores, sí. ¡Pero una corona y además blanca!...

—El hecho es—repuso Vera—que una corona blanca no se puede ofrecer más que á una persona á quien se adora en secreto y puesta sobre un pedestal más alto que la columna de Alejandro.

—Vamos, Vera, tú te burlas; pero no está bien, máxime cuando ves que la cosa me interesa.

—¡Oh; si Dournof te interesa, no diré una palabra, puedes estar segura de ello.

—Sí me interesa, esa fidelidad de perro, creo que no existe más que en las novelas.

—¡Ba! esas cosas son de buen tono y hacen á un hombre interesante.

—¡Canastos!

Mariana, escandalizada de su propia frase, se levantó y se puso á pasear por su gabinete, sitio donde las jóvenes conversaban sin testigos.

—La prueba de que eso hace á un hombre interesante es que tú ya te ocupas de ese caballero, de no ser así no te hubieses ocupado de él. ¿Es arrogante su figura?

—No lo sé—dijo Mariana titubeando.

—¿Se le puede ver?

—Esta noche viene á comer con nosotros.

—Muy bien; entonces yo vendré á tomar te. Tengo curiosidad por ver á un ser de carne y hueso que guarda un recuerdo desde hace tres años. ¿Cómo se llamaba esa joven?

—No lo sé y quiero saberlo—dijo Mariana con resolución.

—Yo también lo quiero saber, y lo sabré, puedes estar tranquila.

—¿Cómo?

—Muy fácil, en la cancillería hay un ujier viejo que lo sabe todo; dándole el nombre de Dournof le bastará para saber lo demás.

La señorita Vera era hija del auxiliar del ministro, cargo oficial desconocido en Francia, pero muy buscado en Rusia, pues con muy poca responsabilidad da mucho poder y permite que desarrolle sus iniciativas quien lo ejerce.

Vera, al irse, encargó á su amiga cuidase mucho su tocado.

Mariana la despidió con una mueca y al quedarse sola se sentó ante el espejo, y llamando á su camarera, dió principio á su tocado.

Mariana era una hermosa rubia de diez y siete años, de cutis nacarado, sus ojos parecían flores de lino, pequeña de estatura; pero arrogante, de movimientos vivos como la ardilla. Su madre, y no sin razón, la bautizó con el apodo de *movimiento continuo*.

La hija de un ministro está siempre rodeada de adoradores, aun cuando sea tonta y tan fea que cause horror; siendo una de tantas, Mariana hubiese sido festejada por sí misma, por su gracia, su buen humor y hasta por sus coqueterías y defectos. Muchos eran los aspirantes á su mano; pero Mariana los tenía á todos á igual distancia.

A la vez que revolvía los cajones para encontrar un traje de su agrado, se puso á meditar con seriedad, según ella, y sus pensamientos se fijaron en Dournof.

Una fidelidad de tres años era cosa que no había visto ni en las novelas, pero el héroe existía, le había visto y volvería á verlo.

Mariana se forjó en seguida una novela representándose á los dos amantes. El había visto á Antonia en una fiesta y se sentó á su lado, pidió su mano y se la concedieron; la víspera de la boda una enfermedad terrible ó un accidente arrebató á la novia y el inconsolable novio consagró toda su ternura al recuerdo de su felicidad...

—La mujer que él ame, lo será de veras— penso la joven.

Una segunda reflexión siguió á esta.

—¡Será fácil luchar contra semejante recuerdo!

Vino después una tercera reflexión y no menos lógica que las dos anteriores.

—¡Qué gloria para la que logre borrar ese recuerdo y sustituir á la muerta!

Un último pensamiento puso fin á la serie.

—¿Es que sería muy difícil?

Indudablemente era muy difícil. Mariana dejó de revolver los cajones para hundir sus dedos en el espeso cabello que caía sobre su frente. Luego, colocándose ante el espejo, se puso un traje sencillo que le sentaba muy bien. Ya tenía su plan formado.

Durante la comida, que materialmente presidió la

señora Mérof y en realidad su hija, Dournof no se fijo más que en los hombres eminentes que allí estaban reunidos. Era para él cosa demasiado nueva y muy importante entrar en relación con personalidades ilustres á las que sólo conocía de nombre. Pero al terminar la comida, cuando los hombres se dispersaron, el joven, un poco fatigado por la tensión de su espíritu, fué á sentarse en el magnífico salón de la casa.

Admiró los cuadros, el hermoso mobiliario, la elegancia de algunas mujeres amigas de la señora Mérof, y sus ojos acabaron por fijarse con placer en la señorita Mariana, que estaba sentada ante él, á poca distancia.

La joven casi le volvía la espalda; pero le estaba observando con el auxilio de un espejo; por su parte él no podía verla más que cuando ella volvía la cabeza y no le faltaban ocasiones para volver á cada momento su hermoso semblante. Los cabellos peinados cuidadosamente ondulaban sobre la frente de la joven; el escotado traje dejaba ver unos hombros tersos y bien modelados, de su cuello pendía solo una pequeña cruz de oro.

—¡Es muy hermosa la hija del ministro! —se dijo Dournof; después no volvió á pensar en ella. Al cabo de un instante sus ojos volvieron á fijarse en la joven y añadió. — Es una niña encantadora.

Como si Mariana hubiese adivinado su pensamiento se levantó con gracia: su petulancia habitual casi había desaparecido; andando como un pajarito se acercó á Dournof diciéndole con tierna humildad:

—¿Nos dispensará usted, caballero?

—Perdone usted... no comprendo... señorita, creo no tener nada que dispensarles...

—¡Oh sí! —repuso la joven— mi padre y yo le hemos molestado á usted la otra noche en el teatro... ya lo comprendí... ¡Si supiese usted cuánto lo he sen-

tido!... Hay recuerdos que son sagrados hasta para los extraños... espero que usted comprenderá que sólo cometimos una ligereza.

En un principio Dournof, por tratarse de sus recuerdos más queridos, frunció las cejas; pero eran tan dulces las frases de la joven, ponía en ellas tanta ingenuidad que no le fué posible reprimir una sonrisa.

—No merece la pena que hablemos de eso.

Precisamente esto era lo que no entraba en los cálculos de Mariana, quería hablar y para ello eligió un nuevo sistema.

—¿En dónde compró usted aquellas flores tan hermosas? —le preguntó.

Dournof dijo el nombre del jardinero.

—¿Supongo que aun llegarían frescas? ¿Fué usted muy lejos?

—A Pargolovo —repuso Dournof casi á la fuerza. Le parecía una ofensa hablar, en aquel salón iluminado, de la tumba de Antonia con una joven casi desconocida, que lucía su traje de baile. Pero hacía algún tiempo que todo era extraño á su alrededor.

—¡Tan lejos y con tanto frío! Eso le honra á usted, caballero.

No sabiendo qué responder, Dournof miró á su interlocutora, ésta fijó sobre él una mirada de admiración y de piedad. Una de esas miradas con las cuales una mujer declara hallar muy digno de su atención al hombre con quien habla.

—¡Es una buena muchacha, muy linda!... ¡Cuánto candor! —pensó Dournof.

En aquel momento era verdad la candidez de Mariana, pues procedía de buena fe, sintiendo en realidad por aquel joven que tanto había sufrido una tierna compasión. Ante todo quería saber su historia y aun ignoraba el modo de lograr su deseo: pero en aquel instante estaba dispuesta á todo; hasta sufrir

las reprimendas de su madre por hablar tanto tiempo con un hombre al que apenas conocía.

—Es usted muy feliz, caballero—dijo Mariana lanzando un suspiro.

Dournof la miró con asombro; no sabía que su felicidad fuese tanta que produjese envidia á una joven rica y de elevada posición.

—¿Por qué?—exclamó con sorpresa.

Mariana se levantó sin contestarle y se fué.

Dournof se preguntó qué podía significar aquello, reconociendo que no le era fácil descifrarlo. Aquella frase lanzada por Mariana fué á grabarse en su imaginación.

—¿Por qué soy feliz?—se preguntó al regresar á su casa. Esta pregunta irritante, puesto que era un enigma, se presentó en su imaginación durante los días sucesivos.

Por su parte Mariana se decía contemplándose al espejo:

—¡Me parece que el asunto no será tan difícil como creí.

## XX

A la mañana siguiente, la señorita Mérof acababa de sentarse al piano al que todos los días daba algún martirio, cuando llegó su amiga Vera con aire de triunfo. Después de cambiar amistosas caricias las jóvenes, se sentaron en una marquesina, lejos de la puerta y por lo tanto de oídos indiscretos.

—¡Lo sé todo!—murmuró Vera al oído de su amiga.

—¡Yo también!—dijo Mariana con la mayor candidez.

Vera agitó un dedo ante su nariz un poquito arregada, significando con aquel ademán:

—¡No seré yo quien lo crea!

Mariana se puso á reír y tirando á su amiga de la cadena del reloj que le colgaba fuera del cuerpo le dijo:

—¡Cuéntame lo que sepas!

Vera, orgullosa de su ventaja, tomó el aspecto de un bardo oriental.

—Pertenece á familias humildes, pero honradas; se han amado durante dos años...

—¡Dos años!—exclamó Mariana levantando al cielo la cabeza.—¡Pero hay quien sea capaz de amar dos años!

—¡Dos años!—repitió la joven sin desconcertarse.

—Ella pertenecía á la media nobleza.

—¿Su nombre?

—La señorita Karzof.

—Ese me es indiferente. Quiero saber el de pila.

—Lo ignoro. Mi cicerone no me ha dicho tanto.

—Los padres de la señorita Karzof querían un yerno rico y de elevada posición; negaron la mano á ese... ese arrogante joven.

Vera miró á su amiga con el rabillo del ojo, Mariana no pestañeó.

—La joven, que parece le amaba con locura, hizo todo lo posible para coger una tisis galopante.

—¡Oh Dios mío! —exclamó Mariana estremeciéndose.—¿Y ha muerto?

—Murió tres meses después; los padres ya habían consentido en el matrimonio de los amantes, pero, como es natural, cuando ya no había remedio.

—¡Eso es una novela! ¡Una cosa imposible! ¡Eso no sucede nunca! —exclamó Mariana con tristeza dejando caer sus manos sobre las rodillas.

—¡Sin embargo, ha sucedido! —objetó Vera!

—¡Cómo debe amarla!.. ¡Ah, cuán difícil debe ser!

—¿El qué?

Mariana movió la cabeza sin responder.

—¿Supongo que no tratarás de divertirme tentando á ese pobre viudo? —dijo Vera.

—¿Por qué no? —la joven pronunció con entusiasta energía estas palabras.

—¿Por qué no —repitió— he de intentarlo? Ese pobre viudo sin ser casado no conoce más que las amarguras de la vida. ¿No sería una obra útil y noble hacerle conocer las dulzuras?

—¿Es decir que te casarías con él?

—¡Sí! —exclamó Mariana con orgullo, y quién sabe si también con coquetería.

Vera se calló mirando al suelo con preocupación.

—¿Y tus padres, lo consentirían?

Mariana hizo un ademán de indiferencia.

—El ejemplo de la otra... de la señorita Karzof ha de servir de algo —repuso en voz baja.

—¿Pero y si él no te quiere? ¿Si el recuerdo de la que fué su prometida es más fuerte que tú?

La joven hizo un nuevo ademán de indiferencia y se miró en el espejo que tenía enfrente. Su deliciosa imagen le hizo sonreír con orgullo.

—¡Ba! —dijo Vera levantándose— antes de dos días ya no te acuerdas de él.

—Pues bien, yo te prometo que antes de seis semanas será mi novio.

—¡Qué ideal! ¡Eso es imposible! La señorita Karzof era una joven seria; un poco exaltada... Dicho sea sin ofenderla, tú eres todo lo contrario. Como puedes intentar semejante cosa...

La oposición excitaba más el voluntarioso y frío carácter de Mariana. Hizo un ademán de cólera.

—Antes de seis meses seré la señora Dournof.

Vera se puso á reír.

—Antes de seis meses —replicó— me casaré con el viejo general Boum.

El citado general, cuyo nombre era Antropof, soltero empedernido, sin un brazo y una oreja que le quitaron de un cañonazo en el sitio de Sebastopol, era una especie de *coco* para los niños de cinco á siete años.

Las dos amigas, prorrumpiendo en carcajadas, raticaron cien veces sus intenciones, luego se pusieron á tocar el piano.

Sus obligaciones hacían que Dournof fuese con frecuencia á casa del ministro, el cual le había cobrado afecto; la buena señora Mérof, que supo la triste historia de su primer amor, le acogió amistosamente; pero sin ninguna intención ulterior. En todas partes donde le recibían, en ninguna era con tanta cordialidad como en la casa del ministro; iba á

ella muy á menudo y la víspera de la fiesta de Reyes se halló en medio de una sociedad de gente joven y alegre, invitados á sacar las suertes del nuevo año.

La señora Mérof había reunido todos los recuerdos de su juventud y los de una criada alemana, para hallar nuevas suertes que le sirvieran de consulta, formando así una abundante colección de supersticiones. Nada faltaba: el plomo fundido, las cáscaras de nuez, un enorme alfabeto colgado de un bastón para buscar las iniciales, no sin que antes vendasen los ojos al preguntón para que las buscara á ciegas.

Los jóvenes se reunieron muy temprano, pues aquella noche iban á debatirse muchas cosas ocultas; más de un tímido enamorado espera, para hacer su petición, que la suerte, consultada con habilidad, le hiciese suponer le sería ó no favorable. ¡En efecto, es fácil ayudar un poco al indeciso destino! Se levanta un poco la venda para no equivocarse al buscar la mayúscula... Y el destino alguna vez suele ser clemente con quien le consulta.

Se empezó por bailar; pero el baile no era cosa que agradara aquella noche, todos esperaban con impaciencia que llegase el momento de las consultas.

A las once, bajo la presidencia de la señora Mérof, empezaron los juegos, se hizo traer un barreñón de plata de cerca de un metro de diámetro, lleno de agua, en unión de una bandeja llena de cáscaras de nuez doradas, una mitad de las cáscaras tenían una candelita de cera color rosa y las restantes de color blanco. Estas representaban á los caballeros, las otras á las señoras.

Cada cual tomaba una cáscara escribiendo su nombre con lápiz en un pedacito de papel, que se arrollaba y ponía en la cáscara; luego se puso todo aquella flotilla sobre el agua, encendiendo antes las

velitas; la señora Mérof, con un bastón de marfil, agitó tres veces el agua y las débiles embarcaciones se balancearon.

Era un espectáculo curioso ver tanta cabeza juvenil inclinada sobre el recipiente; eran una docena de muchachas é igual número de jóvenes. Como madre prudente, la señora Mérof escogió con cuidado á los últimos. Aquellos juegos concluían con frecuencia al pie del altar. Pero la relativa libertad con que en Rusia se deja á las jóvenes autoriza esta clase de diversión, que bajo la vigilancia de una madre inteligente no podía ser peligrosa.

Cabezas rubias ó morenas, alumbradas en su parte inferior por la luz de las candelitas, seguían con atención las menores oscilaciones de las cáscaras que debían terminar por abordarse entre sí. Como cada cual seguía la suya con los ojos, tratábase de averiguar si la casualidad reuniría á los indiferentes ó á los amigos.

Cada vez que una candelita rosa abordaba á una blanca se oían risas y exclamaciones alegres. La señora Mérof, á la dorada flotilla unió otra plateada llevando á su bordo los nombres de los héroes y las heroínas famosas en la historia. Aun duraban las risas cuando una embarcación se acercó á otra de igual color, pero al cabo de un instante Mariana declaró que aquello no era serio y que los héroes y las heroínas no hacían más que estorbar, y con mano ágil uno tras otro los fué sacando del agua. El juego empezó otra vez y la asamblea redobló su atención.

A las dos ó tres vueltas la casualidad vino á dar razón á los comentarios que durante el invierno corrieron de boca en boca. La barca de un alférez de navío fué á tropezar con la de una prima de Mariana, y ninguno de los dos pudo sustraerse á las bromas de los demás.

Hasta entonces, Mariana había visto su cáscara

bogar solitaria. Cuando las barcas abordadas se retiraron dejando más espacio á las restantes, apoyó sus manos sobre el borde del recipiente mirando la maniobra con más atención.

En el centro flotaba una cáscara grande llevando á popa la bandera del general Boum, iba á abordar la de Mariana, la joven levantó los ojos viendo á Vera que se sonreía con malicia. Con rápido ademán sumergió la mano en el agua y su nave, rechazada con violencia, fué al otro extremo tropezando con una cáscara que estaba sola.

—¡El señor Dournof!— exclamó burlescamente Vera.

—¡Eso no es legal!— protestaron dos ó tres voces —hay que separarlas.

—¡Yo no quiero al general Boum!— exclamó Mariana con entonación de niña mimosa, volviendo hacia Dournof su coloreado semblante.

Su respuesta desarmó á los descontentos; quitaron el recipiente para cambiar de diversión. Dournof presenciaba aquellos juegos con sonrisa de filósofo indulgente, aunque joven tenía muy poco de tal. El trabajo asiduo, absorbiendo sus mejores años, le hizo tener muy poca afición á la vida social. En otro tiempo le gustaban las fiestas, pues en ellas podía hallar á Antonia. Pero desde que la mártir dormía el sueño eterno en el cementerio de Pargolovo huía de la sociedad joven, tanto como buscaba la de los hombres de edad é instruidos en la cual pudiese aprender algo.

La sociedad que antes frecuentó sólo tenía un poco de semejanza con la de ahora, ignoraba ese lujo refinado, ese gusto completo que reina ahora en las casas ricas; las seducciones á que apelan las mujeres; á pesar del buen gusto de Antonia, siempre vió en sus trajes algo de mezquino impuesto por su madre. Aquí las ropas más caras no eran aquellas

donde los terciopelos y las sedas se derrochan, el arte con que estaban hechas revelaban la mano hábil que sabía hacerse pagar bien.

Nunca había visto tratar con mayor desprecio el satén y los encajes; en la manera de arrastrar el *chantilly* de un volante se conocía en el acto á la burguesa enriquecida ó á la gran señora. Los volantes de la burguesa podrían ser más hermosos, pero los trataba con cuidado; la señora no hacía caso de ellos. En medio de esa sociedad elevada hay otra que puede calificarse de *kecha de pronto*. Dournof iba adivinando poco á poco, y también aquel lujo penetraba en su espíritu de un modo gradual, como si estuviese predestinado para él.

La vivacidad con que Mariana apartó la cáscara del general Boum le hizo sonreír como á los demás. ¡Pero aquellas niñerías qué significaban para él! ¡A los veintisiete años de edad se veía muy por encima de todas aquellas pequeñeces! Sin embargo, la suerte unió más de una vez su destino al de Mariana. Los sortilegios también tienen su malicia, especialmente cuando una mano caritativa viene en su auxilio.

Esa mano era la de Vera. Sea por burla ó por ese instinto de casamentera innata en las mujeres, procuraba no separar la suerte de Dournof de la de su amiga, no perdiendo la menor ocasión de hacerlo.

Las mejillas de la señorita Mérof seguían luciendo los colores más vivos; en la contemplación de las suertes seguía mostrando una vivacidad alegre, ocultadora de un poco de ansia. Por último, á la conclusión de la velada, cogió una especie de baraja en la que estaban escritos varios nombres y las fué distribuyendo entre la concurrencia. A medida que las iba repartiendo, las risas la seguían, pues había mezclado los nombres de los dos sexos, distribuyéndoles de un modo burlón.

Al llegar ante Dournof la joven miró con rapidez

las últimas cartas, la que llevaba su nombre la había puesto debajo. Al querer tomarla hizo caer una y Dournof se bajó para recogerla...

—No,—le dijo la joven,—tome usted esta.

Cogió la que le presentaban leyendo en alta voz:  
Mariana.

—¿Qué dice la que se ha caído?—preguntó uno de los dos concurrentes al que estaba á su lado.

Este se bajó para recogerla, leyendo:

—Antonia.

Dournof palideció; rendido por la emoción, dejó caer los brazos. Mariana adivinó lo que le sucedía.

—Le pido á usted perdón—le dijo en voz baja—ignoraba el nombre de la carta.

Antes que el joven recobrase su sangre fría Mariana continuó el reparto haciendo brotar de todas partes exclamaciones irónicas ó de alegría.

Se rompió el círculo y antes de la cena se bailó una mazorca, renaciendo la jovialidad por todas partes.

Dournof no bailaba y se fué á refugiar al ángulo más obscuro del salón; allí, cubriéndose los ojos con la mano, pensaba en el cementerio, en las flores que ya hacía tantos días debió haber helado el viento del invierno, notando que desde su encumbración había abandonado mucho la tumba de Pargolovo. Una sombra se detuvo ante él haciéndole levantar los ojos.

—Caballero, tengo la mano desgraciada y usted debe odiarme—le dijo Mariana.

No, no la odiaba, Dournof, la admiraba; aquella gracia loca y sencilla, aquel candor virginal lleno de seducciones, no podían inspirarle odio.

—Sin embargo,—añadió la joven sentándose á su lado mientras su madre la creía vigilando los preparativos de la cena;—le aseguro que su pesar me ha emocionado... Sí, he sido curiosa y muy culpable...

he sabido cuán digna era *ella* de su amor de usted y comprendo cuán grande ha de ser su dolor... sin embargo, usted es joven, aun puede haber en la vida alegrías para usted... no le faltan buenos amigos que le quieren, ¿acaso es cuerdo vivir lejos de todas las alegrías?... ¿es que obedece usted la voluntad de la muerta?

La voz de Mariana estaba tan llena de ternura, sus ojos expresaban tanta compasión, que Dournof le repuso:

—No, *ella* nada me ha prohibido.

—¿Le permitió que amase á otras, crearse una familia?

—Me lo ha mandado.

El silencio siguió á esta contestación. Después la melodiosa voz de Mariana, tan ligera como un soplo, murmuró:

—Su esposa ha de ser muy feliz, puesto que usted sabe amar.

Desapareció, dejando al joven lleno de una nueva emoción que no sentía hacía mucho tiempo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

XXI

El amor es comunicativo. Hay en las palabras y en los actos de un corazón amante una especie de magia á la cual nadie puede resistir si no tiene algún lazo que le proteja. Dournof carecía de protección, indudablemente el alma de Antonia cesó de velar por él, pues le dejaba indefenso, y poco á poco Mariana iba ocupando su sitio.

No era un amor grave y mesurado como el que sintió por su querida muerta; era la embriaguez á que paulatinamente se iba apoderando de su ser. La voz, el traje de Mariana, sus rubios cabellos que flotaban en caprichosos bucles, el roce de sus finas manos, la gracia de su magnético mirar, sumiso y fiel como el de un perro de caza, todo esto seducía á Dournof haciéndole perder la cabeza.

Al regresar del ministerio sentábase en el sillón al lado de la mesa, en donde había un retrato grande de Antonia, permaneciendo pensativo; pero sus miradas, que antes se fijaban en aquella imagen para pedirle fuerzas y perseverancia, huían ahora. Pensaba poco en la fuerza moral, en la virtud cívica. Mariana poco á poco iba derramando en su ser el veneno que hizo dormir á Anibal las dulzuras de Capua.

Niania, cada vez más grave y triste, pronto notó ese cambio; durante la noche esperaba á su amo, el que la hallaba en su propia habitación, á donde iba ella á dar una última mirada, lo mismo que hacía an-

tes con la de Antonia; los cuidados de la anciana nada habían perdido de su asiduidad, pero una especie de triste resignación se revelaba en ella.

Una tarde que Dournof regresó antes que de costumbre se atrevió á hablarle.

—¿Es verdad que el ministro tiene una hija?—le preguntó.

—Sí—repuso el joven evitando la mirada que le dirigía.

—Dicen que es muy hermosa.

—Es verdad.

*Niania* movió la cabeza con pesar.

—Perdóname, señor, si te faltó al respeto; pero también dicen que ella te ama mucho.

El corazón de Dournof tembló de placer, como cuando se recibe una buena noticia... Decían que le amaba... ¿luego era verdad? ¡Qué dulce le era ser amado por una joven tan bella!

—No lo sé—repuso turbado.

—Si te ama y es buena puedes casarte...

*Niania*, ahogando un sollozo, llevó á los ojos la punta del delantal.

—Puedes casarte—añadió.—Es necesario que lo hagas, un hombre no ha de estar siempre solo... es hija de un ministro y es buena para ser tu esposa—añadió levantando la cabeza con orgullo.—Nuestra Antonia te dijo que te casaras.

Dournof miró el retrato de Antonia, que sin la compasiva mano de *Niania* hacia tiempo le hubiese ocultado el polvo; la previsora bondad de la muerta, su abnegación, sus virtudes, su sacrificio completo, se presentaron de repente á su imaginación.

—¡Perdón, perdón!—exclamó cogiendo el retrato.—Eras un ángel.

Cubrió de lágrimas y de apasionados besos aquella imagen que aun parecía mirarle con aquella cal-

ma y dignidad que colocaron á Antonia sobre las demás mujeres.

*Niania* también lloraba, pero sin ese arrepentimiento que tanto hacía sufrir á Dournof.

—Sí, era un ángel—dijo la criada poniendo una mano sobre el hombro del joven—pero está en el cielo, pues tengo la seguridad que Dios le habrá perdonado el que atentase contra su vida. Tú eres hombre y ya hace mucho tiempo que vives solo.

—¿Es que crees que ella me perdonaría?

La profunda mirada de aquella mujer que tanto había sufrido y aprendido en la vida escudriñó hasta el fondo los turbados ojos del joven y le contestó:

—¿Amar á otra lo mismo que á ella? ¡Eso no podrías hacerlo!

Dournof comprendió que era verdad, que nunca podría amar á otra mujer como amó á Antonia.

—Pero que ames á una mujer honrada y tengas hijos, ella te lo mandó. Hemos llorado mucho juntos—añadió *Niania* bajando la voz,—yo te amo porque ella te amaba, y te amo como si te hubiese llevado en mis entrañas; pero antes no te quería así. Fué *ella* al ver que se acercaba la muerte quien pensó en todo. Ella me mandó amarte como si fueses mi hijo, servirte y protegerte contra el espíritu del mal. También me dijo que te casases y que entonces fuese yo sumisa con tu mujer y servicial con tus hijos.—Obedeceré, obedeceré—dijo *Niania* con voz entrecortada.—Seré una criada sumisa, pero no permitas á tu esposa que me arroje de tu casa... pues te amo, te amo por el amor de *ella*, y tú eres todo lo que de *ella* me queda.

La criada se calló, secándose el semblante con el delantal. Dournof le oprimió una mano diciéndole con aquel apretón que nunca la arrojaría de su lado.

—¿Entonces—preguntó el joven en voz baja—*ella* te dijo que me casase?

—Sí, la noche antes de su muerte, y también me entregó un papel escrito para ti.

—¿Un papel?

—Sí, para cuando trates de casarte.

—¡Ve á buscarle. . . pronto!

Niania obedeció, regresando con un papel amarillento, doblado, que Dournof desplegó temblando de emoción.

“Mi bien amado—decía—cuando hayas hallado la mujer á quien debes amar, no dejes que mi recuerdo ponga entre vosotros una barrera. Seré feliz si te veo dichoso, y mi bendición caerá sobre tu esposa”.

—¡Valfa más que yo —exclamó el joven vencido por tanta grandeza, besando el escrito hecho con mano debilitada por la próxima muerte.—¡Valfa mil veces más que yo, santa querida, qué bien has hecho en morir. No hay en la tierra un hombre digno de til

Niania se retiró discretamente, y Dournof aquella noche pensó más en Antonia que en Mariana.

## XXII

No tardó Mariana en recobrar su dominio hacia el joven. ¡Qué eran las virtudes de Antonia dormida bajo un bloque de granito, ante las gracias que renacían de continuo de aquel ser vivo y rebotante de encantos!

¡Estaba ella también enamorada! Su corazón, ligero y frívolo tenía algún sentimiento de bondad y Dournof había entrado en él por la puerta de la compasión, manteniéndose por el orgullo; en aquel momento ni quería ni podía amar á nadie más que á Dournof. Lo decía con sinceridad, con toda su alma, y era verdad.

Animada por tan hermoso fuego fué un día á buscar al ministro á su gabinete.

—Papá—le dijo—¿quién es el primero de los presidentes jóvenes?

—¿Cómo el primero?—preguntó el padre con asombro.

—El más inteligente, el que tiene más porvenir, en fin ¿cuándo tú te canses de ser ministro, quién te reemplazará?

Un poco sorprendido por tanta previsión, el bueno del padre le repuso:

—Creo, si las apariencias no me engañan y las circunstancias no varían, que mi sucesor será Dournof.

—Sí, la noche antes de su muerte, y también me entregó un papel escrito para ti.

—¿Un papel?

—Sí, para cuando trates de casarte.

—¡Ve á buscarle. . . pronto!

Niania obedeció, regresando con un papel amarillento, doblado, que Dournof desplegó temblando de emoción.

“Mi bien amado—decía—cuando hayas hallado la mujer á quien debes amar, no dejes que mi recuerdo ponga entre vosotros una barrera. Seré feliz si te veo dichoso, y mi bendición caerá sobre tu esposa”.

—¡Valfa más que yo —exclamó el joven vencido por tanta grandeza, besando el escrito hecho con mano debilitada por la próxima muerte.—¡Valfa mil veces más que yo, santa querida, qué bien has hecho en morir. No hay en la tierra un hombre digno de til

Niania se retiró discretamente, y Dournof aquella noche pensó más en Antonia que en Mariana.

## XXII

No tardó Mariana en recobrar su dominio hacia el joven. ¡Qué eran las virtudes de Antonia dormida bajo un bloque de granito, ante las gracias que renacían de continuo de aquel ser vivo y rebotante de encantos!

¡Estaba ella también enamorada! Su corazón, ligero y frívolo tenía algún sentimiento de bondad y Dournof había entrado en él por la puerta de la compasión, manteniéndose por el orgullo; en aquel momento ni quería ni podía amar á nadie más que á Dournof. Lo decía con sinceridad, con toda su alma, y era verdad.

Animada por tan hermoso fuego fué un día á buscar al ministro á su gabinete.

—Papá—le dijo—¡quién es el primero de los presidentes jóvenes?

—¿Cómo el primero?—preguntó el padre con asombro.

—El más inteligente, el que tiene más porvenir, en fin ¿cuándo tú te canses de ser ministro, quién te reemplazará?

Un poco sorprendido por tanta previsión, el bueno del padre le repuso:

—Creo, si las apariencias no me engañan y las circunstancias no varían, que mi sucesor será Dournof.

—Pues bien, papá, yo quiero casarme con Dournof.

El ministro saltó sobre su sillón mirando á su hija con asombro.

—¿Casarte con Dournof? ¿Y por qué? ¿Qué nuevo capricho es ese?

—¡Me casaré con Dournof ó moriré de pena, así es que puedes hacer lo que quieras!

Muy sobresaltado el señor Mérof, salió de su gabinete llevando á su hija al lado de su madre, á quien tan inesperada noticia sorprendió menos que á él.

—Eso me admira—repuso,—siempre creía que Mariana no se casaría como las demás jóvenes.

—¡Pero Dournof no es más que un simple presidente!—exclamó Mérof.

—¿No me has dicho que llegaría á ser ministro? Siendo así no tendré necesidad de salir del ministerio.

—¡Pues yo no quiero!—exclamó Mérof con exasperación.

—Como tú quieras, papá—repuso Mariana bajando la cabeza con fingida resignación.—Los padres de la señorita Karzof también causaron la muerte de su hija... ¡mi destino será igual!

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó Mérof con extrañeza.

Con gran elocuencia y haciendo alusiones muy directas, la joven refirió la historia de Antonia.

—Pues bien—añadió—será el destino de Dournof no poderse casar con las mujeres que ama... Sus novias deben morir por culpa de la crueldad de sus padres.

—¿Pero sabes si él te ama?—preguntó el padre incapaz de responder con argumentos serios á las razones de su hija.

—¡Sí me ama!—un destello de orgullo relampagueó en los ojos de la coqueta.—¡Sí me ama! pregúntaselo, papá, ya verás lo que te contesta.

—¡Bien! ¿es decir, que soy yo quien ha de proponerle tu mano?—dijo el ministro con ironía.

Mariana hizo una reverencia.

—Si así te place, mi querido papá. Ya sabes muy bien que de no ser así él nunca se atrevería á dar los primeros pasos. ¡Por lo demás, tampoco debes admirarte; pues ya sabes que de este modo se negocian los matrimonios cuando las princesas de sangre real se casan con simples mortales!

Los padres cambiaron una mirada, no pudiendo reprimir una sonrisa.

—¡Vamos, papá, sé bueno conmigo, cásame con Dournof y te querré mucho! A mamá nada le pido puesto que nunca me contraría. ¡Ella nunca me hubiese amenazado con dejarme morir de dolor!

—¿Que yo te he amenazado con dejarte morir?—exclamó Mérof asombrado por tanto aplomo.

—¡Sí, puesto que no quieres que me case con Dournof!

No hubo medio de hacerla ceder; con mucho trabajo pudo el ministro lograr que su hija le concediese ocho días para adquirir informes.

Las informaciones no aportaron á Mérof ningún antecedente nuevo, pues demasiado sabía á qué atenerse respecto al valor moral é intelectual del joven cuya posición él mismo había elevado. A los ocho días, Dournof fué llamado al gabinete del ministro para un asunto personal, saliendo de allí futuro esposo de Mariana.

Aquel resultado que estaba lejos de suponer fuese fácil y brillante, no dejó de admirarle un poco: se dijo que la joven debía haber puesto toda su inteligencia y voluntad para conseguir tal resultado. Lo que le parecía más extraordinario era el que Mariana hubiese adivinado su amor y hubiese dado aquel paso sin asegurarse de que era correspondida. ¿Y si él no hubiese querido casarse?

Dournof se reprochó este mal pensamiento. En los esfuerzos de la joven él sólo debía ver un alma ingenua que va recta á su fin. ¿Su amor había sido adivinado? Era una prueba de un alma enamorada y nada más.

Ebrio de placer regresó á su casa. Aquel casamiento, á la vez que le ponía en posesión de la mujer amada, le colocaba á mayor altura, teniendo más seguridad de ser ministro; á la primera vacante sería auxiliar de su suegro... ¡qué porvenir tan hermoso le aguardaba!

—*Niania*, me caso,—dijo á la criada cuando ésta, fiel á sus costumbres, al verle entrar le siguió á su gabinete.

La criada le miró é hizo la señal de la cruz, pareciendo murmurar una plegaria; después se prosternó ante su amo, y, según costumbre antigua, fué á besarla en un hombro.

—Yo te felicito, amo mío—le dijo—deseo que seas feliz con tu esposa y bendita tu posteridad.

Se calló, y su mirada fué á fijarse con vaguedad hacia la ventana. Brillaba un hermoso sol de primavera.

—*Allá* debe haberse fundido la nieve—dijo *Niania* con voz vacilante;—hace tiempo que *ella* no tiene flores.

—Tienes razón,—repuso Dournof cogiendo su sombrero;—voy en seguida.

—Se detuvo... qué iba á decir ante aquella tumba confidente de todos sus pensamientos?

¿Podía confiar al granito las emociones que hacían palidecer sus mejillas y latirle el corazón cuando Mariana ponía una de sus manos en la suya?

—Voy á darle las gracias—dijo en alta voz—¡por la bendición que *ella* me envía desde el cielo!

Llenó el coche de flores como el día en que le vió Mariana ir al cementerio, y no pudo menos de

comparar cuán diferentes eran aquel día y este.

—Es Antonia quien la ha puesto en mi camino,—se dijo—y su voluntad lo ha hecho todo. ¡Bendito seas, ángel querido!

Pero ¡ay! Antonia iba quedando en su corazón tan fría como las estatuas de mármol de los sepulcros. Era una santa la que velaba por él, no la amante de siempre; la adoraba muerta á quien fué el último en besar las frías mejillas y la frente descolorida.

Mientras arreglaban las flores, pensó en que aquel día también Mariana debía tener su ramillete; hizo dos semejantes y comparándolos un instante vaciló, concluyendo por poner una tarjeta en el más hermoso, enviándolo á su prometida.

Aquella preferencia le produjo algunos remordimientos, pues durante el largo trayecto se la reprochó más de una vez.

—¡Bah!—se dijo al acercarse al cementerio—¿eso que le puede importar á Antonia?

Llevó su ofrenda hasta la cruz de hierro, caminando con trabajo sobre la nieve á medio fundir, y al llegar á la cima del montículo, ató el ramo á la cruz con una cinta blanca, y después apoyó su mano sobre el zócalo de piedra. Estaba tan fría, que se estremeció, retirándola en seguida.

Quedóse un instante pensativo. Quería ofrecer su alma á la protección de Antonia; participarle su alegría pidiéndole que la compartiese... pero sentía que no le era posible hablar á Antonia de Mariana; tuvo un presentimiento rápido como un relámpago y desvanecido con igual prontitud; le parecía haber oído una voz diciéndole que Mariana no era la esposa que Antonia hubiese querido ver á su lado para seguir el camino de la vida.

Lanzó un suspiro besando la piedra. La impresión del frío fué más viva que la que sintió en la

mano, pasóse el pañuelo por los labios á fin de calentarlos y descendió de la colina.

Una alegre vivacidad se apoderó de él, sus movimientos eran más ligeros, como los del hombre que se libra de un peso; volvió á montar en el coche é hizo que fustigasen los caballos; todo el camino fué pensando en los rubios cabellos de Mariana.

## XXIII

Aquel día Dournof fué invitado á comer en familia en casa del ministro. Cuando el joven se presentó, Mariana salió á su encuentro llevando en una mano el ramillete, presentándole la otra sobre la cual posó sus labios.

La finura de aquella mano borró la impresión glacial que la tumba de Antonia dejó en los labios de Dournof, vivificándoles con su fuego. La velada fué agradable para todos. Los padres se felicitaban de ver en el joven las condiciones de un hombre de Estado, juntamente con las que enamoraron á su hija. Por su parte, Dournof, sentíase feliz al lado de Mariana, máxime cuando hasta entonces había rechazado todo momento de dicha.

En cuanto á Mariana, estaba alegre y encantadora; había vencido. ¿Qué más podía desear?

La boda se fijó para un plazo próximo, se celebraría antes de tres semanas. Se acordaron todos los preparativos. Dournof conservaría la casa que alquiló y amuebló con arreglo á su nueva posición; la señora Méróf se encargaría de arreglar en ella un hermoso gabinete para su hija. También se convino que mientras Mariana no adquiriese los conocimientos indispensables á toda ama de casa, los cuales le faltaban en absoluto, los recién casados comerían en casa del ministro.

— Dournof, si necesita usted una mujer para el

arreglo de su casa, no la busque usted en Mariana—le dijo el padre.

El joven lanzó sobre su prometida una mirada de placer y repuso:

—No, precisamente dispongo de una que no tiene rival.

—¿De veras?—preguntaron á la vez madre é hija.

—La vieja *Niania*...

—¿Su criada?...

Dournof se halló muy cohibido.

Con frecuencia sucede á un hombre no poderse casar con su primer amor: y cuando llega el momento de casarse con otra no siente cortedad en confesarlo; pero cuando se han consagrado algunos años de fidelidad ejemplar á la primera pasión cuesta mucho esfuerzo confesarla. Así es, que no sin vacilación Dournof se decidió á confesar algo del pasado.

—Es la criada de una familia con la cual intimé en otra época... me ha sido fiel durante los días de miseria... pues yo también la he conocido,—dijo á la vez que sonreía á Mariana.

La joven abrió sus grandes ojos. La palabra miseria no tenía significación para ella; era una página triste leída en una novela. La miseria más real que conoció fué la que se retrata en los comienzos, de "A la luz de los reverberos". Así es que las palabras de Dournof le parecieron desprovistas de sentido. Un hombre que llevaba chaleco blanco é iba á ser su esposo no podía haber conocido la miseria Mariana sonrió porque Dournof sonreía y nada repuso.

—¿Cómo se unió ella á usted?—preguntó la señora Mérof deseando conocer más á fondo á la mujer que iba á regir el nuevo hogar.

Dournof vaciló, su honrado espíritu odiaba la mentira; decidiéndose á hablar con franqueza y poniendo una de sus manos en la de Mariana, repuso:

—Mi *Niania*, servía ya á la señorita Antonia Karzof, de la cual deben ustedes haber oído hablar.

La mano de Mariana se estremeció.

—La prestó sus servicios con absoluta abnegación, y cuando... la depositamos en la tumba, abandonó á sus antiguos señores, que no estaban libres de reproches, para venir á mi lado sirviéndome con fidelidad durante mis malos tiempos, en los que yo nada era, en los cuales ustedes no se hubiesen dignado mirarme, pues iba muy mal vestido.

Levantó los ojos para fijarlos en los de Mariana, la cual le respondió con un ademán que significaba: —¡Yo te hubiese mirado, puesto que debías ser mi esposo!

—¿Pero esa mujer verá con buenos ojos á su nueva ama?—añadió la señora Mérof.—Después de haber amado tanto á la señorita Karzof, vuestro afecto hacia ella os honra mucho...

—Ella es la que me ha impulsado á casarme—añadió Dournof—me veía triste y pensativo—y cambió una mirada con la joven—adivinó el objeto de mis pensamientos y tranquilizó mis escrúpulos dándome un papel escrito por su ama antes de morir, en el que me recomendaba me casase tan pronto como encontrara una mujer digna de mi amor.

Una mirada dijo á Mariana serlo ella.

La señora Mérof, muy contenta por disponer de una mujer á propósito para gobernar la nueva casa, felicitó á Dournof por su suerte.

—Creo merecerlo,—repuso el joven—pues hasta hace poco la suerte nada había escrito en mi activo.

Los preparativos se hicieron con la rapidez de que pueden disponer los poderosos y pronto llegó la víspera de la boda.

La noche anterior, antes de acostarse, Dournof recorrió la habitación en la que no volvería á estar solo, llevando una vela en la mano; se detenía ante

cada mueble, inspeccionándolo todo, recreándose de antemano en la alegría que Mariana había de prestar á aquella casa.

Entró en su gabinete, viendo el retrato de Antonia que estaba sobre la mesa. Desde hacía tiempo, aquella imagen que le fué tan querida estaba oculta por un periódico ó cualquiera otro papel, puesto como por descuido. Lo menos hacía ocho días que los ojos de Dournof no se habían fijado en el cuadro.

Se reprochó tanta ingratitud y quiso que su imaginación se reconcentrase en *ella...* pero el esfuerzo le era muy penoso.

—No puedo dejar que el retrato siga en el mismo sitio—se dijo.—Mariana tendría motivo para ofenderse.

Después de haber vacilado un instante cogió el cuadro para guardarle en un cajón, pero como no tenía las llaves le dejó sobre la mesa poniéndole boca abajo; después se fué á su dormitorio.

Allí la imagen de Mariana, descotada y llena de encajes, le sonreía en su dorado cuadro, puesto á la cabecera de su lecho. Lo cogió posando sus labios en la sonriente imagen.

—Mañana será mi esposa—se dijo.

Apenas se había acostado cuando creyó oír en la habitación inmediata un ligero ruido de pasos. Llamó, pero no obtuvo contestación, creyendo haberse engañado. Al siguiente día, al buscar el retrato de Antonia no lo encontró. Dournof quiso preguntarle á *Niania*, pero aquel día era tan corto para él que no tuvo tiempo.

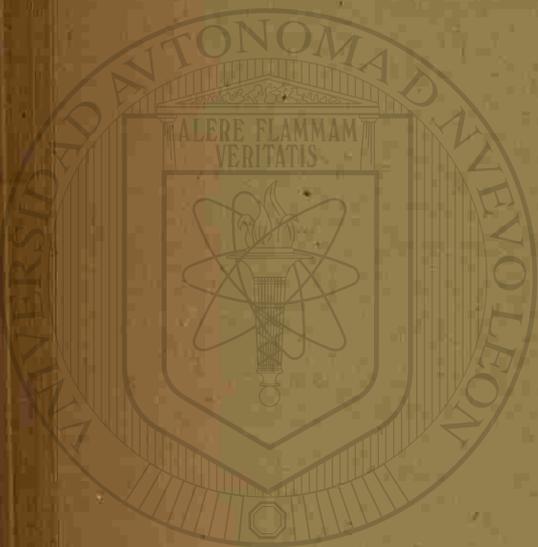
Llegó la noche. Después de la espléndida boda, celebrada en la capilla del ministerio, Dournof llevó á su esposa á su casa rebosante de júbilo y belleza. El gabinete iluminado con esplendidez y lleno de flores, le pareció encantador, la alfombra veíase cubierta de ramitos de flor de naranjo.

Dournof presentó á su esposa la servidumbre de la casa; *Niania*, siempre seria, se había quitado el duelo saludando con respeto á su nueva ama, quien amistosamente le puso una mano sobre el hombro. Después de esto salió la criada y Dournof guió á su esposa al dormitorio.

Cuando las puertas de la cámara nupcial se cerraron, *Niania* miró durante algún tiempo las cortinas que la cubrían; después, moviendo con pesar la cabeza, fué en busca del retrato de Antonia y poniéndole sobre la mesa, en el mismo sitio que antes ocupaba, exclamó:

—Perdónale, tú que estás en el cielo, perdónale. Ahora es feliz, cuando sea desgraciado volverá á buscarte... Perdona, santa mártir, al hombre débil á quien una mujer ha trastornado el juicio.

Besó el retrato, volvió á ocultarlo y apagando las luces, se retiró.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIV

Un año hacía que se había casado Dournof cuando en una lluviosa mañana de primavera oyó *Niania* que la llamaban; era la voz de su amo, más seca que de costumbre. Se levantó para acudir en seguida.

—¡Ven pronto!—dijo, y juntos entraron en la habitación de Mariana. Dournof se tambaleó de emoción viendo al médico que sostenía en los brazos a un recién nacido.

—¿Qué es?—preguntó el padre.

—Un niño, un verdadero Dournof, pues se le parece mucho á usted—exclamó el médico.

*Niania* recogió al niño en su delantal murmurando palabras de bendición para él.

Dournof miró silencioso durante algunos momentos á su hijo. ¡Cuántos pensamientos cruzaron por su mente cuando el recién nacido lanzó sus primeros llantos! ¿Era la mujer rubia y añorada que tenía tan cerca, ó la otra quien debió ser la madre de sus hijos? Sus ojos tropezaron con los de *Niania* y ambos se comprendieron.

—Quiérello mucho, *Niania*,—le dijo en voz baja;—ámale, pues es para mí lo más caro que tengo en el mundo.

—No temas nada, amo mío, es un Dournof y eso me basta.

¡Ayl sí, Mariana no era lo que Dournof más quería en el mundo; ya amaba más aquel niño que ape-

nas contaba un cuarto de hora, que á la esposa que hacía un año tenía en su hogar. No era que el sentimiento paternal hubiese nacido de repente en el corazón del padre en toda su intensidad, era que Mariana no era toda su vida, sino una parte; dulce y frívola como una flor cuyo perfume se respira y que después se abandona por otra cosa más importante.

Después de su matrimonio, de los primeros días de embriaguez, Dournof sintió que una tristeza que no podía disipar se iba apoderando de él, al hallarse al lado de su esposa. Mariana era un ser encantador, lleno de seducciones irresistibles, á la que amó pronto y muy de prisa, mas no era la mujer al lado de la cual se reposa de la fatiga y de los cuidados, y se le pide consejo en las horas de duda. Mariana no era como Antonia, y Dournof debía acordarse de ésta, siempre que estaba triste ó fatigado.

Mariana le amaba, y él amaba á Mariana; pero poco á poco su alegría de recién casado se fué desvaneciendo al ver que su esposa era muy inferior á él, y tan distinta de como lo hubiese deseado. Le compadecía por haber recibido una educación tan frívola é ignorar tan por completo los deberes de la vida y agradarle tan poco las cosas sencillas. A la amargura sucedió la compasión, y continuó mirando á su esposa como á un ser agradable, pero á la vez irresponsable, hecho para el placer y la banalidad; pero falto de inteligencia para las cosas serias.

Una hora después de aquel solemne momento, apoyado á los pies del lecho, contemplaba á Mariana que dormía con tranquilidad.

—¿Qué tal madre será?—preguntábase Dournof con el corazón oprimido por mil vagos temores.—¿querrá criar á su hijo ó dejará que lo hagan pechos mercenarios?

El problema de la lactancia no estaba bien dilucidado; una campesina robusta esperaba en la cocina

la suprema decisión de los amos, aguardando saber si la madre podría ó querría soportar las fatigas maternales. A estas preguntas Mariana sólo había contestado:

—Ya veremos.

Dournof comprendió que su esposa no querría criar y una zozobra muy dolorosa se apoderó de su espíritu.

—¿La amaré igual si se niega á criar á su hijo?—se preguntó.

Un gran desfallecimiento se apoderó de él pasándose la mano por la frente. Estaba seguro de amarla menos si eludía aquel deber, como ya había eludido otros. Para cambiar de sentimientos fué á ver á su hijo.

En la vasta habitación, bien alumbrada, que se eligió para gabinete del niño, amueblada con comodidad y sencillez, reinaba una atmósfera dulce é igual; la cuna, cubierta con cortinas azules, ocupaba el rincón más abrigado, del sol y de las corrientes de aire; sentada en una silla baja, y con el niño en brazos estaba la nodriza esperando que decidiesen su suerte.

Niania vino á decir á su amo con una tranquilidad que parecía emanar una especie de perfume:

—Todo va muy bien.

Dournof recorrió con los ojos la habitación, vió que todo estaba arreglado, y sonriendo se dirigió hacia la cuna. El niño, dormido, acababa de ser puesto en ella; el que iba á transmitir su nombre á las generaciones futuras nació entre seda, mientras él había nacido entre algodón; el heredero de su nombre y fortuna tal vez llegaría á ser más grande que él. El niño dormía el primer sueño terrenal, su tranquilo semblante no revelaba la menor ambición. Después de contemplarle regresó á su gabinete.

Durante los últimos días que precedieron á su matrimonio, ingenió para buscar á su esposa un sitio

en donde pudiese leer ó trabajar á su lado. Se fijó en un rincón, cerca de su mesa; allí puso un canapé, una lámpara fija en la pared, una mesita, cojines y una alfombra; pero ésta conservaba todo su brillo, la lámpara no se encendió dos veces y los libros habían desaparecido para ser llevados al gabinete de Mariana, más claro y más alegre y Dournof renunció á su ideal de ver endulzadas sus horas de trabajo por la presencia de su esposa, y tuvo que seguir haciéndolo solo, mientras que Mariana permanecía siempre fuera de casa ó dedicada á su tocado, gozando de la libertad que el matrimonio concede á la mujer.

Salió de casa para desvanecer las negras ideas que le asaltaban, y al regreso, la halló invadida de parientes y amigos inoportunos que vinieron á felicitarle.

Al siguiente día se planteó el gran problema; según declaración del médico, Mariana podía criar; la señora Mérof, como mujer lista y prudente, se contentó con mirar á todo el mundo y guardar silencio. *Niania*, con el niño en brazos, esperaba una resolución que para ella no era dudosa. Dournof depositó en la mano de su mujer un beso de ternura, pues aun la quería de veras.

—¿Y bien, señora, qué decide usted?—preguntó el médico.

Mariana miró á los semblantes que la rodeaban llenos de ansiedad; después á su hijo dormido, que parecía no querer despertar, y repuso:

—No puedo criarle, este invierno he sufrido mucho y temo no poder llegar hasta el fin.

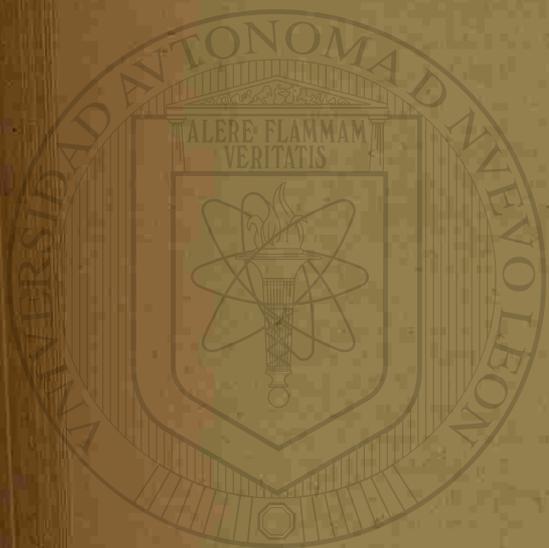
Dournof sintió oprimírsele el corazón; era una nueva esperanza que se desvanecía. En el fondo de su alma siempre sospechó que aquella ilusión no era más que un soplo. Pronto aparentó estar tranquilo, felicitó á su esposa por su prudencia y el niño fué entregado á la nodriza saliendo tras ella.

¡Con qué emoción vió al pequeñuelo agarrarse al pecho y por primera vez absorber con avidez el jugo que debía nutrirle! Contemplando aquel espectáculo un profundo suspiro se escapó de su pecho y al apartar la vista, *Niania*, que estaba á su lado, le dijo en voz baja:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios y El le dé larga vida al inocente! Pero nuestra Antonia...

Una mirada severa de Dournof cortó la frase, la vieja bajó la cabeza, pero su amo lo había comprendido todo. No, Antonia no hubiese dejado nunca que un pecho extraño amamantase á su hijo; jamás hubiese cedido á otra el placer de gozar las primeras caricias, las primeras miradas del niño; hubiese tenido celos, todas las caricias de aquel ángel las hubiese querido para ella, pues para eso le nutría.

Dournof salió de la habitación y *Niania* respetó su silencio. La abuela vino después á ver al nieto rodeada de amigas, todas daban consejos; pero *Niania* no hizo caso de ninguno. ¡El niño era de ella, Dournof se lo había dado! Mientras el padre estuviese contento, le importaba muy poco lo que los demás pudiesen decir.



## XXV

Mariana, fresca y sonrosada, pronto reanudó su vida de mundanales placeres; por la tarde se la veía pasear por las islas en coche descubierto, muchas veces acompañada de su esposo, algunas por sus padres, y sola, cuando ni uno ni otros tenían ganas de ir con ella. Un enjambre de jóvenes se agrupaba en torno del carruaje durante la hora que precede á la puesta del sol, tan tardía en aquella latitud.

Todos los paseantes, á pie, á caballo ó en coche iban á la fuente de la isla Yelaguine para contemplar el magnífico panorama que ofrece el Neva en su desembocadura. El sol poníase á las nueve y media, tras las ondas del golfo de Finlandia, mientras sus últimos rayos doraban el naciente césped, la verdura de los árboles y los retorcidos brazos del Neva que formaban la isla llena de hoteles. Aquel paseo es una especie de campo de Longchamps, donde se reúne la buena sociedad de San Petesburgo durante el verano.

Aquel era el sitio que le agradaba frecuentar á Mariana, más amante de la vida de placeres que de cualquiera otra. Cuando su marido la acompañaba sentíase orgullosa de ser la esposa del presidente Dournof; pero su esposo no siempre podía ir con ella y entonces veíase rodeada por aquel brillante torbellino de galanteadores, oyendo sus embozados ga-

lanteos, y poco á poco, al verse admirada, se fué haciendo más coqueta.

Le gustaban aquellos homenajes; ¿qué mal había en ello? Por lo demás, ¿no era una mujer que amaba á su esposo lo mismo que el primer día de su boda? ¿No era una buena madre? En efecto, mañana y noche y á veces durante el día, iba ver á su pequeño Sergio, le hablaba un momento con ese lenguaje chapurreado que sin saber por qué emplean las madres y las nodrizas, y luego se iba dejando tras ella un fuerte olor á violetas silvestres. ¡Hubiera sido necesario un juicio muy severo para decir que Mariana no era la mujer más irreprochable que se puede hallar!

Sin embargo, la señora Mérof no estaba contenta. Demasiado prudente y experta, para llamar la atención de su yerno sobre cosas que tal vez no veía, trató de retener á su hija en casa; con frecuencia iba á comer ó á pasar con ella la tarde á fin de que cuando Dournof fuese á tomar el te se presentase ante sus ojos un cuadro muy diferente del que le ofrecían las paredes del desierto comedor... Pero Mariana prefería pasar la tarde fuera de su casa y el impedirselo era poco menos que imposible.

El período judicial, cuya terminación debía permitir á los esposos salir de la ciudad, concluía con un proceso importante. El asunto era muy extraño y de mucho interés, tanto que Dournof se hallaba perplejo, no sabiendo cómo resolverse, cómo concretar su opinión sobre el principal acusado; todas las apariencias estaban contra aquel hombre no obstante su honroso pasado, su semblante simpático y honrado y *un no sé qué* denunciador de la bondad de su alma, corroboraban sus rotundas negativas. La opinión pública estaba de su parte, pero los demás culpables le hacían cargos abrumadores.

Desde hacía ocho días no se hablaba en la capital

más que de aquel suceso; una tarde, por casualidad, estaba Mariana en su casa, entreteniéndose en bordar; Dournof, que estaba muy pensativo, levantó los ojos para fijarlos en su esposa, contemplando su fresco semblante.

Aun era una niña, el sello de la tierna juventud se reflejaba en su rostro y en el nacarado cuello; su mirar era inocente y descuidado, la frente pura y lisa... Aquella conciencia no debía conocer ni la duda ni el remordimiento; Dournof se decidió á consultarla.

—Mariana, ¿no has oído hablar del proceso Sistof?

—¡Ah! sí, hace tiempo que con él me zumban los oídos—respondió la joven enhebrando su aguja con lana color rosa.

—¿Qué piensas?

Mariana fijó con asombro los ojos en su esposo.

—¡Yo!... nada.

—Procura pensar algo. ¿Conoces los antecedentes del proceso?

Mariana hizo un ademán de asentimiento.

—Bien, ¿crees que Sistof sea culpable?

La joven movió los hombros sonriéndose.

—No sé absolutamente nada—respondió contando los puntos.

—Mariana—añadió Dournof—te suplico me respondas con seriedad. Sabes que mi opinión ha de pesar en el proceso... ¿he de hacer que se condene á un inocente?

—¿Eso te preocupa?—repuso Mariana riéndose—tira al aire una moneda, si cae de cruz es inocente, si cae de cara culpable, ó lo contrario, si así lo prefieres. He leído en los libros que á veces los asuntos serios se resuelven así.

—¡Esposa mía, te suplico que no te burles!—dijo Dournof más emocionado de lo que quería aparecer.

—No sabes el mal que me causas hablando con tanta ligereza...

—¿Vas á sermonearme?—exclamó Mariana haciendo una mueca.—No es culpa mía el que tú me hables de asuntos en los que nada entiendo. ¡Yo no soy una mujer serial! No hay por qué hablarme de procesos, ni de acusados: eso me aburre.

Después recogió el trabajo y se fué del gabinete con aspecto incomodado.

Dournof la vió partir.

¿La reñiría para hacer las paces? El había hecho mal hablándole de cosas que no la incumbían.

Se levantó, pero al poner la mano sobre la puerta del gabinete de Mariana, se detuvo.

—¡Oh, Antonia!—pensó—¿Dónde estás, mi querida conciencia? ¡No desdeñes hablarme desde el cielo!

Bajó la cabeza como para oír el parecer de una voz interior. Después de un instante entró en el gabinete.

—Mariana—le dijo con dulzura;—tienes razón, yo no he debido hablarte de ese asunto.

—¡El malo que me ha reñido! ¡Ahora te pregunto si yo he estudiado!—dijo la joven con lágrimas en los ojos.—Yo no soy ni juez ni presidente. ¿Es culpa mía que esas cosas me aburran?

Dournof le cogió la mano besándola con dulzura, pero sin pasión.

—Vamos, cruel y perverso, dime que no lo volverás á hacer más.

—No lo haré más.

Antonia hubiese adivinado la amargura con que hizo la promesa. Mariana se dió por satisfecha, y sus caricias de niña mimada halagaron un instante á su esposo. Sin embargo, al regresar á su gabinete, Dournof se repetía irónicamente:

—No, no lo haré más.

Sentado en el sillón, con la cabeza apoyada en

las manos, meditó bastante tiempo. La noche avanzaba; Mariana hacía rato que se acostó; lleno de incertidumbres, Dournof se puso en pie. El retrato de Antonia estaba en el cajón en donde lo puso *Niania*. Desde hacía días lo contemplaba en secreto durante sus horas de amargura. Lo cogió y después fué á colgarlo al lado de la lámpara que nunca se encendía para Mariana.

—Recobra tu puesto—dijo—mi luz, mi ángel bueno. ¡Recobra el sitio que nunca debiste abandonar! ¡Eres tú quien ha de iluminar mi vida y perdonar mi olvido, pues en el cielo no hay rencores!

Se dejó caer en un sofá con los ojos fijos en la querida imagen. Al terminar su meditación los rayos del sol entraban por las ventanas del gabinete.

—¡Gracias, conciencia mía!—dijo.—¡Si me equivoco, será con toda la sinceridad de mi corazón!

Sin descansar estudió nuevamente el proceso; á las siete estaba en el tribunal esperando á los jueces y á los abogados para hablar detenidamente con ellos.

En contra á todo lo que se esperaba, pero conforme con la opinión pública, Sistof fué absuelto y probada su inocencia.

El ministro, al encontrar aquella tarde á su yerno en el paseo de las Islas, le dijo:

—¿Sabe usted que ha dado un paso muy atrevido?

Dournof sonrió. Poco le importaban los comentarios; su vida y su fortuna nada eran para él cuando se trataba de su conciencia.

—¿Está usted incomodado?

—Estoy orgulloso, pero...

—Es todo lo que quería saber—repuso Dournof.

El retrato de Antonia siguió en su puesto.

Aquella mañana, *Niania* al llevar á Sergio á su padre, como hacía siempre, notando el cambio, permaneció inmóvil con los ojos llenos de lágrimas, ante aquel cuadro que tantas cosas le decía.

—Amo—le dijo.—¿Qué dirá tu esposa si le ve?

—¡Bah!—repuso Dournof con indiferencia—ella nunca viene aquí.

*Niania* no respondió, sus ojos se fijaron en el padre y en el niño.

Dournof, inclinado sobre el niño, que estaba dormido, le besó con ternura.

—¡Mientras no se parezca á su madre!—pensó Dournof acordándose de Mariana.

—Ya le enseñaremos á querer á su tía que está en el cielo—dijo *Niania* adivinando el pensamiento.

Dournof, sin responder, hizo seña de que le dejase solo.

En aquel instante Mariana apareció en la puerta vestida para ir á paseo.

—El señor trabaja—le dijo *Niania*.

—¡Oh! entonces me he salvado—dijo Mariana con un ademán cómico lleno de terror infantil.

La puerta se cerró; Dournof al quedarse solo fué á dar una vuelta á la llave y después se arrodilló ante el retrato derramando lágrimas de amargura.

## XXVI

Dos años más transcurrieron sin que en el hogar de Dournof hubiese cambios sensibles; luego nació una hija. Al año siguiente la señora Mérof cogió una pulmonía, acompañando á su hija á un baile de trajes al que Dournof no quiso que fuese sola, y la buena mujer murió después de algunos días de sufrimiento durante los cuales no dejó de repetir á su yerno:

—Sé bueno para Mariana.

Dournof se lo prometió solemnemente, cumpliendo su promesa.

Había tomado la costumbre de dejar vivir á su lado á aquel ser gracioso é insignificante, que llenaba la casa de cintajos, risas, música, baile, canciones de opereta, y de personas inútiles y frívolas como lo era ella. ¡A qué contrariarla! Detestaba los disgustos y temía aún más las lágrimas de Mariana, ante las cuales carecía de fuerza. ¿Cómo hablar en serio á una mujer que no quería oír la voz de la razón? ¿Cómo predicar la moral á la que no conocía otra más que su capricho? A pesar de esto Mariana no era mala, daba con gusto su dinero y prodigaba palabras de consuelo á los afligidos; pero después la risa volvía á sus labios.

El duelo de Mariana trajo por fuerza alguna seriedad á la casa; durante ocho meses se privó del baile y de los teatros; la pobre señora Mérof murió en pleno Carnaval, la temporada de invierno cobró

todo su festivo esplendor antes que terminase el luto. Mariana tenía un abono de palco en el teatro "Italiano" y se presentó en él con traje de seda negro y violetas de Parma en sus rubios cabellos en Navidad, bajo el pretexto de ser festividad cristiana, suspendió todo luto vistiendo traje blanco y gris que ya no se quitó. De manera que el duelo se concluyó antes del plazo regular ó sea antes que concluyesen las fiestas de aquella temporada.

El sábado de Carnaval se daba en la embajada de Austria un magnífico baile en el que debió reunirse la mejor sociedad de San Petersburgo. Los esposos Dournof recibieron una invitación, que el presidente puso sobre la mesa de su despacho sin cuidarse de ella.

—¿No sabes, amigo mío—dijo Mariana mientras se desayunaban—que encuentro muy extraño no nos hayan invitado al baile de la embajada?

—Estamos invitados—respondió Dournof con calma.

—¿Invitados... Y no me has dicho nada!

—No creí que eso pudiera interesarte.

—¿Cómo? ¿Y mi traje? ¡no voy á tener tiempo para que me lo hagan!

—¿Supongo que no tendrás intención de ir?

—¡Ya lo creo que la tengo... hace un año que estoy privada de toda diversión...!

Una mirada de Dournof le hizo suspender la frase.

—He sufrido mucho—añadió—para que se me regatee un poco de distracción; supongo que iremos juntos ¿no es verdad?

—Tú puedes ir si así te place, yo no voy.

—¡Pero va mi padre!—objetó Mariana pronta á llorar.

—Tu padre va como ministro de Justicia, no como viudo, cuyo luto no ha terminado. Además, puedes ir con él, yo no me opongo.

—¿Pero por qué...?—dijo Mariana.

—Me parece que no soy yo quien te lo ha de decir—replicó Dournof.

Mariana sin preocuparse más, fué á casa de la modista, encargándole un traje azul pálido que le sentaba muy bien.

Cada vez iban contrariando más á Dournof los caprichos de aquella mujer cuyo dolor tan pronto se había mitigado, despertando en él la cólera sorda dormida hacía tiempo en su corazón; para tantas contrariedades tenía un consuelo, que excepto *Niania* nadie conocía. Era por la mañana, entre ocho y diez, mientras su esposa dormía aún, cuando *Niania* y el niño se presentaban en su gabinete, en el ángulo reservado á Mariana y que casi nunca ocupó; un montón de juguetes cuidadosamente guardados en un cajoncito iban á volcarse por el suelo.

Al entrar Sergio, ocultándose detrás de la cortina gritaba ¡cucú! el padre dejaba el trabajo para sentarse sobre la alfombra al lado de *Niania*.

Allí, entre aquellos dos corazones que le amaban de veras, Sergio aprendió á tenerse en pie, á dar sus primeros pasos, para venir á caer en los brazos de su padre.

Nadie puede imaginarse la profunda emoción que se apoderó de Dournof, el día que Sergio se fijó por primera vez en el retrato de Antonia, señalándole con el dedo—¡Mamá!—dijo.

—No es mamá—repuso Dournof—es una tía que no verás nunca.

—¿Por qué?—dijo el niño.

—Porque está en el cielo.

Sergio tenía una noción muy vaga del cielo; sin embargo, *Niania* le hizo añadir en sus oraciones *Mi tía Antonia que está en el cielo*. No temía que la señora Dournof le preguntase nunca nada sobre aquella agregación tan poco litúrgica; nunca la madre ayu-

daba á acostar á su hijo y menos aún á levantarse.

La gran alegría de Dournof se reconcentraba en su hijo, la niña era muy tierna aún para compartir aquellas diversiones.

Aquel año, el mes de febrero fué muy crudo, abundaban los catarros, las bronquitis y las fiebres contagiosas; pero Mariana parecía ser invulnerable; pasaba los días entre la florista, el zapatero y la modista.

Llegó el día del baile; la señora Dournof, después de la misa de aniversario, se quitó completamente el luto. Aquella mañana Dournof notó que su hijo tenía alguna fiebre, y aquella indisposición le parecía anunciar algo más grave.

Por la tarde, mientras Mariana se probaba el traje ante el espejo, su esposo entró en la habitación de los niños. Sofía, sentada sobre una alfombra, jugaba con las muñecas; Sergio, acomodado en un silloncito, tenía una mejilla roja y otra pálida, parecía sufrir y estaba amodorrado.

Niania se acercó al padre y le dijo:

—He mandado á buscar al médico, me parece que el niño está enfermo.

Dournof cogió á Sergio en brazos. El niño no hizo resistencia, apoyando su ardiente cabeza en el hombro del padre. Este escuchaba su penosa respiración y le sostuvo en sus brazos hasta la llegada del médico que no tardó.

—Será una enfermedad de la infancia—dijo el doctor.—Esta noche ó mañana sabremos lo que tiene.

A eso de las diez, antes de irse al baile Mariana entró á ver á su hijo. Su aparición hizo á Niania, que, sentada en una silla velaba al enfermito, levantar la cabeza.

El roce de la seda sobre el suelo, el brillo de los diamantes que Mariana llevaba en la cabeza, brazos y cuello, concordaba tan mal con la penosa respira-

ción del pobre niño, que Niania no pudo reprimir un ademán de sorpresa y de indignación.

—¿Está mejor?—preguntó Mariana en voz baja inclinándose sobre la cuna.

—No, señora, no está mejor—replicó Niania con sequedad.

Mariana pasó la mano por la abrasadora frente del niño, quien abrió los ojos sin reconocerla.

—¡Qué caliente está! ¿ha venido el médico?

—No—repuso Niania.

La joven miró en torno de ella, su buen intento le impulsaba á hacer algo por su hijo enfermo. Pero ignoraba por completo los deberes de la maternidad.

—¿Qué puedo hacer por él?—preguntó con una especie de inquietud nerviosa temiendo tener que cumplir una misión para la cual no estaba preparada.

—Nada, señora—respondió la vieja.—Ya nos arreglaremos muy bien solos.

Aquella respuesta pareció ofenderla. Con ademán altanero se dirigió hacia la cuna de su hijo. El ruido de la seda hizo otra vez abrir los ojos á Sergio; una tos ronca le sacudió el pecho con violencia. Niania le cogió en sus brazos y después de calmarle le volvió á colocar en el lecho.

Mariana, al ver aquella escena, notó que el corazón le remordía. ¡Pero cómo iba ella á tener celos de una criada!... Separó las cortinas de la cuna de Sofía... Estaba vacía.

—¿Dónde está mi hija?

—El señor ha mandado que la lleven á otra habitación, para preservarla de una enfermedad en caso de que sea contagiosa la del niño.

Mariana bajó la cabeza, no para ocultar su humillación; se reconcentraba para saborear su cólera.

¡Cómo! ¿Se hacían en su casa cambios semejantes sin consultarle á ella? ¡Dournof debía haberla avisado!

—¡Valiente capricho!—exclamó con seriedad.—  
Sofía se constipará en una habitación que no esté tan  
bien caldeada como esta. Vaya usted á buscar á la  
niña y á la nodriza y que vengan aquí.

*Niania* se mantuvo quieta.

—¿No me ha ofdo usted?—dijo Mariana con se-  
quedad.

La vieja ni siquiera pestañeó.

—Vamos—añadió—Mariana golpeando la alfom-  
bra con el pie.

—El señor no me lo ha mandado—repuso *Niania*  
sin levantar los ojos.

Mariana se quitó los guantes arrojándolos con fu-  
ria al suelo.

—¿Es decir que yo no soy ama en mi casa? ¿Tú,  
miserable criada, te atreves á desobedecerme?

—Yo no la desobedezco, señora—repuso *Niania*  
con frialdad;—cumpló las órdenes de mi amo.

La puerta se abrió con suavidad y entró Dournof.

—¿Qué pasa?—preguntó al ver el semblante des-  
compuesto de Mariana y el ceño rígido de la vieja  
criada.

—Esta mujer se niega á obedecerme—dijo con ra-  
bia la señora Dournof.

—¿Qué has ordenado?—dijo Dournof más sobre-  
saltado de lo que parecía, pues temía hacía tiempo  
un conflicto entre las dos mujeres y esperaba impa-  
ciente la respuesta.

—La señora me ha ordenado volviese la niña á  
esta habitación—dijo *Niania*.

—¿Por qué?—preguntó Dournof dirigiéndose á  
Mariana.

—Porque... porque no quiero que se den órdenes  
sin mi conocimiento, porque no quiero que se me trate  
como una extraña, porque... quiero que se me con-  
sulte en todo.

Dournof la miró con más piedad que cólera.

—Vete al baile—le dijo en vez de responderle.

Mariana le miró con sorpresa.

—Vete al baile—repitió—tu padre te espera abajo  
en el coche. Después hablaremos.

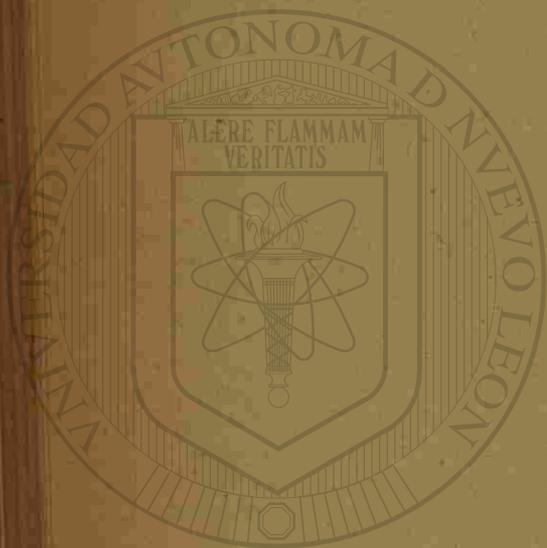
Mariana vaciló un instante. Por un momento su  
conciencia le impedía marchar, pero una mirada á su  
vestido la hizo cambiar de opinión. Su marido tenía  
aspecto serio ¿por qué? lo ignoraba. Una mezcla  
singular de pena, cólera, obstinación y vanidad agi-  
taba su alma frívola. Estaba descontenta de todo y  
sobre todo de ella misma.

—Buenas noches—dijo pasando ante el lecho del  
niño y su marido.

—Buenas noches—respondió Dournof con tristeza.

En el momento que apartaba las cortinas, una  
tos espantosa, ronca, gutural como de alguien que  
se ahoga, la hizo detenerse. Sergio era presa de una  
nueva crisis. La joven volvió la cabeza, viendo al  
padre y á *Niania* tratando de calmar al niño, ha-  
ciéndole tomar una poción, Mariana comprendió no  
ser necesaria al lado de aquella cuna y se fué.

Al salir su coche del zaguán se cruzó con otro,  
era el del médico.



## XXVII

En el baile pronto olvidó Mariana sus penas; era de esas mujeres que no piensan más que en el presente y el presente estaba allí lleno de encantos.

Su luto la apartó de la sociedad y durante aquel tiempo su belleza parecía haber crecido. Al presentarse en el baile fué rodeada por una multitud de galanteadores.

Aquellos homenajes, contrastaban de un modo raro, con la severidad de su esposo, con la insolencia de *Niania*, pues excepto éstos que se habían erigido en jueves para condenarla, los demás la halagaban; ¿luego la mayoría tendría razón? Se abandonó á tan consoladora idea, y más que nunca pareció hermosa á los que la rodeaban. Un marqués italiano y joven le fué presentado aquella noche, y se mostró su más asiduo galanteador.

A eso de la una de la mañana sintió de repente cansancio y malestar, y envió en busca del coche.

—¿Por qué te retiras tan temprano?—le preguntó su padre con sorpresa.

—Sergio está enfermo.

Su padre la miró con asombro.

—¡No me habías dicho nada!

Se cerró la portezuela del coche, y Mariana, precipitándose en brazos de su padre prorrumpió en lágrimas.

—Soy una miserable—dijo con vehemencia—una

mala madre, una... Mi hijo está muy enfermo, y apenas me he quitado el duelo por mi madre, no he podido resistir el deseo de frecuentar la sociedad ¡no merezco vivir!

Su padre se esforzó en tranquilizarla, probándole que era menos culpable de lo que creía. En el fondo no podía suponer que el niño estuviese muy enfermo, pues de ser así, en su opinión, Mariana no hubiese asistido al baile.

Al llegar á casa de su yerno, Mérof subió para saber el estado del niño. Una tos espantosa llegó á sus oídos y se detuvo lleno de un terror que despertaba en él pasados recuerdos; conocía muy bien aquella terrible enfermedad que le había arrebatado dos hijos.

—El crup—murmuró en voz baja.

Mariana entró con precipitación dejándose la puerta abierta; con la cola derribó una silla; aquel ruido hizo estremecer á Dournof, y se precipitó sobre la cuna gritando:

—¡Mi Sergio, hijo mío!

Mérof levantó la silla y cerró la puerta.

—Sí—repuso Dournof—tu hijo va á morir del crup, mientras tú regresas del baile.

Mariana, de rodillas, sollozaba ocultando la cabeza entre sus manos. Su esposo la miraba con más desprecio que compasión.

—¡Dios mío!—exclamó Mariana retorciéndose las manos,—¡cómo me castigas! ¡Mi hijo!.

Sus nerviosas manos apartaron las cortinas de la cuna; Dournof la cogió por un brazo y la hizo levantar.

—¡Vete á tu habitación!—le dijo con firmeza.

—¡Quiero cuidar á mi hijo!—exclamó Mariana asiéndose á la cuna.

—Vete á cambiar de ropa. ¿No te da vergüenza arrastrar aquí sedas?...—le dijo su esposo con energía.

Mariana salió bajo el peso de este reproche.

Su padre la siguió, después de haber cambiado algunas palabras con Dournof. Reprendió á su hija con severidad y Mariana prometió obedecerle, seguir sus buenos consejos... Pero una buena impresión no podía ser duradera en aquel espíritu superficial.

Una hora después volvió á presentarse vistiendo un sencillo peinador, resuelta, en apariencia, á reemplazar á Dournof en su penosa tarea; pero el niño rehusaba ir á sus brazos, y tomar el medicamento de su mano; sólo lo aceptaba de *Niania* ó de su padre.

Mariana, después de llorar mucho, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, fué á sentarse sobre un canapé, en donde no tardó en dormirse, despertándose cada vez que oía toser á Sergio.

A eso de las cinco de la mañana Dournof le dijo:

—Vete á tu habitación y acuéstate.

Se levantó obedeciendo maquinalmente y su esposo la vió alejarse.

—¡Pobre criatura! Dios no la ha creado para luchar—dijo Dournof en voz baja.

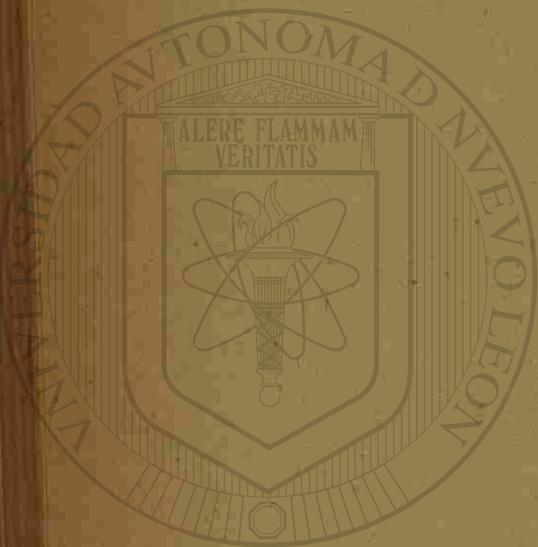
—No era así nuestra Antonia—murmuró *Niania*.

Dournof, puso su dedo en sus labios.

—Antonia era demasiado perfecta—repuso inclinando sobre su hijo.

—No hubiese ido Antonia á un baile, dejando á su hijo enfermo. Amo mío, tu esposa no es una buena mujer.

—Es la madre de mis hijos—repuso Dournof sentándose á la cabecera de la cuna.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL

XXVIII

Tres días estuvo el niño luchando entre la vida y la muerte; durante este tiempo ni Dournof ni *Niania* se separaron de su lado. Cada dos ó tres horas se presentaba Mariana preguntando por el niño, después dejábase caer en el canapé prorrumpiendo en sollozos. Al agotar las lágrimas, salía yendo á su habitación ó á dar un paseo para calmarse los nervios.

Mientras se esperaba una mejoría que no llegaba, Mariana, en sus horas de soledad, fraguó un proyecto descabellado.

Hasta entonces, gracias á la estoica indiferencia de la vieja para todo lo que no era su amo; gracias á la ligereza de carácter de Mariana, no hubo ningún choque entre ellas; pero la joven se fijó ahora en que *Niania* lo vigilaba y ordenaba todo, que la suplantaba en el corazón de su hijo, y sintió hacia ella un odio terrible.

Aprovechando un instante en que Sergio dormía entró en la habitación de su esposo, quien tendido sobre un canapé tomaba algún descanso.

Al verla se incorporó. Aquella visita no le presagiaba nada bueno. Con gran sorpresa oyó que Mariana le hablaba con ternura.

—Amigo mío—le dijo—me parece que Sergio está mejor.

Dournof hizo un ademán afirmativo.

—¿No podríamos, desde ahora, velarle nosotros? Su esposo la miró sin contestar.

—Hemos hecho mal en no velar por nuestros hijos más de cerca, y permitir que una criada tenga tanta autoridad en la casa.

—¿Te refieres á *Niania*?

—Naturalmente. Cree ser aquí la reina y la señora; eso no puede continuar.

Dournof se quedó pensativo; acababa de llegar lo que hacía tiempo temía. Sin la enfermedad de Sergio, Mariana no se hubiese fijado en que otra mujer ocupaba en la casa su lugar.

—Le daremos una pensión y la despediremos, ¿no es así, amigo mío?—dijo con aquella dulzura encantadora que sedujo á Dournof.

—Sergio aun no está fuera de peligro.

—No digo que la despidamos en el acto; pero dentro de algunos días...

—¿En agradecimiento por haber salvado la vida al niño? Tienes buen modo de demostrar tu gratitud.

Mariana bajó la cabeza, no queriendo pasar de ningún modo por ingrata; esto parecía ofender su vanidad femenil.

Al levantar los ojos, buscando un argumento que la disculpase, fué á fijarlos en el retrato de Antonia, que nunca había visto.

—¿Quién es esa?—dijo estremeciéndose al adivinar la contestación.

Dournof, que había seguido su mirada, vaciló. Le costaba trabajo descubrir el secreto de su herida á la mujer frívola que llevaba su nombre. Pero le era necesario responder y lo hizo con brevedad.

—Es la señorita Karzof.

—¡Ah!—exclamó Mariana volviendo la cabeza con desdén—no era bonita.

Dournof reprimió un ademán, y no respondió. Se

había acorazado contra todos esos ataques y jurado no dejarse conmover.

—Y bien ¿despedimos á *Niania*?—volvió á preguntar Mariana.

—No.

—¿Y si yo lo quiero?

—Tú no puedes quererlo, eso sería una injusticia.

—¡Una injusticia! ¿Y por qué?

—Porque esa mujer no ha hecho nada para merecer ser arrojada; porque le debemos la vida de Sergio, y porque...—se detuvo temblando de emoción, y añadió:—¡porque quiero que esté aquí, y con esto basta!

—¡Y yo quiero que se vaya!—repuso Mariana dejándose dominar por la cólera.

Dournof se sentó con frialdad ante su mesa y se puso á arreglar los papeles.

Mariana le miró, quiso hablar, se mordió los labios y salió con apresuramiento del gabinete.

Su marido la siguió con los ojos, quedándose pensativo.

¡Aquel era su hogar! Una mujer fantástica é inflexible, mala á veces, era la compañera de su vida.

Entonces recordó la existencia soñada en otro tiempo: cuando se forjaba ilusiones pensando en Antonia, en el hermoso nido que formarían.

Pero ¡ay! todos aquellos sueños de dicha se desvanecieron, la realidad más cruel le despertaba. Lanzó un suspiro y se levantó para ir á ver á sus hijos.

En aquel instante apareció *Niania*. El rígido semblante de la anciana llevaba impreso un dolor irremediable. Se acercó á Dournof arrodillándose á sus pies.

—¡Perdóname, perdóname! Yo no puedo soportar lo que me pasa—exclamó mientras el joven la levantaba.

—¿Qué sucede?

—Tu esposa me ha despedido. ¡Yo no podré vivir lejos del niño, ni de ti... ya lo sabes!...

Se calló un instante para secar el llanto y añadió:  
—Desde que murió nuestra Antonia, yo no he querido servir ni amar á nadie más que á ti. Esto lo sabes muy bien. ¿Cómo quieres que yo me vaya?... ¡Y dejar al peñuelo que bien corre grave peligro! ¿quién le cuidará?

Dournof cogió con efusión una mano de la sirvienta y le repuso:

—Tranquízate, *Niania*. No he olvidado nada; ya arreglaremos eso. ¿Dónde está la señora?

—En la habitación de Sergio. Me ha arrojado de su cuna. El pobre ángel se ha puesto á llorar y ella le ha reñido.

Dournof no quiso oír más y corrió como un loco á la habitación de su hijo.

Sergio aun lloraba, pero reprimía sus lágrimas ante la severa reprensión de su madre; un sollozo convulsivo se le escapaba de vez en cuando. Mariana estaba de espaldas en la puerta dosificando la medicina del enfermito.

—Mariana—dijo Dournof con voz tan amenazadora que su esposa tembló dejando caer la cuchara.—Tu puesto no está aquí; vete á divertirme; *Niania* y yo cuidaremos al niño.

—¡*Niania!*—exclamó Sergio con acento dolorido.—

¡Mi *Niania!*

Mariana, llena de terror, abandonó la habitación sin atreverse á mirar á su esposo.

Dournof llamó á la anciana y le dijo:

—Vuelve á tu sitio; tú me respondes de la vida de mi hijo.

Sin contestar, *Niania* ocupó su puesto, y algunos instantes después, tranquilizado por las palabras de la buena mujer, Sergio dormía tranquilamente.

## XXIX

La convalecencia del niño fué larga y peligrosa; tuvo frecuentes recaídas que pusieron su vida en peligro; en los primeros días que hizo buen tiempo Sergio pudo abandonar el lecho durante las horas de calor.

Desde su infructuoso intento para arrojar á la criada, Mariana no entraba en la habitación de su hijo, é hizo instalar la niña á su lado mostrando preferencia por ella, diciendo:

—Una criada me ha robado el corazón de mi hijo, no quiero que haga lo mismo con mi hija.

Aquel papel de buena madre, lo representaba entonces de buena fe. Se la veía pasearse por el Jardín de Verano con la nodriza que llevaba á Sofia en brazos; el marqués italiano solía encontrarla en aquel sitio y sus conversaciones eran largas y animadas. Algo se murmuró, pero la señora Dournof tenía fama de atolondrada y á la vez de honrada, así es que se dió poca importancia á aquellas entrevistas.

La Cuaresma es la época de los conciertos. Mariana todas las noches iba á uno ú á otro, Dournof se quedaba solo, empleando el tiempo en trabajar. Sergio iba á verle á cada momento; el padre sentíase feliz por las muestras de cariño de su hijo y pronto el gabinete de trabajo fué el lugar de los juegos del niño á quien acompañaba *Niania*.

Una noche, mientras los tres se entretenían en hacer un castillo con cartas, se presentó Mérof.

—Dournof—dijo el ministro—he de hablarte y ha de ser á solas.

Pasaron al gabinete contigo.

—Amigo mío, voy á descargarle un golpe terrible, yo le he recibido antes que tú.

Dournof se fijó entonces en la mortal palidez de su suegro y lleno de temor esperó á que hablase.

—No es culpa mía—repuso Mérof—y á vivir mi esposa no hubiese sucedido.

—¿Qué pasa?—preguntó Dournof con sobresalto.

—Mariana...

El desgraciado padre no tuvo fuerzas para seguir. Dournof se levantó con violencia.

—¿Muerta?—dijo.

—¡Así pluguiese al cielo!

—Vamos, hable.

—¡Ha partido!

—¡Partido! ¿Sola?

—Con la niña.

Dournof salió como un loco, recorriendo la desierta casa. Los criados tomaban el te en la cocina, todo parecía estar en orden, pero la señora no había vuelto á comer, cosa que sucedía alguna vez, y la niña no estaba en su habitación.

Volvió tambaleándose; la presencia de su suegro le dió algún valor.

—¿Por qué se ha marchado?—preguntó.

—Se ha ido porque, según dice, le hacías la vida insoportable.

Dournof hizo un ademán negativo.

—Sé todo lo que puedas decirme; no te acuso; además, esa desgraciada es propensa á todos los errores.

—¿No se ha ido sola?—rugió Dournof.

Su suegro bajó la cabeza.

—Se ha ido con ese marqués italiano... al extranjero... Sin embargo, puedes hacerles detener.

—¡Detener!—exclamó Dournof con amargura—¿qué los gendarmes devuelvan á mi hogar á la mujer que públicamente lo ha abandonado? ¿Qué ganaría yo? Que siga su destino la mujer que no estaba hecha para...

—¡Dournof es mi hija!—repuso el padre con dulzura.

El joven se sentó oprimiéndose la cabeza con las manos.

Toma, aquí tienes la carta que me ha enviado.

“Querido padre—decía:—Dournof me arrebató el cariño de mis hijos, después de haberme retirado el suyo, sin que de nada tuviese que acusarme. A pesar de mis reiteradas súplicas mantiene en su puesto á una criada que ha acaparado todos mis derechos, y esto no puedo soportarlo...”

—¿Qué criada es esa?—preguntó Mérof esperando hallar alguna disculpa al proceder de su hija.

—Niania.

“No puedo soportarlo y me voy en unión de un amigo fiel, que no ha podido ver sin compadecerse la manera indigna con que me tratan en mi casa; me llevo á mi hija á fin de que de los dos hijos que Dios me ha dado, pueda al menos tener uno á quien amar; dejo á mi esposo el niño puesto que es su predilecto”.

—¡Está loca!—exclamó Dournof terminando la lectura.—¡Su locura es muy peligrosa! ¡Que esa mujer que ha amargado mi vida, vaya á donde la suerte le lleve; ¡Pero mi hija, esa no puede estar á su lado!

—No la tendrá mucho tiempo—dijo Mérof con tristeza:—pronto la niña será un estorbo para ella...

Ambos guardaron silencio. Al cabo de un instante Mérof puso la mano sobre el hombro del joven. Los dos se miraron y se comprendieron. En el ins-

tante en que sus manos se estrechaban, Sergio entró en el salón.

—¿Dónde está papá?—decía con su lengua infantil —yo quiero abrazarle... y á mi abuelito también.

Niania, siempre silenciosa, acompañaba al niño, los dos le cogieron alternativamente en sus brazos, y las lágrimas de rabia del esposo ultrajado, mezcladas con las del padre deshonrado, cayeron sobre los rubios cabellos de aquel ser inocente.

## XXX

Cuando Dournof se halló solo recorrió las habitaciones de la casa. Por todas partes veía un lujo más brillante que de buen gusto; pero en el abandono de los muebles se notaba la incuria de la dueña de la casa; excepto el gabinete del presidente, que cuidaba Niania, en lo demás veíase el sello del abandono.

Todo aquello lo miró Dournof con tranquilidad, el espectáculo no era nuevo para él, pero hoy lo contemplaba como un juez que busca pruebas convincentes.

Sí, Mariana había huído con un hombre que valía menos que él. Mariana estaba ante los ojos de su juez, y este pronunció la condena más terrible.

Había amado á aquella mujer frívola é indigna, á la madre sin amor á sus hijos y la amó mucho...

El recuerdo de su pasión por Antonia avivó los remordimientos, no amó á Mariana con tanta fe, pero sí con ternura, y ahora se arrepentía de ello.

—¿La he mimado mucho?—se dijo Dournof registrando los pliegues de su conciencia.—¿He sido muy indulgente ó demasiado severo?

Repasó en su imaginación las escenas de los primeros días, en que contempló los caprichos y las extravagancias de Mariana como errores de una niña, y después de meditar mucho se dijo:

—He procedido como debía. No quiero perseguir-

la, obligarla á que regrese al hogar que ha manchado.

Dournof se estremeció de horror al pensar que la mujer que le había deshonrado pudiese presentarse en aquella casa.

Levantó los ojos para fijarlos en el retrato de Antonia.

—¡Ah!—exclamó—sólo te he faltado á ti. ¡No he debido admitir á otra mujer en el santuario de mi corazón; que sólo estaba consagrado á tí! Después de haberte amado ya no debí amar á nadie, consagrar mi vida á los que sufren. He debido seguir siendo pobre y despreciar los honores y las riquezas, vivir y morir solo.

*Niania* entró sin hacer ruido, colocándose ante él.

—¿Qué quieres?—preguntó Dournof.

—El ama se ha marchado y vengo á recibir órdenes.

—¿Para qué?

—¿Qué haremos de sus cosas?

—Nada—repuso Dournof.

—Habrá que arreglarlas... ponerlas en los cajones.

—Bien... como tú quieras.

—Estás triste—exclamó la criada.

Dournof prorrumpió en amarga risa.

—¿Quieres que me divierta?—exclamó con ironía.

—Tal vez tengas razón; por lo demás las cosas no han de ir peor que antes.

*Niania* movió la cabeza.

—Hablas mal, y no sabes someterte á la voluntad de Dios.

—¡Es verdad, no sé someterme! Pero ¿por qué he de recibir un golpe tras otro? ¿Por qué de dos mujeres ha muerto el ángel y vive el demonio y vivirá para mi desgracia y la de mis hijos?

—Blasfemas. Los designios de Dios son impenetrables—dijo *Niania* con severidad.

—Bueno—repuso Dournof;—pero al pensar en Antonia no puedo comprender por qué me casé con Mariana.

La anciana inclinó la cabeza.

—Nuestra Antonia era un ángel, y sin embargo pecó al atentar contra su vida. Los jóvenes sois muy impacientes, no podéis soportar el dolor, queréis que la vida siempre sea de color de rosa, y cuando llega la desgracia, en vez de soportarla como una prueba del destino, huís de ella como de la peste. Es preciso ser fuerte y aceptar la vida como Dios la da.

—Cuando se puede hacerlo. ¡Oh, Antonia, qué feliz hubiese sido contigo!

Dournof conoció entonces el dolor más amargo que puede sentirse: la pérdida de Antonia se le hacía más dolorosa al compararla con el presente. Poco á poco la vida se le fué haciendo insoportable. Cesó de ocuparse de sus propios asuntos, reservando su atención para el tribunal; las caricias del niño apenas le distraían y su salud continuaba siendo muy delicada. La existencia del infeliz padre pasaba entre el temor de perder á su hijo ó de volver á ver á su esposa; el último se realizó.

Tres años después de la fuga de Mariana se presentó una mujer con una niña que apenas tendría cuatro años, entregando una carta á Dournof; era la nodriza de Sofía. Antes de leer la carta miró á la niña; la semejanza con su hermano no era mucha, y sin embargo la reconoció.

—¿Sofía?—dijo.

La niña se acercó á él mirándole con confianza.

—¿Sabes que soy tu papá?

La niña movió su rubia cabecita.

—Papá hace tiempo que se fué.

—No hay que decir tonterías—le interrumpió la nodriza;—ya te dijeron que ibas á ver á tu papá, es el señor presidente.

Dournof abrazó á su hija con ternura y compasión, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Sobre aquella niña pesaba una mancha que le echarían en cara cuando fuese mayor.

Dournof, lanzando un suspiro, empezó á leer:

“He abierto los ojos á la razón y te envío á tu hija como mensajera de paz. No niegues á esa inocente el perdón de su madre culpable, quiero volver á tu hogar, para vivir como buena mujer y buena madre.”

Dournof sonrió con amagura.

“Comprendo que ha de costarte mucho trabajo contestarme; pero el silencio lo consideraré como una autorización para volver á esa casa. No continuemos dando á la sociedad el espectáculo de un matrimonio divorciado. Te amaré con ternura y si me perdonas aún podremos ser muy felices.”

No obteniendo contestación, la nodriza le preguntó con dulzura:

—¿Y bien, señor, qué me manda usted?

Dournof se estremeció como si despertase de un sueño.

—Vaya á su antigua habitación, usted se queda aquí.

Abrazó nuevamente á su hija y al quedarse solo murmuró:

—¡Feliz, felices juntos! ¡Qué ironía tan triste!... Después de haber manchado mi honor. Ella podrá olvidar, su espíritu es frívolo, pero yo no... Aun puede sentir una pasión ligera y superficial y hasta ser feliz... yo...

Sus ojos se fijaron en el retrato de Antonia.

—¡He ahí la felicidad! La felicidad era no ver más á la mujer que odio, vivir tranquilo con *Niania* y Sergio, olvidarlo todo... Sí, Antonia mía, desde que perdí tu protección no he podido ser feliz; ya no oigo los consejos que dabas á mi conciencia... Y ahora, Anto-

nia, ¿qué ordenas? ¿Es preciso arrojar de mi casa á la mujer que es mi peor enemigo, ó tendré que admitirla por respeto á mis hijos ahogando todos mis sentimientos de aversión?

Ante la idea de volverse á encontrar ante Mariana sintió que el corazón se le oprimía.

—No, yo no quiero verla—exclamó retorciéndose las manos.

—¡Sin embargo, es preciso!—le decía su conciencia.—¿Cómo puedes negar á esa extraviada el único medio que le queda de regenerarse? ¿Dormirás tranquilo sabiendo que la mujer que lleva tu nombre, que es la madre de tus hijos, se revuelca en el vicio, cuando la puedes salvar con solo abrirle la puerta?

—No, no quiero—se decía Dournof—eso es superior á mis fuerzas.

Después de meditar algún tiempo, tomando una resolución repentina, se fué al gabinete en donde los niños jugaban juntos con la misma familiaridad que si nunca hubiesen estado separados.

—*Niania*, ven aquí—dijo Dournof.

La criada obedeció siguiéndole á su despacho.

—¿Sabes que mi mujer quiere venir?—dijo con brusquedad.

—La nodriza me lo acaba de decir.

—¿Sabes dónde está?

—En Varsovia.

—¿Y qué hace allí?

—Esperar que tú le permitas volver á esta casa.

—¿Y si me niego?

*Niania* miró á su amo con sorpresa y dijo:

—No puedes negarte, es tu esposa.

Dournof, sorprendido por la contestación, miró atentamente á la vieja. Su aspecto era triste, pero no de enojo.

—¿Olvidas que tengo muchas ofensas recibidas de ella?

—Nadie está sin pecado. Si ella quiere ser buena, tú debes ayudarle.

—¿Y si vuelve á las andadas?

*Niania* se santiguó.

—¡Que Dios no permita semejante desgracia! ¿Por qué llamas el mal? Tu esposa no cometerá dos veces la misma falta.

—¿Y si lo vuelve á hacer?—repitió *Dournof* con enojo.

—¡Quieres saber más que el Espíritu Santo! eso no está bien.

—Entonces ¿tú quieres que vuelva?

—Sí, porque es justo—repuso *Niania* con nobleza.

—Deseas que vuelva y olvidas que ella no te puede ver.

—Es verdad, pero tú me has prometido no separarme de Sergio... además, el sitio que Dios le ha designado está aquí.

*Dournof* hizo un ademán triste y grave. *Niania* se retiró.

## XXXI

Algunos días después la señora Mérof volvía á su casa. Se hubiese podido creer que debería hallarse cohibida ante su esposo, pero no fué así. En el fondo de su alma comprendía su falsa posición; pero su orgullo le hacía mostrar á todos el semblante altanero.

Su escapatoria no produjo mucho escándalo, pues *Dournof* supo mantener á raya á los curiosos, y su vuelta tampoco se consideró como un acontecimiento de importancia.

Mérof siempre dijo que su hija estaba en el extranjero para reponer su salud, y sus amigos fingieron creerle.

La noche del primer día de su regreso, tan embarazoso para todos, menos para Mariana, una vez acostados los niños entró ella en el gabinete de su marido.

*Dournof* frunció las cejas, no entraba en sus cálculos semejante familiaridad; pero antes de que pudiese abrir la boca, su mujer se sentó ante él habiéndole con cariño.

Durante aquellos años la hermosura de Mariana había aumentado, era más artificial; pero también más seductora.

—Has sido muy bueno—le dijo con voz dulce—al permitirme volver, y no sé cómo demostrarte mi gratitud.

Para ayudar á sus palabras Mariana fijó con emoción sus ojos en Dournof.

—Sé lo mucho que te debo—añadió—y no he de ser ingrata. He reflexionado mucho y comprendo que tú no eres el único responsable de mi error.

—¿Es de veras?—repuso Dournof con frialdad. —¿Has hecho ese descubrimiento? Veo que eres muy buena.

Sin comprender la ironía de estas palabras, Mariana repuso:

—Sí, yo era tal vez demasiada joven ó demasiada niña; no supe apreciar tu mérito, tu seriedad me pareció desvío; tu dignidad, orgullo... Fuiste muy serio para mí.

—¡Cómo mientel—pensó Dournof, recordando su tierno proceder para con ella, y continuó guardando silencio.

—Sí, yo te he amado con pasión—añadió Mariana—y á pesar de tu sonrisa sarcástica, aun te amo, ¡demasiado lo sabes!

—¿Por qué dejaste de amarme?—preguntó Dournof con tranquilidad.

—Porque fuiste muy duro para mí—repuso la joven con vehemencia—porque no me amabas, contrariando continuamente mis gustos; porque mis amigos se convertían en enemigos.

—En efecto, elegías muy bien tus amigos—repuso Dournof mirándole con seriedad.

Mariana enrojeció estremeciéndose de pies á cabeza. —Me va á matar se dijo—añadiendo en alta voz.

—La desesperación me arrastró á la caída... tú no me amabas.

—No fui yo el primero en romper los lazos de ternura que hacían nuestra vida feliz.

—Fuistes tú, Féodor—replicó Mariana levantándose.

Se abrazó á su esposo echándole los brazos al cuello murmurando:

—Te amo, Féodor, perdóname; aun podemos ser felices.

Dournof separó con violencia los brazos que le oprimían.

—¡Tú!... aun te atreves...

—¡Estaba celosa!—murmuró Mariana.

—¿Celosa? ¿Has visto en mi conducta el menor motivo que pudiera darte celos?

Mariana, levantando la cabeza con orgullo, señaló el retrato de Antonia.

—Mira—dijo.

Dournof contempló á su mujer con tanta fijeza que Mariana palideció; después, cogiéndola con fuerza por la muñeca, la hizo arrodillar.

—¡Miserable, miserable!—dijo.—¡Te has atrevido á ultrajar á una santa! Sí, tienes razón, soy culpable pues debí permanecer fiel toda mi vida al recuerdo de ese ángel, pero fui débil á tus seducciones. Tú eres la carne, ella el espíritu... tú no tienes nada de común con ella, nunca has seguido su misma senda.

Se apartó con desagrado. Aprovechando aquel instante Mariana se puso en pie, su fingida humildad había desaparecido.

—Te ofrecía la paz—repuso con dureza—eres tú quien eliges la guerra, y la acepto; pero en lo porvenir la responsabilidad será tuya. Yo seguiré aquí, y te prevengo que para echarme de esta casa, sería preciso emplear la fuerza, y tú no te atreverás á ello.

Salió de allí. Dournof se oprimió la cabeza con las manos, á su alrededor le parecía que todo daba vueltas. Después de un instante de crueles torturas llamó:

—Niania—dijo.—¿Amas á mis hijos?

—Como tú—respondió la vieja.

—¿Me juras no abandonarlos nunca?

—¿Por qué he de abandonarlos? Sólo la muerte me puede separar de ellos.

—Bueno, dí al cochero que enganche.

—¿A estas horas?

—Sí, tengo que hacer. Ve pronto.

*Niania* obedeció sin replicar. Dournof, al quedarse solo, puso en orden sus papeles y escribió varias cartas. Luego, sacando de un cajón las cartas de Antonia las leyó, arrojándolas después al fuego, y descolgó el retrato para convertirlo en cenizas.

—El coche espera—le avisó *Niania*.—¿Vas solo y lejos esta noche?—preguntó con inquietud.—¿Y si te sucede algo?

—No temas nada—repuso Dournof dirigiéndose á la habitación de los niños, y después de besarles, en el instante de salir dijo á *Niania*:

—¡Tú velarás por ellos!

## XXXII

Era muy oscura la noche, cuando Dournof se apeó en la posada de Pargolovo, dando orden al cochero de volver á la ciudad. Luego tomó el camino del cementerio.

Como noche de Noviembre era muy fría, pero la nieve no era aún tan espesa que permitiera circular los trineos.

Todo dormía á su alrededor; á la débil claridad de la luna, Dournof se puso en marcha hacia el cementerio desolado y triste en el que no había flores, destacándose las cruces sobre la helada nieve. Sólo la tumba de Antonia, que se destacaba por su elevación, estaba cubierta con coronas de metal plateado.

Subió la colina sin cuidarse del frío viento que azotaba sus ropas.

—¡Voy, voy,—murmuraba.

En aquel instante no se acordaba de su esposa, la había olvidado; otra vez seguía el doloroso camino que recorrió diez años antes, con la misma intensidad de dolor, la misma desesperación que cuando acompañó á aquel lugar el cadáver de Antonia.

Al llegar á la tumba se apoyó en la cruz, le faltaba la respiración; tan de prisa había subido. Todo era tranquilo, negro, lúgubre; la luna iba á desapa-

recer detrás de los bosques, á la otra parte del lago. Posó sus labios sobre la helada cruz.

—He venido—dijo—porque sólo tú eres la paz, la salvación. Consuélame, querida alma que perdí, cógeme en tus brazos como á un niño enfermo... Sufro mucho... no puedo ya más.

Se sentó sobre la piedra abrazando la cruz, y apoyó su cabeza sobre el frío hierro. Poco á poco sus ojos se cerraron, fatigado por las luchas del espíritu; le parecía ahora sentir deliciosa lasitud. El frío le dominaba con irresistible impresión de sueño...—Consuélame—murmuraba.—Necesito reposo y paz.

Pronto se durmió. Poco á poco una visión le parecía surgir del helado lago. Antonia, vestida de blanco, se remontaba hacia el cielo con suavidad y los pliegues de su sudario envolvían á Dournof dormido... se remontaba á su lado, con tranquilidad, sin dolores. No era una angustia mortal la que acabó su sueño.

Al día siguiente le hallaron muerto, apoyado en la cruz, ciñéndola con su brazo.

\*  
\*\*

Mérof se ha encargado de los niños: en la carta que su yerno le escribió le hablaba de un viaje muy largo, de ilimitada duración. Ese viaje tal vez á no ser por la muerte hubiese llevado á Dournof á América.

Niania amortajó con sus manos el cuerpo de Dournof, como lo había hecho con el de Antonia, y en su alma bendijo la clemencia de Dios que volvía á reunirle. Está muy vieja, pero aun se mantiene fuerte, y en la tranquila casa de Mérof vela mañana y noche las plegarias de los niños, quienes nunca olvidan añadir:

“Papá y tía Antonia están en el cielo, pues la anciana está segura que Dios les acogió en su misericordia.

FIN

## LA VIDA LITERARIA

Suplemento al Catálogo de 1905

### PUBLICACIONES IMPORTANTES

Teodoro Roosevelt.—Las obras del eminente estadista Presidente de la República Norte-Americana han merecido de tal modo el favor del público, que se ha hecho la segunda edición de «El Ideal Americano», y en breve se publicará también la segunda edición de «Las dos Américas ó la Vida intensa».

Acaban de publicarse

**La Vida en el Rancho**  
y **La Conquista del Oeste**

A una peseta cada tomo.

Del célebre archimillonario Andrés Carnegie se acaba de publicar:

**El Triunfo de la Democracia**  
ó **Inglaterra juzgada por un Americano**

A dos pesetas tomo.

Inútil nos parece decir nada de tan interesantes obras después de lo que ha dicho la prensa de todos los matices y de la acogida que dispensó el público inteligente á las dos obras anteriormente publicadas:

**El dominio de los negocios**  
(Modo de hacer millones)

y **El A B C del dinero**

## **El Genio de la Especie**

por Adalberto Hernández y Cid. Interesante drama pasional.

Aunque ya anunciado en el catálogo anterior, recomendamos á nuestros lectores el libro del Doctor Lacombe. Estudios económicos. La cuestión de los cambios; pues encierra conocimientos muy útiles á todas las clases sociales, sobre las causas y efectos de la depreciación de nuestra moneda.—2 pesetas.

## **QUINIENTAS MUJERES PARA UN HOMBRE**

Sujestivo libro de A. Belot.—1 pta.

Se halla de venta en esta casa editorial

## **La nueva salida del valeroso caballero**

### **Don Quijote de la Mancha**

por **D. Antonio Ledesma**

por D. Antonio de Ledesma. Puede considerarse este libro como la tercera parte de la inmortal obra de Cervantes.

Con decir que la Academia Española ha felicitado al autor, creemos hacer el mejor elogio de este libro.

Un tomo en rústica: 3,50 ptas.

Id. encuadernado: 4,50 ptas.

Pídanse á **LA VIDA LITERARIA**

## Manual del Comerciante y epistolario comercial

por L. Bertaner, libro utilísimo á los comerciantes y dependientes de comercio.

Un tomo en rústica: 1 pta.

---

De la eminente escritora que firma sus libros con el seudónimo de Enrique Greville, se ha publicado

## La Niania

Lindísima novela que, como las anteriores de la misma autora, cautivará seguramente á los aficionados á la buena y sana literatura.

En vista de la favorable acogida que han merecido las obras de Enrique Greville, esta casa ha adquirido la propiedad exclusiva para publicar en español las obras que pronto podrá juzgar el público:

La Ingenua.

Linda propiedad en venta.

La herencia de Xenie.

El prometido de Sylvia.

Chenerol.

La Srta. de Poygarrou.

Nicanor.

La Princesita.

El corazón de Luisa.

Rosa Rozier.

Céphise.

Los pedidos al editor **TORIBIO TABERNER**

Rosellón, 224.—BARCELONA



UA

DAD AUTÓNOMA D  
CIÓN GENERAL DE PI

EG